

Las Bienaventuranzas



www.israelgonzalez.net

Traducción de Armando Ramirez

Introducción

George Bernard Shaw una vez describió el Sermón del Monte como “un arrebatado poco práctico de anarquismo y sentimentalismo”. El filósofo Alemán, Friederich Nietzsche lo trató con aun menos cortesía cuando escribió que “la moralidad Cristiana es la forma más maligna de toda la falsedad” (*Ecce Homo*). En 1929, el humanista John Herman Randall estuvo dispuesto a reconocer que Jesús era “un verdadero gran genio moral”, pero entonces, se preguntaba como el carpintero Galileo pudo haber pronunciado la última palabra sobre la ética humana (*Religion in the Modern World*). Pero muchas más personas han sostenido este sermón en gran respeto aun cuando no lo conocen o entienden muy bien. Con toda seguridad podemos decir que el Sermón del Monte, es el mejor conocido, menos entendido y menos practicado de toda la enseñanza de Jesús.

La mente moderna, la religiosa como la no religiosa, ha tratado a este Sermón en una variedad de formas. Como ha sido señalado anteriormente, algunos lo han rechazado totalmente como algo poco práctico o positivamente malo. Otros lo han recibido, pero con reservas significantes. El humanismo en sus más cortas formas, lo ha considerado como un código moral tentativo destacable, pero completamente separado de la cruz o de un Cristo divino. El liberalismo religioso, en su mayor parte lo ve como un diseño para la reconstrucción social, más que una conversión individual. Albert Schweitzer lo explicó como una ética especial para un tiempo especial basado sobre la creencia equivocada de Jesús que el fin de todo el tiempo estaba por ocurrir.

Entre los religiosos conservadores, muchos premilenialistas dispensacionales lo ven como otra “ley” inconsistente con la era de la gracia e imposible de aplicar a un mundo pecador. Ellos esperan su cumplimiento en el “reino milenial”. La gran parte del protestantismo evangélico ha separado la vida en dos áreas: Una personal, la otra social. Para ellos la ética del Sermón del Monte está diseñada para gobernar las relaciones sociales únicamente. Para ellos, parece imposible de aplicar sus preceptos o a los negocios o al gobierno. Todo esto nos dice que hemos trabajado una maravilla en nuestros tiempos para tomar el documento más revolucionario en la historia y convertirlo en algo dócil e inconsecuente. La Palabra de Dios ha sido severamente suavizada. El evangelio ha sido decorado para adecuarse al estilo de vida de hombres indisciplinados e indulgentes.

Hay un sentido verdadero en el que hemos llegado al círculo completo. El Sermón del Monte fue primeramente dirigido a un mundo en el que los Fariseos había sido exitosos en desahogar la vida y significado de la ley de Moisés. Nosotros ahora vivimos en un mundo en el que ha transformado el evangelio en poco más que una cortesía del siglo veinte. Por esta razón, es más urgente que volitemos a ver más a menudo y cuidadosamente en el único sermón que el Hijo de Dios quizás más que en

Las Bienaventuranzas: El Carácter de los Ciudadanos del Reino

Jesús abre su trascendental Sermón con una serie de siete fuertes y en gran medida paradójicas declaraciones conocidas tradicionalmente como “Las Bienaventuranzas” (Mat.5:2-12). Estas declaraciones deben haber caído como rayos sobre los oídos Judíos del primer siglo. Una más improbable fórmula para el éxito difícilmente pudo haber sido imaginada. Esas declaraciones atacaban a cada dicho de la sabiduría convencional y dejaron al oyente sorprendido y perplejo. En esta forma Jesús gana la atención de Su audiencia y se dirige al carácter esencial del reino de Dios y sus ciudadanos.

Todo el mundo, de entonces como ahora, estaba en la búsqueda más ferviente de la felicidad, y había tan poca noción, como en los hombres de hoy de cómo obtenerla. No hubo ninguna sorpresa en el anuncio que había verdadera bienaventuranza en el Reino. La conmoción vino cuando se declaró el tipo de personas que estaban destinadas para obtenerlo.

Las Bienaventuranzas hablas exclusivamente de cualidades espirituales. Los intereses históricos del hombre — la riqueza material, la posición social, y la sabiduría terrenal, no simplemente reciben poca atención, sino que no reciben ninguna. Jesús está claramente delineando un reino que no es de este mundo (Juan 18:36), un reino cuyas fronteras no atraviesan por tierras y ciudades, sino a través de los corazones humanos (Lucas 17:20-24). Este reino improbable llegó como fue anunciado en el primer siglo (Marcos 9:1; Col.1:13; Apoc.1:9) pero muchos no estaban preparados para reconocerlo y recibirlo — tanto como muchos no lo están ahora.

Debe ser observado que no son únicamente las cualidades espirituales de los ciudadanos del reino, sino que son cualidades que no vienen a los hombres en forma natural. Estas cualidades nos son el producto de la herencia o el medio ambiente, sino de la elección. Nadie simplemente “caerá” en estas categorías. Estas no únicamente no vienen en forma natural a los hombres, sino son de hecho, contrariamente distintas a la “segunda naturaleza” que el orgullo y el deseo han causado prevalecer en los corazones de toda la humanidad.

Quizás no hay más importante verdad que debe ser reconocida sobre las Bienaventuranzas, que el hecho que no son proverbios independientes que se apliquen a ocho diferentes grupos de hombres, sino son una descripción compuesta de todo ciudadano en el reino de Dios. Estas cualidades están tan entrelazadas en un tejido espiritual que son inseparables. Poseer una es poseer todas. Carecer de una es carecer de todas. Y como todos los Cristianos deben poseer todas estas cualidades de la vida del reino, ellos también están destinados para recibir todas sus bendiciones — bendiciones

12| Invitación a una Revolución Espiritual

que, como sus cualidades, sino componentes de una recompensa — un cuerpo llamado a una misma esperanza (Efe.4:4).

En resumen, las Bienaventuranzas no contienen una promesa de bendición sobre los hombres en su estado natural (todos los hombres lloran pero no todos serán consolados, Mat. 5:4) tampoco ofrecen esperanza a aquellos que parecen caer en una u otra categoría. Las Bienaventuranzas son un cuadro compuesto de lo que todo ciudadano del reino, no únicamente unos pocos súper discípulos, deben ser. Marcan la diferencia radical entre el reino del cielo y el mundo de los otros hombres. El hijo del reino es diferente en lo que él admira y valora, diferente entre lo que él piensa y siente, diferente en lo que él busca y hace. Claramente, nunca ha habido un reino como este antes.

Un Reino para Los Pecadores y los Humildes

Han existido muchos enfoques al contenido específico de las Bienaventuranzas. Muchos creen que hay una progresión del pensamiento moviéndose a través de ellas, que comienza con una nueva actitud hacia uno mismo y hacia Dios, que lleva a su vez a una nueva actitud hacia otros y culmina con la reacción del mundo a este cambio radical. Hay algún mérito a este análisis, y si tal semejante formato ordenado coincide siempre o no con el orden actual de las bienaventuranzas, las ideas están ciertamente ahí. A una sociedad gobernada por algunas serias malas interpretaciones sobre el reino de Dios, las Bienaventuranzas hacen dos básicas declaraciones. Primero, que el reino no está abierto para el que se auto justifica o confía en sí mismo, sino para el pecador penitente que lo busca con toda humildad. Y Segundo, que el reino no deber ser considerado para los “poderosos” que logran sus deseos por medio de sus riquezas o violencia, sino para una compañía de hombres pacientes que no únicamente ceden a sus deseos, sino aun a sus “derechos” por las necesidades de otros.

Aunque no explícitamente declarado (Jesús no habla claramente de Su muerte hasta un año más tarde, Mat. 16:21) no hay nada más completamente tan obvio en este sermón como la verdad central del evangelio que la salvación es por la gracia de Dios. Aquí el premilenalista dispensacional está palpable equivocado. ¿Cómo pudieran los hombres y mujeres tan hambrientos de justicia (Mat.5:6), y tan necesitados de misericordia (Mat.5:7) encontrar un lugar en un reino gobernado por un sistema de ley únicamente? Y ¿Quién pudiera imaginar que los ciudadanos en el reino terrenal concebido por los dispensacionalistas pudiera aun sufrir persecución (Mat.5:1-12)? La justicia del reino no descansa sobre un sistema de ley sino sobre un sistema de gracia. Sus normas santas son alcanzables por hombres pecadores (Mat.5:48). De lo contrario, el Sermón del Monte sería una fuente de mayor desesperanza que la ley de Moisés (Rom.7:25).

Las Bienaventuranzas: Nada Tiene Éxito como el Fracaso

Quizás no exista mejor declaración del mensaje de las Bienaventuranzas (Mat.5: 2-12) que el dicho poco raro de G. K. Chesterton “Nada tiene éxito como el fracaso”. Por supuesto, Jesús no estaba hablando del verdadero fracaso aun como Chesterton no lo estaba describiendo, sino de lo que los hombres han generalmente considerado como fracaso. La cruz fue ciertamente un fracaso colosal visto desde toda norma convencional. Pero la cruz nos parece “correcta” ahora para muchos de nosotros porque hemos estado de acuerdo con la bien establecida tradición en mil novecientos años. No es tan notable entonces que un reino destinado a ser levantado en poder sobre una cruz debiera estar lleno de sorpresas y que Jesús dijera que únicamente aquellos que eran aparentes fracasos tuvieran alguna esperanza de su felicidad. En las siguientes bienaventuranzas, el Salvador deja claro que el reino de los cielos pertenece a no los grandes sino a los humildes.

“Bienaventurados los pobres en espíritu” (Mat.5:3). Jesús comienza al tocar la fuente de fuente del carácter de los ciudadanos del reino — su actitud hacia mismo en la presencia de Dios. Lucas abrevia esta bienaventuranza al decir, “Bienaventurados vosotros los pobres” (Luc.6:20) y registra también una advertencia pronunciada por Jesús sobre el rico (Luc.6:24). En la sinagoga, en Nazaret, Jesús había leído la profecía mesiánica de Isaías sobre el pobre (“manso” ASV) de haberles predicado el evangelio (Isa.61:1; Luc.4:18) y más tarde, advierte seriamente que el rico no vendrá fácilmente al reino de Dios (Luc.18:24-25). Pero aunque es verdad que una “gran multitud del pueblo le oía de buena gana” (Mar.12:37) debido a que los esfuerzos rigurosos del pobre les acercan a la humildad más fácilmente que la afluencia cómoda del rico, el registro del sermón del Monte por Mateo deja evidente que Jesús nos está refiriéndose a la pobreza económica. No es imposible que el pobre sea arrogante y el rico sea humilde. Estos “pobres” son aquellas personas que poseyendo poco o mucho, tiene un conocimiento de su propia destitución espiritual.

La palabra Griega que traduce “pobre” viene de la raíz de una palabra que significa agacharse o encogerse. Se refiere no únicamente a aquellos cuya vida es una lucha, sino a los hombres que son reducidos a la más miserable mendigación debido a que no tienen absolutamente nada (Luc.16:20-21). Aquí la palabra es aplicada al vacío que causa el pecado de una absoluta bancarrota espiritual en la que una persona está obligada a rogar por aquello que no tiene el poder de obtener (Jer.10:23) y a lo que él no tiene derecho (Luc.18:15-19; 18:23) pero sin lo que él no puede vivir. Mendigar se vuelve difícil para algunos hombres (Luc.16:3) — especialmente los Estadunidenses orgullosos y auto suficientes — pero esto es a donde nuestros caminos pecaminosos

nos han traído y no veremos el reino del cielo hasta que enfrentemos esta realidad con una simplicidad humilde.

“Bienaventurados los que lloran” (Mat.5:4). Los hombres han sido entrenados a creer que las lágrimas deben ser evitadas si ellos quieren ser felices. Jesús simplemente dice que esto no es verdad. Existe alguna tristeza que debe ser aceptada, no porque sea una inescapable y la batalla inútil, sino porque la verdadera felicidad es imposible sin ella.

Aun el dolor es inevitable para los hombres mortales cualquiera que pueda ser su condición, el dolor tiene efectos saludables sobre nuestras vidas si lo permitimos. El dolor puede, como Salomón dice, recordarnos de la fugaz momentaneidad de nuestras vidas y ayudarnos a establecer nuestro pensamiento seriamente sobre las cosas más importantes (Eccl.7:2-4). El Salmista que nos da una rica meditación sobre la grandeza de la ley de Dios tiene conectado el dolor y el entendimiento. “Antes que fuera yo humillado”, él reflexiona, “descarriado andaba; Más ahora guardo tu palabra”. Luego concluye, “Bueno me es haber sido humillado, Para que aprenda tus estatutos” (Sal.119:67, 71). Las lágrimas siempre nos han enseñado más que las risas sobre las realidades de la vida.

Pero hay algo más que el llanto en esta paradoja semejante a una joya que las lágrimas de las que no podemos escapar. Y es la tristeza que viene espontáneamente y sin buscarlo. Este dolor viene a nosotros por elección, no por necesidad. El Antiguo Testamento debiera influenciar nuestro entendimiento de estas palabras primeramente pronunciadas a una audiencia Judía. Isaías predijo que el ungido del Señor vendría a “vendar a los quebrantados de corazón” y a “consolar a todos los enlutados” (Isa.61:1-2). Pero estas palabras son aplicadas únicamente a un remanente de Israel que por medio de la aflicción de la nación por sus pecados vendrían a humillarse y entristecerse. La visión de Ezequiel de la ira de Dios sobre una ciudad de Jerusalén corrompida reveló que solamente aquellos que “gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella” serían perdonados (Ezeq.9:4). Sofonías dirigió una advertencia similar (Sof.3:11-13, 18).

Los profetas quieren que entendamos este lloro como el dolor experimentado por aquellos que en su reverencia a Dios se llenaron de terror a causa de sus propios pecados y de sus semejantes y seamos así movidos a las lágrimas del dolor de la amargura y la vergüenza. Esta es la “tristeza piadosa” de la que Pablo escribe, una tristeza que produce, “arrepentimiento para salvación” (2 Cor.7:10). Esas son las lágrimas que debemos elegir derramar, renunciando a nuestro orgullo obstinado; y de esa decisión llegar a obtener el consuelo inexpressable de un Dios quien nos perdona a todos, tomándonos para Sí mismo y finalmente enjugando toda lágrima (Apoc.21:4). Nada excepto la misericordia de Dios puede aliviar un dolor como este.

Las Bienaventuranzas: Un Evangelio para Perdedores

“Nos hemos vuelto olvidadizos”, escribe Malcolm Muggeridge, “que Jesús es el profeta de los ‘perdedores’, no el campamento de los victoriosos, él que proclama que los primeros serán postreros, que los débiles son los fuertes y que los necios son sabios” (*The End of Christendom*, Pág.56). En ninguna parte este hecho es más evidente que en las Bienaventuranzas. Como hemos ya observado en nuestro anterior estudio, la vaciedad, no la plenitud, es la clave a la felicidad.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia” (Mat.5:6). Esta palabra “hambre” en esta bienaventuranza es la misma como la usada por Mateo en el capítulo anterior (Mat.4:2) cuando habla del ayuno de Jesús de cuarenta días en el desierto. Debido a que tal desespera hambre es completamente desconocida en nuestra experiencia, mucho en esta metáfora puede perderse en nosotros. Esta metáfora habla del hambre profundamente espiritual que lleva a la muerte. Pero el paralelo no es absoluto. Hay una diferencia fundamental entre tener hambre en el estómago y hambre en el corazón. Aun las personas más insensibles son movidas por el hambre del cuerpo, sin embargo, parecen existir pocos que reconocen el hambre del espíritu y el vacío que produce el pecado. Espiritualmente hablando, los hombres se parecen a los cuerpos medio muertos de Dachau y Belsen, pero que obstinadamente rehúsan reconocer la falta de sentido en una vida sin Dios. No todos viviendo en una “provincia apartada” tienen el valor de confesar, como el hijo prodigo, que ellos perecen “de hambre por la justicia” (Luc.15:17)!. Tales individuos continúan buscando neciamente alguna mejor “cascara” para llenar su vacío. Los que tienen “hambre y sed de justicia” han decidido afrontar su necesidad desesperada por lo que esta es, y buscar el alimento que responda a ella.

La “justicia” que estas almas desplazadas y cargadas por el pecado buscan es ante todo la justicia de una relación correcta con Dios a través del perdón y la justificación (Rom.5:1-2, 2 Cor.5:20-21), y, segundo, la justicia concreta de una vida transformada (Rom.6:8; 8:29). Ellos no únicamente sienten lo correcto sino *hacen* lo correcto. Ambas ideas de la justicia están presentes en el sermón (Mat.5:7 y 5:10, 20-48; 6:1). Dios está determinado en no únicamente perdonarnos sino en cambiarnos, volvernos partícipes de la naturaleza divina (2 Ped.1:4) Y Él nos asegura que vamos a ser semejantes a él (Mat.5:48) Que maravillosa esperanza!.

Hay en cada ser humano una necesidad enraizada e inescapable por Dios. Esta hambre de Dios es expresada emotivamente por David mientras era un fugitivo de Saúl: “Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, En tierra seca y árida donde no hay

agua” (Sal.63:1) El pecado ha creado en cada hombre un vacío en forma de Dios. Característicamente hablando, intentamos aliviar nuestro dolor al servirnos de todo tipo de basura increíble. Pero teníamos también el intento de querer vertir todas las aguas de las Cataratas del Niágara en una taza de té para buscar satisfacer nuestros espíritus sedientos de Dios con meras “cosas” y emociones carnales. Incapaces de satisfacer nuestra necesidad fundamental, el dinero y el placer e incluso la sabiduría humana se ha vuelto la base por un apetito insaciable que nos deja vacíos, insatisfechos y consumidos (Eccle.5:10-11). Nunca seremos capaces de tener lo suficiente, sentir lo suficiente, o conocer lo suficiente, para encontrar el contentamiento sin Dios. Lo que necesitamos es la justicia, y como Jesús dice, los que la buscan están destinados a conocer una satisfacción y paz trascendente — **“ellos serán saciados”** (Mat.5:6).

Hay en esta bienaventuranza un llamado por el cambio de las prioridades. Porque para muchos de nosotros, una relación correcta con Dios es vista como una parte importante de “la buena vida” que cada persona equilibrada debiera interesarse, pero no es la totalidad de las cosas. Jesús dice que esto tiene que ser más que un interés vital — esta debe ser la pasión dominante de nuestra existencia. Todas las personas verdaderamente hambrientas pueden pensar en esto como su comida.

“Bienaventurados los de limpio corazón” (Mat.5:8). La traducción de J. B. Phillips tiene esta frase, “Bienaventurados los absolutamente sinceros”, y esta podría parecer reflejar el verdadero significado de las palabras de nuestro Señor. La pureza en esta bienaventuranza ciertamente no se refiere a una justicia perfecta de vida, y dado el hecho que las actitudes (las cosas que debemos hacer como opuestas a lo que Dios hace) domina esta parte del sermón, es improbable que ésta se refiera principalmente a la pureza de un corazón perdonado. Es mucho más probable que esta palabra se refiera a la pureza de una devoción resuelta (Mat.6:22-24; 2 Cor.11:2), a una actitud que es posible aun para los pecadores (Luc.8:15). Santiago hace uso de esta pureza cuando exhorta: “Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones” (Stg.4:8). La verdadera visión de Dios no será concedida a los astutos que calculan sus ganancias participando en juegos deshonestos o a los que son de doble ánimo que nunca pueden poner sus *dos* pies en el reino de Dios (Stg.1:7-8), sino para aquellos que son absolutamente honestos y sinceros de corazón hacia Dios. Ellos verán a Dios (Mat.5:8), no como los Judíos en el monte Sinaí, sino en el completo entendimiento de una relación íntima con Él (Jn.3:3-5; 14:7-9). Es una antigua pregunta con una antigua respuesta. “¿Quién” dice David, “subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón” (Sal.24:3-4). Si usted quiere ver a Dios con todo su corazón, usted lo verá. Las personas de esta clase no permiten que *nada* se interponga en su camino.

Las Bienaventuranzas: La Fortaleza de la “Debilidad”

La segunda básica declaración de las Bienaventuranzas es que el reino de Dios no se entrega a “los poderosos” que buscan tomarlo por la fuerza, sino que ésta fácilmente accesible para “el débil” quien cede su causa pacientemente a Dios y abandona sus propios derechos por causa de otros. El mundo en el que las bienaventuranzas fueron primeramente pronunciadas no fue un lugar alojable para tal idea. Séneca, el prominente filósofo estoico del primer siglo y hermano de Galión (Hech.18:12) dio expresión al sentimiento de sus tiempos en la siguientes palabras: “La piedad es una enfermedad mental inducida por el fantasma de otras miserias de las personas... el sabio no sucumbe a enfermedades mentales de esa especie” (Arnold Toynbee, *An Historian`s Approach to Religion*, Pág. 68). Totalmente fuera del espíritu de Su época, Jesús anunció la bienaventuranza del manso, el misericordioso, el pacificador y el perseguido. No fue una idea propia de la época, y no lo es todavía.

“Bienaventurados los manos” (Mat.5:5) En un mundo dureza y crueldad, la mansedumbre podría parecer una forma rápida de cometer suicidio. El violento y el necio prevalecen. El manso es al final de cuentas echado a correr. Las personas que son atraídas al reino de Dios deben enfrentar esto. La benignidad de Jesús no le salvó de la cruz. Pero, finalmente, Jesús nos enseña, que es la mansedumbre únicamente la que sobrevivirá. El desafío para nosotros es entender lo que es verdaderamente la mansedumbre.

La Mansedumbre no es una disposición natural. No es una suavidad congénita del temperamento. No es una conducta servil de un esclavo cuya condición impotente le obliga a adoptar una forma servil que desprecia y abandonaría en la primera oportunidad. La mansedumbre es una actitud hacia Dios y hacia otros, la cual es el producto de una elección. Es una disposición sostenida por medio de una resolución moral de acero en un tiempo cuando uno pudiera tener el poder y la inclinación a comportarse de otra manera.

La Mansedumbre no es una indiferencia al mal. Jesús soportó con mucha paciencia los asaltos cometidos contra él, pero fue fuerte para defender el nombre y la voluntad de Su Padre. Él odio la iniquidad tanto como amó la justicia (Heb.1:9). Moisés fue el más manso de los hombres cuando el abuso fue cometido a él (Num.12:3), pero su ira fue intensa contra la irreverencia cometida a Dios (Ex.32:19). El hombre manso puede soportar pacientemente el mal trato (él no está ansioso en *auto defenderse*) pero él no es pasivo con respecto al mal (Rom.12:9). Hay en él un odio ardiente por todo falso camino (Gal.1:8-9; Sal.119:104).

La Mansedumbre no es Debilidad. No hay blandura en ella. Él que tenía 72, 000 ángeles a Su mandato (Mat.26:53) se describe así mismo como “manso y humilde de

corazón” (Mat.11:29). La profundidad de la mansedumbre en un hombre puede medirse en proporción directa a su habilidad para aplastar a sus adversarios. Jesús no fue manso porque Él fue impotente. Él fue manso porque Él tuvo Su inmenso poder bajo control de los grandes principios — Su amor por Su Padre (Jn.14:31) y Su amor por los hombres perdidos (Efe.5:2). Habría sido muy fácil para Él haber aniquilado simplemente a Sus enemigos más bien que soportar pacientemente su abuso. Él tomó el camino más difícil.

La Mansedumbre del Hijo de Dios es poderosamente demostrada en Su actitud hacia los privilegios de Su condición (“quien, existiendo en la forma de Dios, no estimó estar en igualdad con Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo” (Fil.2:6-7 ASV) y en Su sumisión a Su Padre (“Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió obediencia” Heb.5:8). Él vino al mundo como un siervo. Él se despojó a sí mismo por causa de otros.

Aunque en el reino, mansedumbre se deriva de un nuevo concepto de uno mismo en la presencia de Dios (“pobre en espíritu”) su énfasis principal ésta sobre el concepto del hombre acerca de sí mismo ante la presencia de otros. “Mansedumbre” (del Griego, *praus*) es encontrada en la compañía constante de palabras tales como “humildad”, “bondad”, “paciencia”, y “benignidad” (Efe.4:2; Col.3:12-13; 2 Tim.2:24-25; Tito 3:2; 2 Cor.10:1). Aun cuando es aplicada a nuestro Salvador, la palabra parece referirse a Su relación con los hombres más bien que a Su relación con Su Padre (Mat.11:28-30; Cor.10:1) Mansedumbre (*praus*) tuvo un uso especial en el antiguo mundo Griego. Fue aplicada a un animal que había sido domesticado” (William Barclay, *New Testament Words*, Pág. 241). El hombre manso es uno que ha sido domesticado con el yugo de Cristo (Mat.11:29) y consecuentemente, ha llevado las cargas de otros hombres (Gal.6:2). Él ya no busca más tomar por la fuerza aun aquello que es correctamente suyo tampoco intenta vengarse de las injusticias cometidas contra él —no porque sea impotente hacerlo, sino porque ha sometido su causa a una corte mayor (Rom.12:19). Más bien, él está interesado en ser una bendición, no únicamente para sus hermanos (Rom.15:3), sino aun para sus enemigos (Luc.6:27-28).

El hombre manso tiene lo suficiente para sí mismo. Él siente su propia vaciedad espiritual y añora una relación correcta con Dios. *La auto justicia* se ha vuelto un desastre y la necedad una enfermedad. Las mismas ideas de *auto confianza* y *auto seguridad* se han convertido en un fétido olor de su nariz. Él se ha vaciado en su corazón de sí mismo y lo ha llenado con Dios y con los demás. Semejante a Su Maestro, él se ha convertido en el último siervo. Y por esta misma razón el futuro le pertenece.

Las Bienaventuranzas: Una Conclusión Sorprendente

Con este artículo llegamos a la conclusión de nuestro estudio de las Bienaventuranzas. Ellas finalizan como comenzaron, en una forma sobresaliente.

“Bienaventurados los misericordiosos” (Mat.5:7). La misericordia no es una cualidad completamente desconocida aun en un mundo de hombres fundamentalmente. Pero es una misericordia selectiva y caprichosa que no se mueve del principio y no es una disposición establecida del corazón y el carácter. El mismo hombre que es capaz de compasión ocasional encuentra todavía las tristezas de otros demasiado pesadas y la venganza muy dulce.

La misericordia que Jesús alaba nace de la conciencia penetrante de la propia necesidad desesperada de uno por la misericordia, no únicamente de los hombres, sino especialmente de Dios. Es una misericordia que muestra compasión por los indefensos (Luc.10:37) y concede el perdón aun a los que cometen repetidas ofensas (Mat.18:21-22). Esta compasión no es motivada por las cualidades atractivas del ofensor (¿Cómo debiéramos tratar al pecador “desagradable”?) sino que surge de nuestro propio sentido de gratitud por causa de esa misericordia que Dios *nos* ha mostrado. No éramos atrayentes cuando Dios envió a Su Hijo sobre la cruz (Rom.5:8). Los ciudadanos del reino del cielo no han olvidado de qué lado de las sendas han venido (Tito 3:1-5). Una de las más grandes expresiones de esta clase de misericordia es un interés no egoísta por un mundo pecador y no atractivo sino perdido (Mat.9:36-38). Es una fuerza que conduce a predicar el evangelio.

La misericordia hacia los hombres no *merece* la misericordia de Dios, sino es una prueba del espíritu penitente que es una condición divina del perdón (Mat.18:23-35). Los ciudadanos del reino del Cielo viven entre sus compañeros, no como una aristocracia espiritual arrogante, sino como hombres y como hombres que perdonan.

“Bienaventurados los pacificadores” (Mat.5:9). Esta bienaventuranza no está sin sus desafíos. Los hombres son tentados a aplicarla a aquellos espíritus conciliadores que cuyo don para la negociación y el compromiso vierte aceite sobre las aguas turbulentas. Pero todo el contexto del sermón se revela contra este concepto. Estos no son pacificadores en el sentido ordinario de mediar entre las disputas humanas, sino en el sentido último de traer a los hombres a la paz de Cristo (Juan 14:27). ¿Cuál es el valor de la paz traída al precio del principio o de una tranquilidad momentánea que no está enraizada sobre una reconciliación con Dios? Los verdaderos pacificadores son aquellos que están así mismos en paz con Dios (Rom.5:1) y con los hombres (Rom.12:18) y que predicán en el mundo un evangelio de

paz y reconciliación (Efe.2:13-17). Ningún otro pueblo puede ser llamado los hijos “del Dios de paz” (Rom.15:33). Cuando los hombres son reconciliados con Dios y la paz de Cristo gobierna en sus corazones, el espíritu de la compasión, la mansedumbre y el perdón produce en ellos ministros de reconciliación con todos los hombres (Col.3:12-15). Si, a pesar de todo, otros están todavía dispuestos a ver a tales personas como enemigos, la falta no descansa en ellos. Ellos son los verdaderos siervos de la paz en el mundo.

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia” (Mat.5:10-12). Aquí hay una conclusión sorprendente. Estos pacificadores se han vuelto en perseguidos! Jesús, habiendo ahora tratado con la actitud de los ciudadanos del reino hacia Dios, hacia así mismos, y hacia otros, ahora vuelve a considerar la actitud del mundo hacia ellos. Uno podría haber pensado que semejantes personas como Jesús las describe serían recibidas con gran regocijo en el mundo — personas humildes, despreocupadas de sí mismas, entregadas a las necesidades de otros. Por el contrario, el Señor ahora les revela que van a agitar al mundo con una amarga enemistad y odio hacia ellos.

El Hijo de Dios nunca buscó ocultar las realidades del sufrimiento de Sus seguidores. Su candor con los que entusiastamente le buscan es notable. Él les exhorta aún bajo su fervor a contar sobriamente el costo (Mat.8:19-20; Luc.14:26-33). El Señor no formaría discípulos de su ingenuidad. No quiere que ninguna crisis repentina destruya su fe. Él les ha hablado claramente de modo que cuando Sus discípulos sufrieran, ellos pudieran conocer que es tal como Él le había dicho y que tuvieran la confianza en su corazón que las promesas de gloria del Maestro son tan seguras — “porque fiel es el que prometió” (Heb.10:23).

¿Y cuál es la causa de ésta odiosa persecución sobre estas humildes y nobles personas? No fue alguna conspiración maligna secreta. No una práctica clandestina de ritos impíos e inmorales. Su crimen es simple. Ellos han elegido ser justos en un mundo injusto. Han elegido ser muy semejantes a Su Maestro (Juan 15:18-20). Su amor y sencillez no hace más que poner de manifiesto de manera más clara el oscuro egoísmo de una generación impía que aborrece la luz y que siente profundamente la sentencia en silencio de la inocencia al contrastarla con la vida de los Cristianos (Juan 3:19-20).

Los discípulos del Señor debieran regocijarse en la oposición que revela que el espíritu y el carácter de Su Salvador ha sido visto en ellos. Ellos debieran regocijarse a causa de que les ha sido concedido el privilegio de sufrir por uno que ha soportado semejante abuso por causa de ellos (Fil.1:28-29; Hechos 5:41). Pero, más que todo, ellos debieran regocijarse porque su sufrimiento no es en vano. Ellos pueden aceptarlo con regocijo, sabiendo que este transforma el carácter (Stg.1:2-4) y obra en ellos “un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Cor. 4:17). Ninguna amenaza

temporal puede intimidar aquel cuyo verdadero tesoro está asegurado en el cielo. Como alguien lo ha observado: “No es ningún necio el que da lo que no puede guardar para ganar lo que no puede perder”.

Similitudes: El Llamado del Cristiano

Con cada bienaventuranza la brecha entre los ciudadanos del reino y el mundo de los hombres ordinarios se ha ampliado. Jesús claramente ha emitido un llamado a Sus discípulos a realizar una salida moral y espiritual de una sociedad gobernada por el orgullo y la pasión. Esta separación a una nueva vida sería conclusivamente sellada por la propia amarga reacción del mundo. Ellos serían calumniados, agredidos y rechazados. Sus formas gentiles y humildes nunca serían suficientes para disipar la sensación de vergüenza, intimidación y miedo que sus caminos justos estaban destinados a evocar. La ruptura sería completa.

Y sin embargo, irónicamente, las mismas personas que se han convirtieron, en efecto, rastreados de la tierra, son en realidad, la única esperanza del mundo. Como las bienaventuranzas han delineado el carácter de los ciudadanos del cielo Celestial, así ahora las similitudes (Mat.5:13-16) dejan claro su llamado. Aunque apartados para Dios y separados claramente de la sociedad de otras personas, ellos no obstante están relacionados con el mundo en una forma muy especial.

El tiempo de algún modo ha disipado la aparente absurdidad de esta escena sobre la colina Galilea. Jesús está diciendo que este grupo anodino de hombres y mujeres fueron marcados para preservar e iluminar el mundo. Ellos tenían poco dinero, ninguna posición terrenal ventajosa, y ningún prospecto. Algunos cabezas “sabias” deben haberse entretenido en esta charla pomposa. Algunos visionarios habían surgido antes en la nación, crearon un entusiasmo momentáneo y luego desaparecieron (Hech.5:35-37). Los pocos prospectos que este movimiento formó aun con las visiones de esperanzas rotas de un Teudas o Judas el Galileo parecían positivamente prometedoras.

No obstante, el tiempo estaba por revelar un tiempo asombroso. Las cosas que parecían tan durables en aquellos días desaparecieron. El Imperio Romano colapsó. La academia de Platón cerró. Las escuelas de los Estoicos y Epicúreos se desvanecieron. La gigantesca biblioteca en Alejandría se quemó. Pero la compañía de Cristianos perduró. Ellos todavía no poseían una gran riqueza o posición terrenal, pero su mensaje sería uno muy vivo y su espíritu vital. Las vidas cambiarían en todas partes.

No debiera sorprendernos que el Único que vino a salvar a una humanidad perdida (Luc.19:10) lance a todos Sus discípulos a esta gran empresa. Su tarea se convirtió en la tarea de ellos; Su pasión en la pasión de ellos.

“Vosotros sois la sal de la tierra” (Mat.5:13). **“Vosotros sois la luz del mundo”** (Mat.5:14). Las metáforas que Jesús elige para ilustrar la naturaleza crítica del llamado del reino fueron formadas de los materiales comunes usados en el hogar. Ninguna casa en Palestina estaba sin un poco de sal, o lámpara para ahuyentar las tinieblas de la noche. El mundo de los hombres, a causa del pecado, estaba putrefacto en

la oscuridad. Los ciudadanos del reino del cielo estaban destinados a ser la sal para detener la putrefacción del pecado y la luz para penetrar en su oscura desesperanza. Aun sin embargo, Jesús advirtió a Sus discípulos que el mundo a quien ellos estaban dirigidos a preservar, también podría perderlos.

El reino del cielo no estaba diseñado a encerrarse así mismo como semejante a un gran monasterio. Sus ciudadanos no estaban diseñados a vivir en un gran asilamiento. Aunque no *de* este mundo, ellos estaban *en* el mundo (Juan 17:14-15). Su Maestro fue siempre un hombre del pueblo. Su vida fue transcurrida en medio de las multitudes que se abarrotaban en Palestina. Él estuvo siempre accesible, siempre vulnerable, siempre interesado. Él pasó Su tiempo entre los atribulados y afligidos (Luc.15:1-2). Esto es algo que los Cristianos nunca deben olvidar. Podremos ser perseguidos, como Él lo fue (Juan 15:19-20), pero nunca debemos permitir que nuestro dolor seque nuestra compasión. Podremos en ocasiones cansarnos, como Él lo fue (Juan 4:6), pero nunca debemos permitir que nuestro cansancio nos aparte de las necesidades de otros. El reino de arriba puede ser hecho una fortaleza contra el pecado, pero debe ser siempre el refugio del pecador.

“pero sin la sal se desvaneciere” (Mat.5:13). Los ciudadanos del reino aunque viven en el mundo no deben nunca convertirse en mundanos. La sal no debe perder su sabor (Luc.14:34-35; Mar.9:50). Su sabor descansa en la distintividad santa de sus vidas y carácter. La pasión por la justicia nunca debe ser comprometida o la utilidad del discípulo llegará a su fin. Aunque la sal no puede en realidad dejar de ser salada, puede, como el polvo salado que se forma en las orillas del Mar Muerto, volverse tan contaminado que se vuelve inservible como el polvo del camino. Si debido a concesiones hechas con el mundo, la sal nos ha abandonado, dejándonos únicamente un residuo de respetabilidad mundana, bellos edificios de reunión, círculos sociales congeniales y rituales vacíos, entonces, nosotros, también, nos vuelto completamente inútiles.

Un pensamiento final. Tan importante como lo es que los Cristianos adoremos a Dios de acuerdo a Su voluntad, debemos siempre recordar que muchos hombres perdidos glorificarán a Dios porque participamos de la Cena del Señor cada domingo. Ellos podrán ciertamente ser movidos a exaltar a Dios por medio de un amor sereno que nos mostramos uno al otro (Juan 13:34-35), al nuestro auto control en frente de la gran provocación, por nuestra confianza tranquila en la presencia de la tragedia, y por nuestro firme rechazo a ser arrastrados a un mundo de pasiones sin sentido. Si hemos ganado la victoria sobre un sistema mundano de orgullo y carnalidad (1 Juan 2:15-17: 5:4) esto seguramente se mostrará, y Dios, no nosotros mismos, será glorificado.

La Justicia del Reino: Jesús y la Ley

Hemos llegado ahora al corazón del gran discurso de Jesús. Las Bienaventuranzas han delineado el carácter espiritual especial de los ciudadanos del reino. Las similitudes han tratado con el alto y noble llamado del reino. Ahora, Jesús se dirige a la calidad de la justicia del reino. Su tratamiento es específico y al grano y continua esencialmente desde Mateo 5:17 hasta que Él comienza su apelación final en Mateo 7:13.

“No penséis que he venido para abrogar la ley... sino para cumplirla” (Mat.5:17-18). Jesús realiza un prólogo a Su discusión de la justicia del reino con una advertencia poderosa. Él no vino, dice enfáticamente, a destruir la ley y los profetas. ¿Por qué fue necesario semejante negación? ¿No está reclamando ser el Cristo de la promesa profética? Sí, pero algunas veces las apariencias abruma las palabras. Una breve mirada a los acontecimientos que preceden a la entrega de este discurso proveerá una respuesta a nuestra pregunta.

Los Fariseos, como partido religioso, representaban a los más dedicados defensores de la ley en la nación de Israel. Mientras que los Saduceos se dedicaban a la política del Templo, los Fariseos estudiaban y enseñaban la ley como era considerada según la tradición de sus antepasados. En la mente de muchos en la comunidad Judía la ley de Moisés y las tradiciones de los Fariseos era idéntica. Habría sido causa de no poca inquietud entre el pueblo ver a Jesús venir cara a cara continuamente con estos establecidos maestros del pacto nacional.

Los Fariseos estaban grandemente disgustados con la compañía que Jesús mantenía (Mar.2:16-17; Luc.5:30-32), y por el tiempo que Jesús predicó su gran sermón sobre el reino, él habría tenido por lo menos tres amargas confrontaciones con los fariseos sobre la observancia del Sábado (Luc.6:1-11; Mar.2:23-3:6; Jn.5:2-18). Los desacuerdos eran ahora tan profundos que los Fariseos ya habían determinado destruirle (Mar.3:6; Luc.6:11).

Este conflicto agudo con el partido conocido de la ley debe haber convenido a muchos que Jesús se había propuesto destruir la ley y edificarla de nuevos obre sus ruinas. Los Fariseos no habían mostrado lentitud en explotar en semejante impresión. El Señor, está ahora, por lo tanto, ante tales molestias a punto de refutar el concepto erróneo. Pronto se volvería evidente en Su sermón que Él no estaba contra la Ley, sino contra las perversiones fariseas de ella.

La actitud de Jesús hacia las Escrituras del Antiguo Testamento ahora se convierte en algo inequívocamente claro. Debido a que ellas son las palabras de Su Padre, lejos de abolirlas ellas deben ser cumplidas hasta en los detalles más diminutos, y aun con mayor significado, *Él* estaba para cumplirlas! Tres grandes verdades emergen aquí. Jesús mismo se vincula inseparablemente al Dios del Antiguo Testamento. El Dios de

Abraham, Isaac y Jacob es también el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Jesús también confirma su absoluta confianza en la integridad de cada palabra de las Escrituras del Antiguo Testamento. Ellas son las palabra de Dios, y cualquiera que quiera ser Su discípulo debe tener el mismo alto concepto de las Escrituras (Luc.24:25-27; Jn.10:35). Y entonces, surge por primera vez en el sermón, la grandeza impresionante del predicador. Él es el cumplimiento del eterno propósito de Dios, la consumación de las edades, el punto final de toda la historia. Esto no es meramente un tratado ético. El sermón es grande, pero el predicador es aún más grande.

¿Qué quiere decir Jesús cuando Él habla de cumplir la ley y los profetas? Desde luego, él no está hablando de unir a los ciudadanos del reino a cada último precepto del pacto Mosaico según el cual los rabinos contaban por 613 mandatos! Nadie a nuestro conocimiento sostiene este concepto. Pablo más tarde declaró que estas ordenanzas sobre comida y fiestas y los Sábados nada tenían que ver con servir a Cristo sino que fueron abolidas en Su muerte y removidas (Col.2:14-17).

¿El Señor, entonces, se refiere a Su propia obediencia perfecta a la ley? Jesús, quien nació bajo la ley (Gal.4:4), ciertamente observó el mandamiento de la ley a perfección (1 Ped.2:22), sin embargo, Su interés aquí es *cumplir* el propósito, no la *observación* del mandamiento. Jesús estaba destinado a ser el cumplimiento de todos los tipos y figuras del Antiguo Testamento (Col.2:17; Heb.10:1-4) y la realización de todas las profecías del Antiguo Testamento (Luc.24:25-27, 44-48). Él era la culminación del propósito de la ley que conduce a los hombres a la justificación por medio de la fe en Él (Gal.3:24-25; Rom.10:4). Habiendo llevado realizado su obra, la ley finalizó, y condujo, como está lo había prometido, al establecimiento de un nuevo pacto con mejores promesas (Jer.31:31-34; Heb.8:6-8). El ciudadano del reino está bajo la ley de Cristo (1 Cor.9:21) y en la plenitud de Cristo él es hecho completo (Col.2:9-10). Todos los esfuerzos por apartarse de Cristo para volver a la ley son un caso de desarrollo espiritual detenido.

Pero habiendo dicho todo esto, debe ser recordado que la enseñanza ética de Jesús no representa una salida radical de la ley, sino una extensión natural de dos grandes mandamientos que son expresados en el primer mandato encontrado en la ley: “Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón” (Deut.6:5) y “sino amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lev.19:18). La gran diferencia entre la ley y el evangelio no es encontrada en sus respectivas demandas éticas sino en la muerte sacrificial del Hijo de Dios.

El Reino y los Mandamientos de Dios

“De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños” (Mat.5:19). Jesús, después de haber cortado de raíz cualquier noción que Él vino a destruir la ley y los profetas al prometer su completo cumplimiento (Mat.5:17-18), ahora extiende Su punto al dirigir el asunto de la relación del reino con los mandamientos de Dios.

Uno es tentado a pensar que Jesús está tratando aquí (Mat.5:19) con algunas astutas libertinos que pudieron haberse imaginado, dichosamente, que las dificultades de Jesús con las enseñanzas de los rabinos establecidos significó que Él estaba intentando liberar a los hombres de la pesada carga de guardar la ley de Dios. El contexto, sin embargo, apunta a los Fariseos como los culpables (Mat.5:20). Las personas principalmente bajo el blanco no son aquellas que en su debilidad quebrantan un mandamiento divino, sino los maestros de la ley quienes van más allá de la transgresión personal para romper la misma autoridad de los mandamientos. Esto corresponde a un cuadro perfecto acerca de los Fariseos quienes por medio de sus tradiciones han destruido la ley de Dios (Mar.7:1-13).

Sin embargo, aunque Jesús pudo haber tenido a los legalistas más que a los libertinos aquí en mente, Su declaración tiene una válida aplicación a aquellos que espíritus “libres” quienes ven en el evangelio el fin de toda ley. No solamente va en contra del testimonio de la Escritura (1 Cor.9:21; Gal.6:2; Stg.1:25), sino tiene implicaciones de la clase más delicada. Sin la ley el pecado no puede existir (1 Jn.3:4) y sin el pecado, la gracia se vuelve innecesaria e insignificante (1 Jn.1:7, 9).

Sería extremadamente útil si los estudiantes de la Escritura pudieran reconocer que la ley o voluntad de Dios para el hombre está inherente desde la creación, no en los pactos. Las expectativas del Creador para Su creatura, el hombre, han estado en su lugar desde Adán. Los dos más grandes mandamientos (Deut.6:5; Lev.19:18; Mar.12:28-31) no fueron primeramente aplicados cuando fueron incluidos en el pacto hecho con Israel en el Sinaí, sino fueron claramente aplicados a la conducta del hombre hacia Dios y hacia su prójimo desde su principio (Gen.4:1-12; 11-13; 18:20; Judas 7). El hombre no está bajo la ley de Dios porque él está bajo un pacto (nuevo o antiguo). Él está bajo la ley de Dios porque él es un hombre. Uno puede escapar de la ley de Dios al renunciar a la raza humana. Renuncias con frecuencia han sido presentadas, pero no hay ninguna prueba que hayan sido aceptadas. El hombre, bajo el pacto, hace un compromiso de ser fiel a Dios y a Sus mandamientos y recibe a su vez, las promesas y bendiciones del Señor —que haga lo que haga no tiene escapatoria de la ley divina.

Pero ¿Por qué, Jesús, en un sermón sobre el “evangelio del reino”, exhorta a Sus oyentes a guardar cuidadosamente hasta los mandamientos más pequeños de la ley de

Moisés? La respuesta es: porque Su audiencia era Judía, y estaban, como Jesús lo habló bajo ese pacto. Cualquiera que fuera la actitud que ellos tenían hacia la ley de Dios como era expresada en el pacto Judío, estaban obligados a traerla al reino. El pacto no es tan importante como el principio de la absoluta confianza y obediencia hacia Dios en todas las cosas. Cualquier persona dispuesta tomar rápido y relajado el mandamiento más pequeño de Dios, cualquiera que sea el pacto, no es apto para el reino del cielo. Un nuevo pacto vendría, pero el principio permanecería el mismo.

Algunas ordenanzas de Dios son manifiestamente superiores que otros porque se ubican más cerca del corazón de la justicia divina (Mar.12:28-33; Mat.23:23), pero ningún mandamiento de Dios está sin su inmenso significado debido a que el aliento del Todopoderoso está en él (2 Tim.3:16). Él que reprendió a los Fariseos por devorar camellos no alienta a nadie a comer mosquitos (Mat.23:23). Santiago buscó hacernos entender que los mandamientos de Dios son indivisibles debido al *Autor* que está detrás de ellos (Stg.2:10-11). No es únicamente un asunto de quebrantar un mandamiento, pequeño o grande. Es un asunto de desafiar a Dios y romper la fe en Él.

La Obediencia no está limitada como un asunto de un principio a sistemas de la justificación por la ley (Gal.3:10). Es también una expresión de fe (Stg.2:14-26) y amor (Jn.14:15, 23-24; 1 Jn.5:3) en el sistema del evangelio de gracia y justificación por la fe (Mat.7:21). Como tal tiene aplicación a la salvación en cada dispensación (Heb.11). El ciudadano del reino, como el fiel de todas las edades, no está buscando justificarse a *sí mismo* por su obediencia sincera a todos los mandamientos de Dios, sino volviendo al amor que ha sido derramado sobre él en forma tan inmerecida. La ley de Dios es un puñal para el corazón del arrogante y el que se justifica así mismo, pero para el Cristiano, está es la norma de conducta justa a la cual, bajo la gracia de Dios, él aspira (Rom.12:1-2). Dios procura no únicamente redimir a Su pueblo sino transfórmales también (Rom.8:29; 2 Cor.3:18).

“... muy pequeño será llamado en el reino de los cielos” (Mat.5:19b). Muchos comentaristas serios han buscado privar la fuerza de la advertencia de Jesús al sugerir que aquellos que tratan a la ligera los mandamientos más pequeños de Dios no sufrirán algún daño serio. Admiten que en el estadio del cielo, ellos tendrán que sentarse en las gradas y no en los palcos!. Rotundamente no estamos de acuerdo con este concepto porque: (1) El resto del sermón no está en armonía con eso (Mat.7:21, 24-27), y (2) La expresión “grande” o “mayor” en el “reino” es usada por Jesús en otro lugar en Mateo para referirse a cada ciudadano del reino (Mat.18:1-4; 20, 26-28), no admitiendo ningún lugar para “los pequeños”.

Estemos atentos a aquellos maestros que piensan que ellos saben que mandamientos de Dios son importantes y cuales no!.

Una Clase Diferente de Justicia

“Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” Jesús ha abierto el cuerpo de Su sermón sobre la naturaleza de la justicia del reino al realizar dos claras pronunciaciones. La primera es que Él vino a cumplir, más que a destruir, la ley y los profetas y a demandar reverencia por todo mandamiento de Dios (Mat.5:17-19). La segunda, es que Él vino a realizar una guerra tocante a la “justicia” de los Fariseos. Su disputa no fue con la Palabra de Dios. Esta nunca lo ha sido. Pero las corrupciones de los hipócritas había cerrado la puerta del reino a las personas (Mat.23:13). Jesús sabía que si la nación alguna vez entendía la verdadera justicia de Dios, entonces, las distorsiones farisaicas de la ley de Dios tenían que a ser desechadas. El concepto de los Fariseos, no obstante, la gran amenaza al reino divino no vino de la impureza de los Gentiles, sino de sus propias grotescas mutilaciones de la misma ley que con orgullo se jactaban de proteger. Aquí Jesús denuncia su sistema totalmente inadecuado de justicia por nombre, y advierte que este nunca bastará para ver a un hombre en el reino de los cielos (Mat.5:20).

En esta edad muy conciliadora, que atesora la paz y la armonía por encima de la verdad y la justicia, el lenguaje claro del Salvador causará que muchos se sientan incómodos. El Hijo de Dios nunca fue impreciso o innecesariamente severo en Sus tratos hacia los falsos maestros, pero él no vaciló en “citar nombres” cuando esto fue requerido para identificar el origen del cual Su pueblo estaba siendo envenenado. Se necesita ser recordado hoy que Jesús atacó el partido religioso establecido, no de su propia vanidad o ambición personal, sino a causa de Su amor por las almas de los hombres que estaban en juego. Haríamos bien en imitarlo. Debemos ser prudentes y justos, pero debemos hablar con toda claridad cuando la salvación de los hombres perdidos lo requiere.

La “justicia” de los Fariseos era una forma particular de ver las cosas en las que siempre habría sido inadecuada en el reino de Dios aun si era efectuada con grande esfuerzo. No fue la cantidad lo que quedaba corto sino la calidad. Lo equivocado era la *clase* de justicia.

Es posible que los Fariseos no hubiera sido siempre en lo que ellos se habrían convertido en el tiempo de Jesús. Sus antepasados, incapaces de mantener inmaculada la santa ciudad, estaban determinados en guardar la ley santa libre de la contaminación de los Gentiles. Este partido estricto de separatistas es probable que haya tenido su origen en algún tiempo en los siglos segundo o tercero antes de Cristo, cuando el pensamiento Griego estaba amenazando en hundir a los Judíos. Pero la resistencia que había comenzado con tan noble propósito, pronto se vio reducida a un formalismo sin profundidad espiritual (Mat.23:27-28), y su sentido de separación del mundo se

convirtió en una acentuada auto justicia arrogante (Luc.18:9-14). El movimiento que había comenzado con el propósito de glorificar a Dios ahora estaba dedicado a la exaltación de una petulante y una élite santurronería que tenía interés únicamente en sí misma. Y, más irónico todavía, el esfuerzo en proteger la santidad de la ley había resultado en su propia corrupción por medio de las interminables tradiciones de los escribas (Mar.7:8-9).

Los Fariseos estaban en una posición privilegiada para conocer la ley y podían haber sido traídos a un servicio humilde hacia Dios por medio de una conciencia de su completa demanda. Desde semejante posición de honestidad, ellos podrían haber sentido en un grado mayor la necesidad de la ayuda de Dios para lograr la justicia. En lugar de enfrentar su propia insuficiencia, ellos moldearon la ley y los profetas a su propia medida de estrechez moral y espiritual. La ley en sus manos ahora fue reducida a un poco más que ritualismos sin sentido que poseían el poder para justificar el mérito y su corazón espiritual fue cortado al convertir sus profundos preceptos morales en una ley civil superficial. Pero por encima de todo, está no tenía ya más conexión con el amor. El reino de Dios no tuvo lugar para esta configuración hipócrita y auto justificable de tradiciones humanas en las cuales el Fariseísmo se había convertido (Mat.15:3-20). La justicia del reino de arriba, es uno del corazón — una justicia que comienza en la misma fuente del pensamiento y la voluntad y fluye en hechos y palabras (Luc.6:43-45).

En los siguientes vehículos, se revelará, la justicia sobre la que Jesús habla ahora es principalmente una justicia de vida y conducta — la vida transformada del ciudadano del reino. No hay ninguna enseñanza aquí de la justificación por las obras. Esta clase de transformación viene únicamente al pobre en espíritu que conoce también su necesidad de la misericordia de Dios, pero es una transformación que es necesaria. Si queremos tener éxito en la vida del reino debemos cumplir con la voluntad de nuestro Padre (Mat.5:19; 7:21, 24-28) y crecer en Su perfecto amor (Mat.5:44-48).

La Verdadera Justicia

“Oísteis que fue dicho....Pero yo os digo” (Mat.5:21-22). Con este frecuente contraste que golpea una decadencia pesada, Jesús obre el corazón de Su discurso sobre la verdadera justicia. Pero no fue un sermón predicado en un vacío. El problema de la justicia Farisaica se había planteado abiertamente y ahora este nefasto sistema será metódicamente cortado en pedazos a través de las penetrantes y autoritativas observaciones del Señor. No fue una profunda devoción a la ley, la que provocó el ataque devastador de Jesús sobre los Fariseos, sino una de muy pobre nivel. Con una hipocresía arrogante, ellos habían producido una parodia vacía de la ley de Dios. Jesús rechaza su farsa y la expone por lo que esta es a la luz de la verdadera e inmutable justicia de Dios.

Sí, como algunos suponen, Jesús está aquí citando las Escrituras del Antiguo Testamento, entonces Él está usando un diferente enfoque al que usa en otras ocasiones. En ninguna otra vez, él jamás introduce la Escritura con “Oísteis que fue dicho a los antiguos” (v.21). Anteriormente, cuando fue tentado por Satanás en el desierto, Jesús introdujo tres pasajes del libro de Deuteronomio con las palabras, “ésta escrito” (Mat.4:4, 7, 10). Él usa la misma forma en Mateo 11:10 y 12:13. En otras ocasiones, El Señor indicó el escritor que estaba citando (Cf. Mat.12:17; 13:14, 35; 15:7; 21:4; 22:43) o simplemente citó “las Escrituras” (Mat.21:42). El diferente trato en Mateo 5:21-48 está demasiado marcado para ser ignorado. Aquí Jesús está citando, no las Escrituras, sino “la tradición de los ancianos” (Marcos 7:5).

El contexto de esta parte del sermón del Señor apunta a la misma dirección. Jesús ha declarado como uno de sus puntos de expresión Su reverencia por la ley y los profetas (Mat.5:17-19). ¿Es razonable pensar que Él se volvería y desataría un fulminante ataque contra esa misma ley? El interés inmediato del predicador cuando él inicia esta sección de su discurso es farsa justicia de los Fariseos (Mat.5:20) y este es el problema con lo que Él trata en los versos que le sigue (Mat.5:21-48).

El contraste que está siendo trazado en estos versículos no es entre la ley de Moisés y la ley de Cristo. Es más bien, un contraste entre las corrupciones Farisaicas del Antiguo Testamento y la verdadera justicia del reino — una justicia que fue anticipada en la ley y traída a su plenitud en Cristo. Como hemos ya observado anteriormente, la enseñanza ética de Jesús no representa una salida radical de la ética del Antiguo Testamento. Los mandamientos fundamentales de la ley — amar a Dios supremamente y al prójimo de uno como a sí mismo (Deut.6:5; Lev.19:18) — son tomados por el Señor como el baluarte de Sus propias enseñanzas (Mat.7:12; 22:34-40). Los principios éticos del Antiguo Testamento no eran ordenanzas superficiales que gobernaban los músculos sino la mente. El décimo mandamiento del Decálogo se dirige directamente a sí mismo a la mente y el corazón (Éxodo 20:17). Y ¿Quién podía leer este antiguo pacto Judío e

imaginarse que el Dios que habló en Sinaí odiará mientras no matarán, o codiciarán mientras no consumarán sus deseos? Fue Él quien dijo: “No aborrecerás a tu hermano en tu corazón” (Lev.19:17) y “No codiciarás la mujer de tu prójimo” (Deut.5:21).

La ley de Moisés, en su esencia, reflejó las verdaderas demandas éticas de Dios. Aunque es verdad que la ley hizo concesiones a causa de la “dureza del corazón” de Israel (Mat.19:8; Mar.10:5) y contenía muchas “ordenanzas carnales” (Heb.9:10), sin embargo, en su esencia, “la ley es espiritual” (Rom.7:14) “... y el mandamiento santo, justo y bueno” (Rom.7:12)

Las demandas éticas del Sermón del Monte son simplemente la flor que surge desde el brote del Antiguo Testamento. Aunque es verdad que la gracia y la plenitud de la verdad vinieron por Jesucristo (Juan 1:17), es también verdad que había verdad ética y espiritual en la ley y una clara anticipación de la gracia venidera (Gál.3:8).

De manera, aunque es exacto decir que Jesús está exponiendo las perversiones Farisaicas de la ley, no es exacto decir que Jesús no hace más que dar una correcta exposición de la ética del Antiguo Testamento. Jesús claramente establece Su enseñanza ética en la ética de la ley, pero Él no se detiene ahí. Él procede a explicarles sobre la ley del reino de los cielos.

El propósito del reino es la justicia de Dios (Mat.5:48; 6:33). Para conducir a sus oyentes a entender el orden moral y espiritual de las cosas, Jesús comienza con los imperativos más obvios de lo que significa amar a otros (Mat.5:21-48). Hay un plano ascendente en estos versículos. El Señor comienza sobre un punto negativo — con la prohibición que muchos tienen a alabar a los hombres, aun en su posición más baja — “No matarás”. Al concluir este capítulo, Jesús ha levantado el amor a la forma más positiva y a la confianza más demandante — no como los hombres lo conocen, sino amar como Dios en Su perfección santa lo demuestra.

Estos versículos no son cómodos para leer y a menudo desafían el entendimiento, pero el estudiante debe siempre mantener en mente que debajo de todas estas instrucciones está el segundo de los grandes mandamientos “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. En término ambos prácticos y para el punto que ahora estamos tratando con esto es lo que significa ser un ciudadano del reino de los cielos.

“Cualquiera que se enoje contra su hermano...”

Esta sección del Sermón (Mat.5:21-48) comienza con una consideración de como el ciudadano del reino debe tratar con su propia inclinación al mal, y luego cierra (Mat.5:38-48) con un estudio de como él debe tratar el mal en otros.

Hay en estos pasajes la descripción de una clase radical de amor. Si nos sorprende a nosotros de este lado de la cruz, que sacudida debió haber dado a los que primero la escucharon *antes* de los acontecimientos impensables del Calvario. Aunque únicamente anticipado en el discurso cumbre de Jesús, parece evidente que el amor radical de Dios por los hombres en Cristo sería el fundamento indispensable de la devoción santa y desinteresada hacia los demás. Tal como la mujer pecadora cuya expresión prodiga de amor por Jesús impactó al Señor rodeado de Fariseos (Luc.7:36-50), así debemos amar mucho porque hemos sido perdonados mucho. El amor radical de Dios por nosotros, libera dentro de nosotros una capacidad radical para la buena voluntad hacia los demás. Y la naturaleza de ese amor, como el amor del Señor, debe ser sacrificial (Mat.16:24-25). Tal como Jesús se despojó así mismo por amor a nosotros, de igual modo, nosotros debemos despojarnos para el bien de los demás. (Fil.2:1-8).

Pero ¿Por qué todos estos detalles? ¿Por qué no simplemente enunciar la sencilla instrucción de amar al prójimo como a sí mismo? Es porque estamos todos tan carentes de entendimiento sobre nuestros propios intereses, y por consiguiente, del interés de los demás. Un borracho, practicando “el amor al prójimo” pudiera darle a otro un trago de whiskey. Thomas Harris levanta este problema más bien desde una forma anónima en su libro. *Estoy bien., Tú estás Estás bien*: “La Regla de Oro no es una guía adecuada, no porque el ideal esté equivocado, sino porque muchas personas no tienen la suficiente información sobre lo que ellos quieren para sí mismos, o las razones por las que ellos lo quieren”. La información carente es proveída en las enseñanzas de Cristo y los apóstoles. Sus instrucciones llenan los detalles prácticos de lo que significa amar a Dios y trabajar para lo mejor de los verdaderos intereses de las demás personas. Esta información no surge de nuestros propios deseos o juicios mal dirigidos como Harris y la situación ética lo sugiere, sino desde la sabiduría divina de Dios. Esto no puede ser de otra manera. Desde nuestro muy restringido punto de vista humano no podemos posiblemente conocer todas las consecuencias de nuestro comportamiento aun cuando este bien dirigido. Dios nos informa y guía nuestro amor con Sus instrucciones morales. Como Juan observa: “En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos” (1 Jn.5:2).

Los Fariseos estuvieron siempre inclinados a rebajar el nivel moral y espiritual de la ley y a incrementar la demanda ceremonial. Jesús comienza ésta sección de la ley con el perfecto reduccionismo farisaico **“Oísteis que fue dicho a los antiguos: No**

matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio” (Mat.5:21). El asunto problemático de estas citas es que parecen al momento ser citas exactas de la ley. “No matarás” viene directamente de pasajes como Éxodo 20:13 y Deuteronomio 5:17. El “juicio” de la segunda parte del pasaje se refiere al concilio local o corte, y aunque la cita no es una cita exacta de la ley, ésta refleja exactamente las palabras de Números 35:30-31. Sin embargo, en las manos de los Fariseos estas no eran la ley sino ideas levantadas de la ley y pervertidas. La principal preocupación del partido religioso de ellos es que nadie fuera a cometer un acto que derribará una penalidad civil. Los únicos crímenes que perturban a sus conciencias eran aquellos que podían ser tratados por medio de los tribunales humanos. Estaban profundamente consternados por el asesinato, pero el odio y la malicia no lo veían con grave consternación. Sin embargo, las formas abusivas hacia los demás, siempre y cuando no fueran culpables de derramar sangre, ellos las consideraban justas ante la ley.

La respuesta de Jesús (Mat.5:22) contrasta con su fijación de las penas civiles. La verdad es, dice Él, que el hombre que abriga una ira rencorosa contra su hermano está en peligro de la corte local. Juan más tarde reflexionó sobre este concepto en su memorable declaración, “Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida” (1 Jn.3:15).

Habiendo dirigido el problema desde el corazón, Jesús extiende Su aplicación a la lengua. No únicamente los sentimientos llenos de amargura ponen a uno en peligro, sino también lo hace el abuso despectivo que los impulsa. Cuantos corazones humanos han sido brutalizados por las palabras que cortan como estocadas. En ocasiones sería más humano que estas atrocidades verbales! Arremetemos contra las personas en total desprecio y les dejamos, como lo planeamos, rotos! Por esta razón, el Señor advirtió, que podríamos estar en “peligro ante el concilio” (una probable referencia al Sanedrín), o todavía más en el punto al “infierno de fuego”. Es evidente que el uso de las expresiones “juicio” y “concilio” por el Señor aquí con acomodativas. Las cortes civiles no pueden tratar con los pensamientos inicuos, pero el tribunal a que Jesús se refiere puede lanzar al ofensor al infierno (Mat.10:28).

Nuestra reacción juvenil a ésta enseñanza nos dispone a llamar a un hombre todo excepto sensato, pero debemos evitar llamarlo un “necio” a toda costa. (“Racca” no nos da ningún problema debido a que no sabemos lo que esta palabra significa). A los Fariseos les habría encantado esta interpretación!

El problema del asesinato debe tratar con la misma fuente — el corazón y la lengua, tal como las manos deben ser limpiadas de la brutalidad del odio. La ley enseña esto (Lev.19:17) pero los Fariseos en su gran esfuerzo para obtener una justicia barata la pasaron por alto. El Señor no quiere que cometamos el mismo error.

Tratando con su Víctima

“...reconcíliate primero con tu hermano” (Mat.5:24). Jesús comienza esta sección de Su sermón con una serie de advertencias sobre el juicio severo destinado a caer sobre los que permiten que su ira fluya en su abuso verbal odioso hacia otros. Él continúa Su tema al delinear la única vía de escape de tales ofensores de la ley de amar a su prójimo (Mat.5:23-26).

Lo que Jesús pide de nosotros cuando pecamos de esta manera es lo que la mayoría de los hombres parecen temer más intensamente. Él demanda que enfrentemos y tratemos con nuestra víctima. El contexto indica que el hermano quien “tiene algo contra ti” no es sólo alguien que ésta disgustado con nosotros, sino uno a quien hemos cometido agravio. En este caso, el adorador es culpable, no sólo mal entendido. Otros versículos confirman este significado (Mar.11:25). Quien ofrece la ofrenda necesita arrepentirse y buscar el perdón de su hermano con quien se ha equivocado. La prontitud con la que la parte culpable debe actuar, rompiendo justo en medio del sacrificio, refleja la urgencia de la situación y enfatiza como el mal trato de los demás nulifica la adoración a Dios. La Escritura está llena de este principio (Sal.66:18; Stg.3:9-10; 1 Jn.4:20-21). El abuso contra los demás sirve para cerrar la puerta del cielo contra nosotros.

Aunque el secularista ha tendido a tratar la adoración con una medida de menosprecio cuando él enfatiza la conducta correcta hacia los demás, muchos religiosos han históricamente intentado usar la adoración para cubrir el fracaso moral. Este fue el largo litigio de los Fariseos quienes buscaron expiar por medio de la ceremonia celosa su abuso de los hombres (Mat.23:23-24). Pero el Fariseo no originó este concepto sesgado de las cosas. Varios siglos anteriormente, Amós había advertido a los ciudadanos petulantes de Samaria que Dios se había cansado de sus adoraciones pretenciosas. Lo que el Señor quería, dijo el antiguo profeta, era verdadero juicio y justicia (Amós 5:21-24). Jeremías, cien años más tarde, hace eco en el mismo tema en Jerusalén (Jer.7:21-23). Jesús intentó enseñar a los Fariseos, la lección de los profetas. Él les envió más de una vez las palabras de Oseas: “Misericordia quiero y no sacrificio” (Mat.9:13; 12:7). El Señor tuvo poco éxito en Su esfuerzo pero existieron siempre los pocos como el escriba que observó el amor a Dios con todo su corazón y amó al prójimo como así mismo que contaba “más que todos los holocaustos y sacrificios” (Mar.12:32-33). Jesús le dijo a éste escriba que no estaba lejos del reino.

De manera que ¿Cuál es la lección aquí? Cuando hemos pecado contra otra persona la necesidad no es de una asistencia más dedicada en las asambleas de adoración o una más grande generosidad en las ofrendas del Domingo o un evangelismo personal más diligente, aunque cada una de estas áreas debiera ser más seriamente tratadas por todos nosotros. La necesidad urgente del momento es del arrepentimiento y la reconciliación

con nuestro hermano o hermana dañado. (Maridos y esposas especialmente necesitan oír esto. Recuerde que los maridos, las esposas y los hijos son “prójimo”, también). David se dirigió así mismo a este asunto en el caso de su propio grave fracaso moral con Betsabé y Urías: “Porque no quieres sacrificio, que yo te daría; No quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Sal.51:16-17). No intenté ofrecer a Dios adoración cuando el arrepentimiento es lo primero.

Debemos aprender a dirigir nuestro pecado y dirigirnos contra aquellos con quienes hemos pecado con franqueza. “Me he equivocado; por favor perdóneme” son las palabras que no son fácil de decir con el paso de los años, pero son las palabras que en nuestro registro defectuoso debemos aprender a decir desde el corazón. De otra manera, no hay esperanza. Sin el arrepentimiento las relaciones humanas serán empeoradas y nuestra relación con Dios será simplemente terminada.

Es imposible estimar cuán muchos discípulos del Señor hoy se están destruyendo así mismos debido a una falta o de humildad o de valor para arrepentirse de los pecados que están cometiendo contra los demás y buscar su perdón. El lado oscuro de su culpa descansa semejante a una gran piedra en sus corazones, estorbando su adoración y absorbiendo su vida espiritual (Sal.32:3.4). Si tal es el caso con usted, deje de presentar el cadáver en las asambleas de adoración. Ponga un fin a su autodefensa y auto justificación. Vaya rápidamente y sea reconciliado con aquella persona que usted daño. El dolor del arrepentimiento será grandemente pequeño comparado con la agonía de la culpa y enajenación continua.

“Ponte de acuerdo con tu adversario” (Mat.5:24). Confrontando todavía con la estrechez preocupación de los Fariseos con respecto a las penalidades civiles, Jesús continúa formando Su punto en la metáfora de la corte civil. Entender esto como un mero consejo prudencial para lograr estar “fuera de la corte” con el fin de escapar de los caprichos de los jueces corruptos no únicamente volvería trivial las palabras del Señor, sino las colocaría en franco desacuerdo con su contexto. Jesús está todavía tratando el asunto de los pecados cometidos contra los demás. El “adversario” no es uno quien ha traído una acusación sin fundamento sino uno a quien tú has dañado, defraudado o difamado y cuyo caso es justo. El orgullo puede aconsejarte a actuar con descaro, pero Jesús te exhorta a la rápida reconciliación en vista de un juicio divino que será ejecutado sin misericordia (Mat.5:26). Es justo esta clase de juicio que los hombres pecadores no les gusta soportar. Es mejor que busquemos la misericordia con rapidez mientras la oportunidad está abierta a nosotros. Aun la clemencia divina tiene sus límites.

La Guerra Contra la Lujuria

“Pero yo os digo que cualquiera que mira una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mat.5:28). Estas son palabras radicales y aun los ciudadanos del reino deben luchar por no resistirlas a ellas. Su severo sondeo del corazón trae dolor cuando el Hijo de Dios toca los nervios abiertos de nuestras enfermedades morales. Jesús, habiendo tratado con el problema del odio y la malicia, ahora se dirige al problema de la lujuria. Los Fariseos habían ciertamente tratado con el asunto del adulterio, pero sólo superficialmente. Su preocupación fue evitar las ofensas capitales (Lev.20:10; Deut.22:22). Uno puede casi oír la forma en que decían, “Tú no debieras *cometer* adulterio” (Éxodo 20:14). Jesús, en cambio, sigue el pecado del adulterio a su guarida (Mat.15:19). Como el odio en el corazón es un asesinato, así la lujuria desenfrenada en el corazón es un adulterio.

Este principio no fue una oscura parte del pacto Mosaico. El décimo mandamiento claramente decía, “... no codiciarás la mujer de tu prójimo” (Éxodo 20:17). Pablo, mientras que era un extraño al evangelio, y un Fariseo, había sido severamente impactado por este mandamiento (Rom.7:7) aun Job, un hombre quien aparentemente vivió antes que la ley de Moisés fuera dada, entendió esta verdad ética “Hice pacto con mis ojos” dijo él, “¿Cómo, pues, había yo de mirar a una virgen?” (Job 31:1).

Aunque alguna aplicación extendida pudiera ser hecha de este pasaje al deseo carnal no restringido que alguna persona soltera pudiera albergar por alguien similarmente sin restricciones, el uso que Jesús da a la palabra “adulterio” deja claro que Su interés presente tiene que ver con el deseo ilícito que viola el mismo espíritu del pacto matrimonial (2 Cor.11:2-3) La preocupación del Señor en toda esta sección es con nuestro deber de amar al prójimo. Ninguna persona casada puede hacer justicia a su compañero (a) mientras se entrega al deseo desenfrenado por otra persona. Aunque todavía un asunto mental es llamado por lo que es —pecado.

El Señor no está tratando aquí con el mero paso pasajero momentáneo del deseo a través de la mente; de lo contrario, no habría ninguna distinción entre tentación y pecado. (No deberíamos estar en contra de la sugerencia que el deseo de la carne pudo haber tenido su acercamiento a la mente de nuestro Señor mientras Él permanecía sin pecado, Heb.4:15) Las palabras, “mira a una mujer para codiciarla”, nos ayuda a entender la naturaleza exacta de la transgresión. No se trata de un pensamiento fugaz sino de una reunión de imágenes en la mente de uno con el propósito de lujuria. El texto Griego describe a una persona que dirige sus pensamientos o concentra su mente a una cosa; en este caso, la lujuria por una mujer (o un hombre). Obviamente, no observamos todo en lo que miramos. El ojo mira un vasto panorama y luego deja a la mente enfocarse en su atención. El pecado de David no consistió en *ver* a Betsabé desvestida sino en

codiciarla, estableciendo su mente y finalmente desatar su lujuria desenfrenada sobre ella (2 Sam.11:2-5). David quiso tener la oportunidad para poseer a Betsabé y la encontró. Su quebrantamiento de Éxodo 20:17 no habría sido menor si aquella oportunidad nunca se le hubiere presentado.

Aunque la palabra Inglesa “lujuria” ciertamente denota insinuaciones sensuales del verbo Griego (*epithumeo*), puede carecer del pensamiento asistente de posesión que está inherente en la palabra (Guelich, *The Sermon on the Mount*, p.194). El pecado que está siendo descrito por Jesús, es la cultivación calculada del deseo por poseer a una (o) con quien no tienes derecho. Si de este pecado se quiere escapar, el mismo primer acercamiento de tales pensamientos deben ser decididamente rechazados, antes que puedan tomar posesión de la mente y la voluntad. En el lenguaje de un antiguo proverbio: “Tú no puedes evitar que los pájaros vuelen sobre tu cabeza, pero puedes evitar que construyan un nido sobre ella”. Si encontramos difícil distinguir entre tentación y el pecado en este caso es mucho más sabio errar por el lado de la precaución que errar por el lado de la imprudencia.

La guerra de los ciudadanos del reino contra la lujuria en estos tiempos está destinada a ser severa y de una dura batalla. No vamos a escapar fácilmente de la lasciva, la fornicación y el adulterio que han descendido sobre esta generación. Que ningún discípulo presuma (1 Cor.10:12). No hay restricciones en la sociedad que podamos aprender. Nuestra fortaleza y defensa debe descansar totalmente sobre nuestra propia profunda e inquebrantable voluntad de mantenernos puros por la Causa del Señor. En el análisis final, es aquí donde el tema de nuestra fidelidad en el reino siempre ha sido decidida. “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón: Porque de él mana la vida” (Prov.4:23).

Cirugía Radical

“Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti” (Mat.5:29). Mateo 5:29-30 contiene dos de las más sorprendentes frases en los Evangelios. En palabras tremendamente claras, Jesús habla de las difíciles alternativas abiertas para un hombre con total aniquilación debido al peligro presentado por una parte valiosa de su cuerpo. Aquí la amenaza descansa en el ojo derecho y la mano derecha. Más tarde, en un contexto diferente, Jesús repite Su ilustración, añadiendo “el pie” (Mat.19:8-9; Mar.9:43-47). El lenguaje pudiera ser impactante pero la situación no es exagerada. En los tiempos de la medicina más primitiva, muchas extremidades gangrenosas eran cortadas por los cirujanos para salvar la vida de los sufrientes, y en la medicina moderna todavía el proceder es la misma cirugía traumática cuando una parte del cuerpo amenaza la vida de todo el ser. Se han conocido aun casos en que esta cirugía se ha realizado cuando un brazo o una pierna ha sido atrapada por alguna maquinaria, y esto les arrastra a su muerte. Es un acción radical, pero eminentemente necesaria.

Este pasaje está en el lugar donde aquellos que afirman incondicionalmente su confianza en la interpretación *literal* de toda Escritura tendrán que tomar un respiro muy profundo. No puede haber duda que Jesús construye Su mensaje sobre una verdad del mundo de la carne, pero es evidente del contexto que Su lenguaje tiene aplicación al mundo del espíritu (si el ojo derecho fuere removido del pecador este todavía podría desear tanto con su ojo izquierdo). En estas palabras sombrías la verdad profunda del cambio la cual el Hijo de Dios está demandando encuentra una expresión dramática. En el mismo sentido, Jesús habló de nuestra venida a Él como una crucifixión (Mat.16:24-25; Veá Gal.2:20) y Pablo provee un comentario sobre Mateo 5:29-30 en sus palabras a los Colosenses: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría” (Col.3:5).

Aunque nuestro Señor no está hablando aquí de una mutilación física que sería totalmente ineficaz contra los movimientos de la mente, no debiéramos suponer que la intención figurativa de Sus palabras las vuelve menos intensamente dolorosas. Estas “partes” de nosotros — los afectos, los hábitos, las actitudes, los valores, las relaciones — que se han vuelto por la prolongada cultivación tan íntimamente una parte de nuestra personalidad que su eliminación se asemejaría a la verdadera escisión de un ojo o una mano parece conservador. Muchos de nosotros hemos pasado largo tiempo aprendiendo a como ser egoístas o lujuriosos. No debiéramos esperar que el fin de estas cosas ocurriera sin un trauma. Gritos de angustia podrán surgir de algún lugar dentro de nosotros en penitencia cuando aplicamos el cuchillo del evangelio. Pero algún dolor es para bien. “Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el

pecado” (1 Ped.4:1). Podemos elegir evitar este sufrimiento pero nuestras queridas lujurias nos destruirán como una gangrena espiritual horrible que destruye el alma.

La naturaleza radical y decisiva de esta renunciación es enfatizada por la instrucción de Jesús no únicamente al arrancar o cortar el miembro infractor sino al *echarlo fuera*. La separación debe ser absoluta y final, no gradual. Esta es una solución radical pero debiera ser recibida con gozo en lugar de temor. Aquel hombre cuya enfermedad le ha dado una sentencia de muerte podría no regocijarse al oír la necesidad del sacrificio de una parte de su cuerpo, sin embargo estimado amigo ¿podría algo más salvarte la vida? Incluso los detalles del dolor desgarrador que se producirían no podrían privar a este hombre de su sentido de alivio. La única razón por la que no hemos recibido con felicidad un mensaje con similar contenido para nuestras almas es porque todavía no hemos comprendido la completa extensión de nuestro peligro final sin esta cirugía radical. “¿O que recompensa dará el hombre por su alma?” (Mat.16:26b).

Aunque Jesús pudo haber pronunciado estas palabras con el buen propósito en cualquier tiempo durante esta sección de Su discurso, Él elige pronunciarlas en conexión con la tentación a la lujuria y al adulterio. ¿Por qué? ¿Podríamos estar equivocados al concluir que Él lo hizo así debido a que los ciudadanos del reino no conocerían más grande desafío radical a la pureza de sus corazones que el asunto del deseo sensual? “Como han caído los valientes!” David, quien venció a muchos en otras batallas del campo, fue derribado muy fácilmente por el atractivo sutil de la esposa de otro hombre. Muchos hombres poderosos de fortalezas han sido reducidos a causa de la misma prueba. Seremos los más grandes necios si no tratamos con esta tentación con la más extrema precaución y andamos en su presencia con mayor prudencia y oración.

Ante la severa advertencia del Señor, seguimos sorprendiéndonos con la familiaridad descuidada con la que algunos discípulos casados tratan a los del sexo opuesto, y a las dificultades circunstanciales a las que imprudentemente ellos mismos se exponen. Aun cuando muchos en las Iglesias están sufriendo de un caso conocido de adulterio a otro parece que no hemos aprendido nada. El contexto de esta metáfora usada por el Señor en la última parte de Mateo (Mat.18:8-9) y en Marcos (Mar.9:43-47) sugiere que un significado posible del “ojo” y la “mano” infractor está *en ocasión de tropiezo*. Si tal es el caso, estamos siendo advertidos de no únicamente remover el acto pecaminoso (ya sea adulterio físico o el adulterio del corazón) sino de cualquier circunstancia o relación que pudiera fácilmente conducir a lo mismo. Pablo lo dejó claramente: “Huid de la fornicación” (1 Cor.6:18). Cuán desesperadamente los Cristianos de esta generación necesitan escuchar esto.

La Traición del Divorcio

“Cualquiera que repudie a su mujer” (Mat.5:31a) El tema del divorcio puede llenar el corazón de un predicador con horror. Más de dos tercios de los predicadores de la denominación Protestante más grande de los Estados Unidos recientemente admitieron que nunca habían hablado sobre el tema. El asunto del divorcio (y las segundas nupcias) toca las vidas de los hombres y mujeres íntimamente y a menudo dolorosamente. Sin embargo, los que vienen al reino no deben esperar que alguna parte de sus vidas escapará de la influencia del Rey; ni tampoco debieran desearlo debido a que Sus mandamientos no son arbitrarios (1 Jn.5:3) sino siempre para nuestro bien (Deut.6:24). Sin embargo, si esta enseñanza nos puede hacer agonizar, no hay lugar para el verdadero discípulo intentar esconderse de sus implicaciones. En Mateo 5:31-32 Jesús continúa su discusión del matrimonio y el principio del amor el cual Él comenzó en el versículo 27.

“También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio” (Mat.5:31b). Esta tradición Fariseaica que el Señor cita está basada sobre una distorsión de Deuteronomio 24:1-4, cuya primera parte dice, “Cuando alguno tomare mujer y se casare con ella, si no le agradare por haber hallado en ella alguna cosa indecente, le escribirá carta de divorcio, y se la entregará en su mano, y la despedirá de su casa”. El significado de estos versos habían sido acaloradamente disputados entre las escuelas rabínicas. Shammai, insistía en una causa criminal y legal para el divorcio, enfatizó las palabras “alguna cosa indecente”, y la limitó al adulterio. Hillel enfatizó las palabras “y no le agradare”, y permitió el divorcio por cualquier cosa desagradable ante el marido. El Rabí Akiba fue más lejos, permitiendo el divorcio si un hombre simplemente encontró una mujer más atractiva.

De otra información disponible a nosotros en el Nuevo Testamento es evidente que los Fariseos compartieron los mismos relajados conceptos de Hillel sino algunos peores (Mat.19:3, 7), y estaban menos interesados en la razón para el divorcio y sus consecuencias impías sobre la víctima que en seguir las formas correctas. Su obsesión con las sutilezas legales de la completa indiferencia del principio moral es nuevamente revelado. Los Fariseos consideraron el divorcio como correcto, y vieron en las palabras de Moisés como un mandato (Mat.19:7) más bien que una asignación permisiva. De esta manera, habían completamente mal entendido la ley y su propósito.

La actitud de Dios hacia el divorcio había sido abundantemente clara en el Antiguo Testamento cuyo canon se había prácticamente cerrado con las palabras sonantes, “Porque Jehová Dios de Israel ha dicho que él aborrece el repudio” (Mal.2:16). Consistente con ese sentimiento divino, las palabras de Deuteronomio 24:1-4 estaban diseñadas a poner un control sobre el divorcio ya desenfrenado, no para introducirlo y

motivarlo. Jesús describe la enseñanza de la ley sobre el divorcio como una concesión a causa de la “dureza del corazón” de Israel (Mat.19:8), no seguramente una “dureza” de una rebelión obstinada, la cual habría sido intolerable (Heb.3:7-11), sino una que llevó a un retraso espiritual (Mar. 6:52). La ley obró sus restricciones sobre el divorcio en tres formas. Esta limitó el divorcio a ciertas causas (El contraste de Jesús de Su propia enseñanza sobre el divorcio por causa de fornicación únicamente con aquella de la ley indicaría que Moisés permitió el divorcio por más de una razón, Mat.19:7-9). La ley requirió que una carta de divorcio fuera dada a la esposa (generalmente en la presencia de dos testigos [Mat.1:19] y conteniendo las palabras, “Estas libre para casarte con cualquier hombre”). Y esta daba un argumento convincente contra la acción precipitada e intemperante al prohibir al marido tomar nuevamente a su compañera divorciada (una vez que ella se había casado de nuevo) por esposa.

“Pero yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere” (Mat.5:32). En su respuesta a la explicación Fariseaica sobre el divorcio, Jesús está principalmente interesado con el principio más bien que con el proceder. Cualquier hombre que repudia a su esposa fiel ha actuado sin amor y debe compartir la culpa del adulterio de ella (sus segundas nupcias son asumidas). La única excepción es el divorcio por fornicación que evitaría que su marido se volviera adúltero en vista de lo que ella ya había cometido. En este contexto, parece evidente que aunque la “fornicación” (*porneia*) puede abarcar la unión sexual ilícita en ambos dentro y fuera del matrimonio, el Señor usa la palabra aquí para referirse al pecado dentro del pacto matrimonial más bien que antes de él.

La disposición actual de algunos para justificar el divorcio por cualquier razón si no hay segundas nupcias me causa enfatizar que el pecado del que Jesús habla aquí descansa en el divorcio, no en las segundas nupcias. Semejante divorcio está equivocado sobre tres bases. Está equivocado porque este no muestra ningún amor por el cónyuge. Está equivocado porque pudiera lanzar al cónyuge divorciado a una relación perjudicial. Y está equivocado porque este divorcio pudiera envolver a otra persona inocente en el adulterio. A esto nos sentimos obligados a añadir que aun en casos donde la fornicación ha ocurrido, el amor redentivo del reino pudiera aconsejar la misericordia y la reconciliación donde esta fuera posible. El divorcio nunca fue un mandamiento. El amor sí.

Finalmente, es evidente que Jesús en Su respuesta a los Fariseos ha ido más allá de Deuteronomio, ha entendido correctamente y declarado la ley del reino de los cielos, la cual descansa sobre la voluntad de Dios “desde el principio” (Mat.19:8-9). La ley de Moisés había permitido a la mujer divorciada casarse de nuevo; la ley del reino no lo hará.

No Juramentos, Sino la Verdad

En Mateo 5:33-37 Jesús presenta cuatro de Sus seis antítesis que contrastan con las perversiones Farisaicas de la ley con la justicia del reino de los cielos. Las palabras exactas de la enseñanza tradicional que Jesús cita (Mat.5:33) no son encontradas en ninguna parte del Antiguo Testamento, pero fueron formadas de las declaraciones como aquellas de Levítico 19:12: “Y no juraréis falsamente por mi nombre, profanando así el nombre de tu Dios” (Vea Exo.20:17; Deut.6:11; Num.30:2).

El enfoque de la ley hacia los juramentos era similar a su enfoque al divorcio. El pacto Mosaico no ordenó el divorcio, sino busco regular y restringir lo que ya prevalecía. Correspondientemente, la ley no originó los juramentos u ordenó a Israel jurar, pero indicó que cualquier juramento debiera ser hecho por el nombre de Dios (Deut.6:13; 10:20) y no debe ser falso (Lev.19:12; Zac.8:17; Mal.3:5). Pero estas restricciones nunca tuvieron el propósito de ser entendidas como permiso para mentir cuando no había juramento. La ira de Dios sobre todas las mentiras es abundantemente claro en el Antiguo Testamento (Prov.6:17; 12:22).

Desafortunadamente, los Fariseos, en lugar de encontrar las regulaciones de Dios con respecto al jurar en una apelación a la veracidad constante, vieron más bien una escapatoria para el engaño. La confianza de su tradición era: “No te perjures cuando el nombre de Dios esté involucrado”, “Al Señor” fue la frase operativa de su perversión. Para facilitar su deshonestidad, los Fariseos hicieron distinciones sofisticadas entre juramentos obligatorios y juramentos no obligatorios (Mat.23:16-22). Estos hipócritas tenían una cautelosa preocupación por evitar el perjurio (como ellos lo definían) pero no tenían ningún compromiso con la honestidad, la sinceridad y el amor al prójimo.

Es una de las tragedias de esta sección del sermón que haya sido reducido a un poco más que un campo de batalla sobre la permisividad de los juramentos judiciales. El mal que Jesús ataca en Su prohibición de jurar (Mat.5:34) no los juramentos, sino el engaño. Él destruye los juramentos vanos de los Fariseos junto con sus sutilezas engañosas al observar que no hay nada por lo ellos pudieran jurar (el cielo, la tierra, Jerusalén, sus propias cabezas) que no esté finalmente atado a Dios y a Su Poder (Mat.5:34-36; 23:16-22). El Señor está enfatizando simplemente la verdad esencial que cada palabra que pronunciamos es “ante Dios” y sujeta al juicio divino (Mat.12:36-37). Sin embargo, un simple enfático “sí” o un “no” no coloca a los hombres sobre una menor obligación a decir la verdad y a honrar sus promesas que el juramento más severo. Los juramentos nunca estuvieron diseñados para aumentar la obligación del que juraba decir la verdad (que ya existía) sino para dar una mayor seguridad a los que los recibían (Heb.6:13-18).

¿Cuáles son las lecciones prácticas que aprendemos de esto? Algunos han visto aquí una fuerte advertencia contra la profandidad. Una buena lección sobre ese tema sería este. Estamos sin duda ante una generación blasfema.

Hastados con pequeñas blasfemias y buscando unas más grandes, escuchamos a diario el vocabulario urbano de nuestra ciudad con un ataque ferozmente sacrilegio sobre palabras tales como Dios, Cristo, el Cielo, el infierno, la salvación y la condenación. Nuestra falta de conciencia al pronunciar los nombres santos nos ha costado nuestro sentido de reverencia y con el nuestro sentido de humanidad. Pero la profanidad no es el objetivo principal de nuestro Señor aquí. Su preocupación es la honestidad — la absoluta y total honestidad.

Lo que debemos a nuestro hermano o prójimo es la verdad en todas nuestras palabras o no emitamos ninguna promesa del todo. Hay muchas tentaciones para mentir y ser deshonestos. La ira, la culpa y la codicia nos mueven a estirar la verdad hasta romperla. El egoísmo y la lujuria entran en nosotros para romper los votos solemnes del matrimonio. La irreflexión nos lleva a olvidar como algo sin importancia las promesas que hacemos día a día a los demás. Algunos Cristianos se han apartado muy lejos de su integridad al realizar acusaciones infundadas y afirmaciones sin fundamento. Otros se han apartado de su honor a través de compromisos incumplidos. Semejante conducta es inaceptable para un ciudadano del reino. Servimos a un Dios que no puede mentir (Tito 2:1) y debemos traer a Su servicio una honestidad transparente y verdadera (Col.3:9; Efe.4:15, 25).

No debemos cerrar este estudio sin tratar con una cuestión obvia y sin resolver. ¿Prohíbe Jesús por Sus palabras “No juréis en ninguna manera” el realizar alguna clase de juramento? Ha existido en mi corazón una larga recepción para tal conclusión, pero el contexto más amplio del Nuevo Testamento levanta algunas serias preguntas sobre ello. No estamos tan perplejos por el reconocimiento que Dios (Hech.2:30; Heb.6:17; 7:20-21), Su Hijo (Mat.26:63-64) y Sus ángeles (Apoc.10:5-6) han hecho juramentos, sino con el hecho que las epístolas de Pablo están bastante salpicadas con expresiones semejantes a juramentos que no podemos explicar de otra manera (Rom.1:9; 9:1; 2 Cor.1:23; 11:31; Gal.1:20; Fil.1:18: *et al*).

¿Cómo podemos reconciliar la evidente práctica de Pablo con la prohibición de Jesús? Primero, creemos, al reconocer algunas aparentemente absolutas pronunciaciones resultan no ser juramentos cuando todas las Escrituras son consideradas (Mar.10:11-12 y Mat.19:9; y 2 Tes.3:10) Y segundo, al reconocer que Jesús está tratando en este contexto con los juramentos mentirosos de los Fariseos y no con los juramentos solemnes de los que quieren decir la verdad bajo cualquier circunstancia pero que encierran en ocasiones que los demás están en necesidad de una garantía especial. Cada Cristiano debe sopesar este asunto muy cuidadosamente, recordando que él no está obligado a jurar, sino a hablar la verdad.

Una Idea Cuyo Tiempo No Ha Llegado

Si Jesús estaba intentando formular principios éticos por los cuales pudiera atrapar el espíritu de Su época, él ciertamente fue un fracaso. Sus enseñanzas eran extrañas y prematuras y estimularon la animosidad aun en la nación de Israel. Pero el Hijo de Dios había siempre conocido que “el tiempo” para su enseñanza nunca llegaría en la historia. Como él lo observó aun ante Sus hermanos incrédulos: “Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto. No puede el mundo aborreceros a vosotros; más a mí me aborrece, porque yo testifico de él, que sus obras son malas” (Juan 7:6-7).

La enseñanza ética de Jesús no es menos extraña para nuestra propia era, y no ha existido expresión más radical de la justicia del reino que en las últimos dos de Sus seis grandes contrastes entre las distorsiones de los Fariseos y la Voluntad de Dios (Mat.5:38-48). Estas palabras han estimulado más controversia que todo el resto del sermón puesto junto y muchos esfuerzos para explicarlas han únicamente servido para distorsionarlas y despojarlas de toda su fuerza. Quizás sería útil como una introducción a la enseñanza de Jesús sobre el amor al prójimo mirar en algunas de las controversias que se han formado a su alrededor.

Ha existido un muy amplio desacuerdo sobre cuán extensa una aplicación debiera ser hecha al principio del amor al prójimo. Algunos han dicho que la enseñanza de Jesús únicamente aplica a las relaciones “personales” y otros han contendido que esta debe aplicarse a cada faceta de la vida del Cristiano. En apoyo del concepto más dominante por una aplicación reducida a las relaciones hacia el prójimo de “uno a uno”, Carl F. H. Henry ha escrito lo siguiente: “En los círculos de Empresarios Cristianos es a menudo dicho que el Sermón del Monte es el código excelente de ética para el éxito en los negocios. Pero el hecho que un gran hombre de negocios que conduce su empresa por la ética del Sermón — entregando dos prendas cuando se lo pidan gratuitamente, no resistiendo al hombre violento, pronto se encontrará irremediabilmente en deudas y tendrá que cerrar su negocio... Una nación que gobierna sus asuntos por la ley de las relaciones con el prójimo — actuando únicamente sobre el principio de un amor no requerido, entregando doble medida cuando sus enemigos lo demanden, y comprometida a la no resistencia contra sus agresores — está en un proceso de suicidio nacional” (*Christian Personal Ethics*, pp.322-323).

Dietrich Bonhoeffer dio una expresión al concepto opuesto en su pequeño libro *The Cost of Discipleship*: “Este dicho de Jesús remueve a la Iglesia de la esfera de la política y la ley. La Iglesia no debe ser una comunidad nacional como el antiguo Israel, sino una comunidad de creyentes sin lazos políticos o nacionales. El Antiguo Israel había sido ambos — el pueblo elegido de Dios y una comunidad nacional, y fue por lo tanto, Su voluntad que ellos confrontarán la fuerza con la fuerza. Pero con respecto a la Iglesia esto

es totalmente diferente: La Iglesia tiene un estatus político y nacional abandonado, y por lo tanto, debe pacientemente soportar la agresión.... Pero esta distinción entre persona y oficio no es algo totalmente extraño a la enseñanza de Jesús. Él se dirige a Sus discípulos quienes lo han dejado todo por seguirle, y el mandato de la no violencia aplica igualmente a la vida privada y al deber público. Él es el Señor de la vida, y demanda una alianza sin divisiones. Además, cuando esto tiene que ver con la práctica, esta distinción levanta dificultades insolubles. ¿Estoy actuando únicamente como persona privada o únicamente en una capacidad pública?... ¿No soy siempre un individuo, cara a cara con Jesús, aun en la realización de mis deberes públicos?” (pp.121-124).

¿El principio del amor aplica a cada aspecto de los tratos del Cristiano con los demás o está limitado a ciertos tratos personales únicamente? Esta es una pregunta que se ha planteado una y otra vez a través de los siglos y es una con la que el ciudadano del reino debe luchar y decidir. No hay lugar para el refugio de esta misma práctica fundamental.

Preguntas han sido levantadas sobre si al Cristiano le está prohibido todo derecho de auto defenderse en las relaciones personales o si le es requerido someterse al malo únicamente cuando es atacado o maltratado por causa del evangelio. Martin Lutero tuvo unos interesantes comentarios sobre este tema en su *Table Talks*: “Si alguien irrumpe en mi hogar e intenta hacer violencia a mi familia o contra mí mismo o causar cualquier daño, Me veo obligado a defenderme a mí mismo y a mi familia en mi capacidad como amo y cabeza de la familia. Si los delincuentes o asesinos han tratado de dañarme o causarme violencia injusta, yo debería haberme defendido y haberles resistido en el nombre del príncipe a quien estoy sujeto... Debo ayudar al príncipe a limpiar este país de malos individuos. Y si tengo la fuerza para cortarle el cuello a este bandido, es mi deber tomar el cuchillo contra él..... Pero si soy atacado; por causa de la palabra divina, en mi capacidad como un predicador, entonces, debo soportarlo y permitir que Dios castigue a mi agresor y me vengue”.

Todo esto debiera ayudarnos a ver que tenemos algunas preguntas difíciles con las que luchamos en nuestro esfuerzo por entender la verdadera demanda de la justicia del reino a este respecto. Y mientras luchamos intensamente por entender y aplicar estas desafiantes enseñanzas, debemos constantemente estar en guardia contra la tentación de simplemente racionalizar cualquier cosa que parezca pesada y poco atrayente. No podemos descartar las enseñanzas de nuestro Señor meramente porque nos parecen revolucionarias. Ciertamente nunca ha existido un maestro en la historia humana más en desacuerdo con todo lo que los hombres en su sabiduría han pensado ser lo correcto que Jesús de Nazaret.

La Venganza No es Nuestro Proceder

“Pero yo os digo: no resistáis al que es malo” (Mat.5:39). Aunque mucha controversia rodea esta sección del sermón, nuestra primera tarea es dejar de lado las interpretaciones e intentar entender en su forma más elemental el punto que Jesús está haciendo.

En Mateo 5:38-42 Jesús amplía el alcance y profundiza la aplicación del principio del amor al prójimo. Él ahora se ha movido del tratar con los problemas del mal en nosotros mismos, al desafío de resistir el mal en los demás. Es un deber para el ciudadano del reino retener toda agresión hacia el inocente, pero ¿Qué demanda el amor de él cuando otros, lejos de ser inocentes, intentan abusar y dañarlo?

Los Fariseos habían resuelto el problema muy atractivamente. Ellos simplemente escogieron un estatuto del Antiguo Testamento que regía la cantidad del pago que podía ser exigida en la ley a cambio del daño hecho en particular y lo volvían en un *derecho* por la venganza sobre sus adversarios.

El propósito de la ley del Antiguo Testamento por la retribución era doble. Esta ley estuvo diseñada para detener y disuadir la práctica mala (Deut.19:20-21). También esta ley ayudó a controlar la disposición de los hombres a exigir un castigo airado desproporcionado con la ofensa cometida (Exo.21:23-24). La ira producida en la injusticia podía fácilmente estar fuera de control y el castigo requerido ser totalmente exorbitante. La ley de Dios para Israel pretendía que semejantes excesos que únicamente incitaban a un círculo interminable de odio y violencia fuesen restringidos. Es también muy importante observar que esta justicia no debía ser administrada en forma privada sino impuesta únicamente por los jueces establecidos de Israel (Deut.19:18).

Los Fariseos evidentemente vieron en las palabras de la ley que ellos tan a menudo citaban (“Ojo por ojo, y diente por diente”) un derecho para la venganza personal. En lugar de entender esta como una declaración de una máxima posible retribución bajo la ley, un control sobre el exceso, ellos la sostenían como un derecho personal mínimo. Al igual que en la escena de Shylock en la novela de Shakespeare, estos hipócritas inmisericordes, exigían su “libra de carne”.

En contraste con la enseñanza de los Fariseos que establecían el derecho de la venganza personal y represalias, Jesús dice, “No resistáis al que es malo”. Luego continúa Su declaración del principio con cuatro muy dramáticas ilustraciones de ello.

Es imprescindible que consideremos la prohibición de Jesús (resistir al que es malo) en el contexto de Su sermón, y en cierta medida, en el contexto más amplio del Nuevo Testamento. El interés de Jesús en toda esta sección (Mat.5:21-48) es la ejecución del principio del amor al prójimo. En el registro de Lucas sobre el sermón del Monte, las

ilustraciones de Jesús de Sus principios son precedidas por el mandamiento de amar a los enemigos y continúa con la amonestación, “y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (Luc.6:27-31). Quizás esto nos ayudará a entender que el Señor no está refiriéndose a una doctrina de una mera no resistencia sino simplemente usando una serie de declaraciones muy llamativas para acentuar nuestra obligación a nunca tomar represalias por las equivocaciones cometidas contra nosotros, y nunca retener el bien de aquellos que nos han hecho daño injustamente. No debemos hacer que estas declaraciones caminen en cuatro pies.

Cuando Jesús instruye a Sus discípulos no resistir a los malos, Él no está diciéndoles que nunca hagan algo para restringir el mal en otros. Una interpretación de esa manera, impediría aun una palabra de reproche. El Señor enseñó de otra manera en Mateo 18:15-17 y Él mismo reprendió al alguacil quien le dio una bofetada durante Su juicio (Juan 18:23). Con lo que nuestro Salvador está interesado en estos versículos es que nunca debiéramos resistir el mal con *el mal*. Esto es exactamente como Pablo declara el principio en Romanos: “No paguéis a nadie mal por mal... No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Romanos 12:17, 21). Este es el funcionamiento natural de amar al prójimo como a uno mismo, y la apelación a hacer hacia los demás lo que desearíamos que se haga por nosotros mismos. Cualquier cosa que hacemos en respuesta a su mal debe ser hecho en nuestra actitud a *amarles*, no de algún deseo de venganza o interesados en nuestra propia *auto* defensa. Me parece que este principio no impediría la utilización de incluso algunos medios para evitar a otros de infligirnos daños injustos pero siempre tendrían que ser administrados en el amor al ofensor y nunca usar cualquier recurso egoísta o vengativamente.

De manera que estas dramáticas declaraciones de Jesús en las que Él ha logrado ciertamente atraer nuestra atención, Él nos está diciendo: Que es mejor poner la otra mejilla a la persona que nos ha abofeteado que hacerle daño; que es mejor entregarle tu capa al hombre que equivocadamente te ha demandado tu túnica que hacerle daño o retener lo que él realmente necesita; es mejor ir con alguien dos millas que equivocadamente te obligue que hacerle daño o fallar en ofrecer la ayuda que realmente necesita; es mejor dar al que te pide que tratarlo tan mal que le rehúses lo que verdaderamente requiere en tiempos de su dificultad.

Si esto le suena como si estuviéramos disminuyendo la fuerza de estos mandamientos, por favor recuerde que la instrucción de Jesús fue “Al que te pida, dale” (Mat.5:42). Pablo dijo, “Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma” (2 Tes.3:10). Aun esta amonestación de Pablo no es punitiva sino motivada por el amor. Y recuerde, también, que vamos a tener más que suficiente que nos va a desafiar a mantener nuestros corazones libres de todo egoísmo cuando determinamos como debemos tratar *con amor* a los que nos tratan injustamente y a menudo violentamente.

Un Mandamiento Inconcebible

Con cada avance en sus declaraciones desde el versículo 21, Jesús va realizando una mordedura cada vez más grande del ego humano. Cada nuevo contraste entre las perversiones populares Farisaicas y la verdadera demanda del reino de justicia ha servido para aumentar el desafío moral. Lo que el Señor al final ordena en la sexta y última de estas antítesis debe haber asombrado a Su audiencia (Mat.5:43-48). Él ha pronunciado lo inconcebible cuando dijo: **“Más yo os digo, amar a vuestros enemigos”** (Mat.5:44). Para muchos de Sus oyentes semejante consejo debe no únicamente haberles parecido inconcebible, sino imposible — y contrario al mismo concepto de la justicia.

Ahora por primera vez en su sermón, Jesús ha pronunciado la palabra que mejor sintetiza el principio que fundamenta todo Su mensaje. Él ha conducido en un nivel ascendente de lo que el amor prohíbe en el trato hacia los demás (aun hacia aquellos que nos agreden) a lo que el amor demanda de nosotros positivamente. Y Quienes entre Su audiencia, en aquel entonces o ahora, pudieron haber anticipado que el viaje no se terminaría hasta que Él hubiera demandado de ellos la cosa más difícil de todas — amar a los mismos que más somos atraídos por el odio — nuestros enemigos. Finalmente, el Señor no ha dejado lugar para el “yo” de todo.

“Enemigo” era una idea difícilmente extraña para los Judíos del primer siglo. Para el tiempo de Jesús había una enemistad palpable que se había adherido a la pared divisoria que era la ley de Moisés (Efe.2:14-15). El pueblo de Israel había sufrido mucho de un mundo hostil y a menudo habían considerado con desprecio al paganismo ignorante y a la inmoralidad flagrante de los Gentiles. Los Gentiles no iban a ser lentos a reaccionar frente a ellos. Los Fariseos, con su fervor separatista no eran ignorantes de la demanda de la ley que los hijos del pacto debían amar a su prójimo como así mismos (Lev.19:18), pero entendieron que su obligación terminaba en los límites de Israel. Tenían mucho odio más allá de sus fronteras y muchos en la nación sostenían que no era únicamente su privilegio sino su obligación sentirlo así. El hecho que los Fariseos estaban conscientes del mandamiento de amar pero tropezaron en la definición de quien era su “prójimo” como es evidenciado en la conversación con cierto intérprete de la ley (Lucas 10:25-29). El intérprete conocía la fórmula pero todavía había que realizar la correcta aplicación de ella.

Pero ¿Cómo y porque los maestros en Israel venían a concluir que la ley ordenaba odiar al enemigo? Esto pudiera haber estado involucrado en las “guerras santas” de exterminio que Dios ordenó a Israel emprender contra las naciones Cananeas (Deut.20:16-18), o en los Salmos imprecatorios (“¿No odio, oh Jehová, a los que te aborrecen, y me enardezco contra tus enemigos? Los aborrezco por completo; Los tengo por enemigos” (Salmos 139:21-22. Observe cuidadosamente el Salmo 109). Sin embargo, aunque difíciles y perplejos a los problemas que estos hechos presentan, la ley no

distingue en el asunto del amar al prójimo entre el Israelita y el extranjero (Lev.19:18 con 19:33-34) y no aconseja el odio y la venganza para el enemigo (Job 31:29-30).

Siempre me ha impresionado que cuando Pablo buscó instruir a sus hermanos en su trato hacia los enemigos, él no sintió la necesidad de una nueva revelación sino extrajo rápidamente del libro de Proverbios: "... si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber" (Rom.12:20; Prov.25:21). No hay porción del Antiguo Testamento que más directamente dirija el problema de la actitud de Israel hacia sus enemigos que el libro de Jonás. Los Asirios eran un pueblo brutal, enemigos de Dios y de los hombres, pero Jehová los amaba y Él quiso que Su siervo Jonás debía hacer lo mismo (Jonás 4:9-11).

Cuando Jesús instruye a Sus discípulos no resistir a los malos, Él no está diciéndoles que nunca hagan algo para restringir el mal en otros. Una interpretación de esa manera, impediría aun una palabra de reproche. El Señor enseñó de otra manera en Mateo 18:15-17 y Él mismo reprendió al alguacil quien le dio una bofetada durante Su juicio (Juan 18:23). Con lo que nuestro Salvador está interesado en estos versículos es que nunca debiéramos resistir el mal con *el mal*. Esto es exactamente como Pablo declara el principio en Romanos: "No paguéis a nadie mal por mal... No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal" (Romanos 12:17, 21). Este es el funcionamiento natural de amar al prójimo como a uno mismo, y la apelación a hacer hacia los demás lo que desearíamos que se haga por nosotros mismos. Cualquier cosa que hacemos en respuesta a su mal debe ser hecho en nuestra actitud a *amarles*, no de algún deseo de venganza o interesados en nuestra propia *auto* defensa. Me parece que este principio no impediría la utilización de incluso algunos medios para evitar a otros de infligirnos daños injustos pero siempre tendrían que ser administrados en el amor al ofensor y nunca usar cualquier recurso egoísta o vengativamente.

Sin embargo, si después de esto, encontramos difícil creer que la ley no aconsejó la enemistad hacia los enemigos, nos queda únicamente confiar en el Hijo de Dios quien reprende esta idea como una interpretación equivocada de la ley y totalmente inconsecuente con la naturaleza y el propósito de Dios. Fue una enseñanza como esta que hizo que la nación estuviera tan mal preparada para la venida de un reino pacífico.

Si Jesús hubiera dicho a sus seguidores a amar a su "prójimo", ellos pudieran haber continuado en sus antiguos estrechos pensamientos, fallando completamente en comprender la naturaleza singular de este amor. Pero cuando, Él les enseña a amar a sus *enemigos*, ellos pudieran estar sorprendidos pero ciertamente bien instruidos. Como el escritor Kierkegaard observó, el evangelio ha vuelto imposible que alguien se equivoque sobre la identidad de quien es el prójimo. Si amamos a nuestros enemigos, entonces, ciertamente no habrá ningún miembro de la raza humana, por muy diferente, por muy distante, por muy vil que sea al que no le debemos lo mejor que podamos ofrecerle.

Una Clase Diferente de Amor

El amor al cual Jesús llama a Sus seguidores es uno que supera lo ordinario. Los antiguos “afectos” que antes hemos conocido son un prefacio insuficiente para las nuevas lecciones que debemos aprender. Los lazos familiares, la devoción entre amigos, la pasión entre cónyuges, son afectos “naturales” tan comunes a los hombres que su ausencia son una señal de degeneración sub-humana (Rom.1:31). Amar a aquellos que nos aman no les da ninguna distinción especial a los hijos del reino. Como Jesús observa, aun semejantes “clases bajas” de personas como los publicanos y los Gentiles eran capaces de intercambiar semejante clase de amabilidad (Mat.5:45-47).

El “amor” del reino de justicia es extraordinario, no meramente en intensidad, sino en clase. Es un amor de un orden diferente y mayor. Mucho de la dificultad que sufrimos en nuestros esfuerzos para entenderlo viene de una errónea suposición que este es del mismo género como nuestros afectos naturales, construido sobre una mutualidad fuerte, una profunda atracción, experiencias e intereses compartidos. ¿Cómo, nos preguntamos, debemos sentir un cálido afecto por aquellos que están haciendo lo mejor que pueden para destruirnos? Nuestros enemigos no únicamente nos resultan inatractivos, sino también su conducta nos es despreciable. Somos repelidos tanto por sus acciones como por sus personas.

Evidentemente las antiguas reglas no aplican aquí. Un amor por los adversarios de uno no puede ser construido sobre las emociones. El amor que puede incluir a los enemigos no se origina en la tierra. Los hombres, aun en sus momentos más heroicos, han únicamente conseguido amar a los nobles (Rom.5:7). Dios, por otro lado, ha amado consistentemente a Sus enemigos, enviándoles lluvia y tiempos fructíferos a buenos y malos por igual (Mat.5:45). Esta bondad de la buena voluntad de Dios nada tiene que ver con las cualidades atractivas encontradas en nosotros. Hemos tenido éxito al volvernos moralmente repugnantes ante los hombres (Eccl.7:20; Rom.3:9-18), y es muy poco probable que en esta vida podamos entender como La naturaleza Santa de Dios es repelida por nuestros caminos impíos. El anhelo de los hombres por el amor de Dios surge, como debe, a causa de Su carácter lleno de gracia y buena voluntad. En Su misericordia, Él quiere hacer el bien a aquellos cuyas mismas vidas son una ofensa a Su naturaleza. Él ha amado al que no se puede amar. Cuan verdaderamente Pablo ha escrito, “Mas Dios demuestra su amor para con los hombres, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom.5:8).

El poder que abre a los ciudadanos del reino de los cielos la habilidad para amar en semejante forma libre de egoísmo es el ejemplo de Su Padre. Hay una fortaleza asombrosa sobre Él que ha creado todas las cosas. Los Cielos declaran Su gloria (Sal.19:1). El universo testifica a Su poder eterno y deidad (Rom.1:20). Pero no es en la

grandeza de Su poder creativo que conocemos verdaderamente a Dios (1 Rey.19:11-12) La completa y final revelación fue reservada para Uno que ha venido en “debilidad” (1 Cor.1:17) y se despojó Así mismo por causa de otros (Fil.2:5-11). Jesús únicamente ha revelado al Padre en su plenitud (Jn.1:18) y solamente cuando le hemos visto a Él, entonces, hemos visto a Su Padre (Jn. 14:6-7). Nunca hemos mirado más planamente en el rostro del Dios viviente que cuando nos encontramos por la fe al pie de la cruz y escuchamos a Su Hijo suplicar misericordia a los hombres que lo asesinaban. Aquí está el poder. Aquí está la deidad. No negamos Su fortaleza física absoluta. No podemos resistir a Su sabiduría. Su justicia perfecta nos llena con un asombro reverencial. Pero cuando hemos encontrado acceso a través de Cristo a “las cosas profundas de Dios” (1 Cor.2:10) sabremos que no hay más verdadera descripción del carácter divino que la afirmación de Juan, “Dios es amor” (1 Jn.4:8).

Los hombres que han sido los beneficiarios de semejante inmerecido amor debieran ser capaces de comprender y aplicarlo a otros. Ciertamente, “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Jn.4:19). Pero este amor, es un amor de la voluntad, no de las emociones. Nuestro Salvador no nos está pidiendo que tengamos un afecto cálido por nuestros enemigos. De hecho, nuestro éxito en amarles verdaderamente está directamente dependiente sobre nuestra habilidad para separarnos de su conducta y responder a su verdadera necesidad más bien que a su conducta. En su comentario sobre el Evangelio de Mateo, William Barclay ha dado una muy apta descripción de este clase de amor Celestial: “Ágape [amor] no significa un sentimiento del corazón, sobre el cual no podemos hacer nada, y que viene espontáneamente; significa la determinación de la mente, por medio del cual, logramos con esta buena voluntad invencible aun hacia aquellos que nos dañan e injurian” Esta es la clase de determinación moral que debe venir al final para convertirse en el fundamento de todos nuestros otros afectos. Esta debe ser la fuerza sustentadora sobre el que es construido el amor profundo del matrimonio y la familia, el compañerismo de los amigos, y sobre todo, la comunión de los santos.

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48). Hay algo inmensurablemente grandioso así como inquietante acerca del llamado a ser como Dios. La posibilidad emociona mientras que el desafío espanta. La perfección a la que Jesús promete y ordena a Sus discípulos no se refiere a la justicia perfecta de Dios sino a la plenitud y lo completo de Su amor. Nuestra imperfecta y selectiva buena voluntad debe ser ampliada para incluir a todos los hombres. Semejante amor no se compró a un bajo precio. El dolor y la agonía estuvieron envueltos. Pero debemos crecer para ser semejantes a nuestro Padre o de lo contrario ceder al derecho de ser llamados Sus hijos (1 Jn.4:7-8).

¿Debemos Siempre Amar a Nuestros Enemigos?

El amor requerido de los discípulos del Señor es radical. Es mucho más que la cortesía que le evita a uno la rigurosa venganza personal sobre sus enemigos. Es una buena voluntad positiva que le lleva a uno a orar y trabajar por el bien último de sus adversarios (Mat.5:44; Luc.6:35). No es sorprendente, por lo tanto, que los hombres batallen contra el impacto de este mandamiento.

¿Deben los ciudadanos del reino siempre actuar para el bienestar eterno de los demás? ¿Debe esta ser su actitud cuando su propiedad o aun su vida está siendo amenazada? ¿Debe el discípulo como un oficial pacífico, soldado, madre, *etc.*, continuar gobernando su conducta por este principio altruista y redentivo?

Esta pregunta ha rasgado los siglos con controversia, algunos argumentando que el principio del amor del Sermón del Monte es absoluto y universal, otros defendiendo varias excepciones. Por dos siglos después de la muerte de los apóstoles, ningún escritor existente aprobó la participación del Cristiano en la guerra. Siguiendo al reinado de Constantino, cuando el ahora Imperio “Cristiano” estuvo bajo ataque por las multitudes Bárbaras, Agustín y otros, aunque no dejando de aconsejar la no violencia personal, permitieron, y a menudo, instaron, al Cristiano a participar en “guerras justas” como agentes del estado civil. Agustín defendió tal guerra como una guerra defensiva como último recurso ejercido por la autoridad constituida por causas justas, a través de medios justos, y para fines justos (Roland Bainton, *Christian Attitudes Toward War and Peace*, pp. 66, 67, 89-100). Las voces principales de la Reforma sostuvieron el concepto de las “guerras justas”, justificando el involucramiento del Cristiano en el combate militar por la referencia de las guerras de Israel y al hacer una distinción entre el discípulo como un individuo y el discípulo como un agente del estado.

No existe forma fácil para resolver la pregunta de si el Cristiano debe siempre amar a sus enemigos, envolviéndonos como esta lo hace en las cuestiones difíciles de la relación del Cristiano al estado y el derecho individual de auto defenderse. No obstante, creemos que la respuesta a esta pregunta que hemos planteado debiera recibir un rotundo “Sí”.

Cuando uno argumenta el derecho no restringido a auto defenderse contra la enseñanza de Mateo 5:38-48, el mandamiento del Señor a esforzarse por el último bien del enemigo de uno ha sido efectivamente anulado. Excluyendo el derecho a la legítima defensa en casos de ataque por causa del Evangelio, el Cristiano es virtualmente dejado en la posición prácticamente imposible de tener que rápidamente y con precisión determinar el motivo de su agresión. Estamos contentos en decir que cualquier legítima defensa consistente con el bien eterno de nuestro adversario es totalmente admisible (Mat.7:12).

Cuando uno argumenta que las guerras de Israel debieran establecer que un pueblo ordenado a amar a sus enemigos puede también hacer la guerra contra ellos, por lo menos debiera tomar en cuenta que se trataban de guerras de agresión no provocadas, y muchas veces de exterminio que se emprendieron al mandato de Dios (Exo.23:31-32; Deut.20:10-19). Estas guerras hablan más del derecho del juicio de Dios sobre los impíos que sobre cualquier caso de “guerra justa”. Es difícil, sino imposible, comparar las guerras modernas con las guerras de Israel (Clouse, *War: Four Christian Views*, p.10).

La conducción de “una guerra justa” por los hombres no convertidos siempre ha sido un sueño más que una realidad. Existe difícilmente una guerra moderna, quizás ninguna, en la que ambos lados no hayan en alguna forma clara violado el modelo de una “guerra justa”. La guerra moderna nos ha obligado a preguntarnos como la justicia puede ser impuesta al culpable y el inocente preservado al bombardear las ciudades enteras o la incineración de todas las ciudades en un holocausto atómico. Y aun sin esto no fuere el caso, permanece la carga imposible que el concepto coloca sobre el Cristiano para conocer las cosas sobre los conflictos Internacionales que a menudo no se vuelven generalmente conocidos hasta después de años. Ninguna nación abiertamente emprende una guerra injusta. La justicia es siempre el clamor por el cual ellos agitan a los ciudadanos a las armas.

En el caso extremo, podemos estar tratando en el estado civil con un instrumento de Dios el cual existe por su autoridad *permitida* (Rom.13:1; Juan 19:11) y el cual él usa como “vasos de ira” para mantener el orden en un mundo impío (Isa.10:5-7, 12; Jer.25:9; Isa.12:4-6; Dan.4:17, 24-25; Isa.44:28; 45:1). Al final, estamos tratando con una institución bajo una comisión limitada para actuar con justicia al castigar al malhechor y proteger al inocente (Rom.13:1-7; 1 Ped.2:13-14). En cualquier caso estamos en libertad para tener una relación con la autoridad civil, ingenuamente asumiendo que debido a que Dios la “ordenó”, está siempre actuará de acuerdo a Su voluntad. Los gobernantes de este mundo son frecuentemente descritos en las Escrituras como los enemigos a los propósitos de Dios (Sal.2:1-2; Dan.2:44). El surgimiento del nacionalismo a menudo ha hecho patriotas sin sentido de Cristianos en todos los países, y la lealtad al gran Rey de todos es olvidada debido a la fiebre de un rígido patriotismo.

En ningún caso, nos es permitido apartarnos de nuestra responsabilidad de nuestras elecciones morales sobre el estado y de esta manera, escapar del compromiso que hemos hecho de amar a todos los hombres. El reino de los cielos es una comunidad de “toda tribu, lengua, pueblo y nación” la cual debe cumplir la visión profética de un lugar donde los hombres no se “adiestrarán más para la guerra” (Isa.2:4; 11:9). Si, en el servicio del reino de la justicia, perdemos nuestras vidas, nada inesperado habrá sucedido (Luc.14:26). En cualquier circunstancia en que nos encontremos, debemos amar a nuestros enemigos. Si nuestras circunstancias nos previenen de esto, entonces nuestras circunstancias deben ser *cambiadas!*

La Vida Consagrada a Dios

El quinto capítulo de Mateo contiene un estudio profundo de la justicia del reino de los cielos (Mat.5:20-48). Jesús ha comenzado atacando la postura hipócrita de los Fariseos en su punto más aparente – su trato hacia los demás. Él deja claro que la verdadera justicia es una piedad que alcanza la profundidad del corazón, examina los motivos y actitudes, y no meramente las palabras y los hechos. Bajo todo lo que Él ordena, aunque nunca explícitamente declarado, está el esfuerzo práctico del antiguo mandamiento de amar al prójimo como a uno mismo. Aunque si el trato completamente falto de amor de los Fariseos hacia los demás fue la manifestación más obvia de su bancarrota espiritual, no fue aquí donde comenzaban sus problemas. Es a esa área donde la verdadera justicia comienza que el Maestro ahora se dirige (Mateo 6).

Cuando Jesús concluyó Su enseñanza sobre el amor al prójimo, Él había elevado a sus oyentes al mismo trono de Dios **“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que es está en los cielos es perfecto”** (Mat. 5:48). Aquí está la clave a toda piedad, ambas, la moral y la espiritual descansa –no en nuestras relaciones hacia los demás sino en nuestra relación hacia Dios. “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” es el segundo de los grandes mandamientos; el primero es “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma” (Mat.22:35-37).

Los hombres han luchado a través de los siglos por levantar un código ético separado de la piedad. Pero, como Schopenhauer una vez escribió: “Enseñar la moralidad es fácil. Encontrar una base para la moralidad es difícil” Tales esfuerzos han fallado porque en la ausencia de un Dios moral que se preocupa de la conducta moral de Sus Criaturas, todo código moral es arbitrario y sin sentido. Ciertamente, si no hay tal Dios, es inconcebible que el hombre pudiera aun existir como un ser moral. Él sería simplemente incapaz de entretener semejantes preguntas éticas. El hecho que el hombre es moral, habla elocuentemente de la existencia de un Dios moral.

Pero una ética de la conducta humana, aun tan grande y verdadera como: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” no puede descansar sobre sí misma. Esto se vuelve sin sentido e imposible separado de un profundo compromiso al Dios sobre cuya naturaleza y voluntad depende toda la estructura moral del universo. Los hombres que quieren tratar con la moralidad, deben tratar con Dios. Esta es la razón porque la ética del reino de los cielos no es posible cumplir excepto por aquellos que están adecuados para el reino. Su ética no puede ser guardada por los hombres no convertidos.

Al finalizar el capítulo cinco, Jesús ya ha tratado en gran detalle con la verdadera justicia, pero la fuente de esa justicia hasta ahora ha sido insinuada. Es el corazón de la justicia – completamente y sin divisiones. Pero cuando el capítulo alcanza su punto culminante en el llamado de amar a los enemigos, uno es empujado a exclamar

“¿Cómo?” Y mientras estamos preguntando, nuestra atención es dirigida al cielo. Es Dios quien únicamente puede abrir la posibilidad de semejante amor entre los hombres. Como Juan dice, “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Jn.4:19). Los hombres, separados de Dios, podemos reconocer en alguna medida la necesidad de amarnos los unos a los otros en esta forma pura, pero nunca encontraremos dentro de nosotros mismos la fortaleza espiritual para cumplirla. Únicamente en un absoluto compromiso con Dios esto es hecho posible.

Se necesita entenderse además que las demandas éticas del reino no son un fin en sí mismas. Como Jesús lo dejó claro antes de introducir esta nueva dimensión de la justicia, el propósito de todo mandamiento ético es transformarnos a la semejanza de nuestro Padre. De esta manera, si hemos correctamente entendido lo que Jesús está diciendo, la pregunta con la que finalizaremos cada día no es, “¿He cometido asesinato o adulterio o esto o aquello?” sino más bien, ¿Ha estado Dios primero en mi vida hoy?” “¿He guardado Sus mandamientos?” “¿He sido verdadero ante Él?” “¿Le Conozco mejor?” “¿Soy más semejante a Él?”

Los hombres siempre han sido lentos para entender que el pecado más fundamental de todos no descansa en nuestro mal trato hacia los demás sino en nuestro rechazo insensato y lleno de arrogancia para adorar y honrar a Dios por encima de todo. Es a esta criminalidad cósmica de la que Pablo habla en Romanos cuando habla del mundo pagano: “Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido” (Rom.1:21). Es debido a este crimen central que los hombres han sido visitados por los horrores de la inmoralidad y la inhumanidad (Rom.1:26-32), y no viceversa. La primera gran tarea de los hombres, al buscar la justicia del reino de Dios es tratar con Dios mismo, y el único acercamiento que ha sido aceptable a Él ha sido uno de una absoluta humildad y devoción.

El Problema del Orgullo

Quizás no hay más grande rival para el amor que le debemos a Dios que el ego humano. El orgullo descansa en el corazón de genio humano —el deseo perverso de los hombres de querer “ser como Dios”, para sentarse en el mismo centro de todo. Es la muerte de esa mente arrogante y auto complaciente que siempre está exaltándose contra el conocimiento de Dios, lo que el evangelio demanda. Este orgullo tiene sobre el una cualidad oscura pero espiritual. Es un deseo de la mente, no de la carne. Su placer no se encuentra en el mal cometido, sino en la misma idea de la rebelión. En sus *Confesiones*, Agustín recuerda un tiempo de su juventud cuando él y algunos de sus amigos robaron el fruto del árbol de peras del vecino y con ellas alimentaron a los cerdos. No fueron las peras lo que les atrajo, él dijo, porque había mejores peras en el hogar, sino la emoción de tomar lo prohibido (Libro II, Capítulo 4).

Es a este problema central y crítico del orgullo que Jesús ahora vuelve Su atención cuando Él comienza un estudio de tres cosas que derribarán la verdadera devoción del ciudadano del Reino a Dios (Mat.6:1-34). Él introduce su primer sermón (Mat.6:1-18) con un mandamiento que establece el principio: **“Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos”** (La versión NKJV traduce *actos caritativos* en lugar de justicia, pero hay mucho más evidencia textual para la última). Jesús luego ilustra Su advertencia en tres áreas de la piedad religiosa —las limosnas, la oración y el ayuno.

Uno se pregunta en primer lugar que posible atracción podría tener las limosnas, la oración y el ayuno para el hombre orgulloso debido a que estas cosas están tan relacionadas con la humildad ante Dios y la preocupación desinteresada por los demás. Sin embargo, la advertencia de Jesús deja claro que aun la piedad religiosa puede ser dirigida por la meditación del orgullo en una auto gratificante y egoísta maldad. ¿Qué había ahí que atrajo a los arrogantes Fariseos a las arcas del Templo y a las frecuentes ocasiones para la oración y el ayuno (Luc.18:10-12)? Había la esperanza de una auto elevación. Porque en cada onza de aparente humildad invertida por estos hipócritas, cosechaban una libra de vanagloria. En todo esto, necesitamos ser advertidos que es eminentemente posible realizar la misma cosa notable por la más corrupta de las razones. La mera adoración y la generosidad no confieren al hombre un seguro refugio del mal. Satanás le seguirá justo al mismo lugar de oración y volverá su misma adoración en pecado. Un hombre debe mantener su corazón puro y su amor verdadero. Dios debe ser el objeto de todo.

Este nuevo principio declarado al principio puede parecer extraño con la enseñanza de Jesús anteriormente “Así alumbre vuestra luz *delante de los hombres*” (Mat.5:16) pero no existe ninguna contradicción verdadera. Hay un mundo de diferencia entre hacer el bien de tal manera que este refleje honor sobre Dios quien hace posible tal

bondad, y hacer el bien de modo que esto traiga honor sobre uno mismo. No es el ser vistos por los hombres lo que le preocupa al Salvador, sino *el deseo para ser vistos* por ellos.

Podría no ser necesario declararlo, pero el verdadero asunto aquí no es si agradar a Dios o agradar a los hombres (un problema serio también) sino si agradar a Dios o agradarnos a nosotros mismos. Es esta delicia insidiosa con nuestra propia importancia que envenena toda nuestra piedad. No es para el bien de ellos que deseamos ser vistos por los hombres sino para el bien nuestro. El asunto es simplemente resuelto si somos los suficientemente humildes para desearlo. Como Bonhoeffer lo expresó, nuestra luz debe ser vista por los hombres, pero ocultada de nosotros mismos.

El orgullo, la vanagloria, es la misma esencia de la mentalidad anti-Dios. Los hombres consumidos por el orgullo no pueden amar a Dios. Él es su enemigo, su rival, el único que está de pie donde ellos quieren estarlo. El orgullo nos previene de amar los demás. Todos los hombres son vistos como rivales desde nuestra propia perspectiva de nuestra posición de honor. Los demás no pueden ser tratados como amigos, mucho menos los hermanos. Ellos pueden ser tolerados únicamente como siervos de nuestra propia vanidad –herramientas que deben ser descartadas cuando ellas dejen de servir a su propósito. Aun los inmorales mundanos, atrapados en la lujuria de la carne, pueden disfrutar de alguna camaradería con estos siervos terrenales, pero el hombre orgulloso es negado aún a eso.

La cosa más crucial sobre el orgullo es su sutileza. Este puede fácilmente ser alimentado en los mismos esfuerzos que nos hace acabar con el. Primero somos negligentes en nuestra vanidad abierta. Luego repetimos nuestra arrogancia. Luego con orgullo observamos cuán valiente y completamente hemos dejado nuestros antiguos caminos atrás. Luego “vemos a través” del engaño del orgullo y nuevamente nos llenamos de remordimiento. Luego viene a nosotros un sentimiento petulante de auto satisfacción lenta y progresivamente que somos tan rápidos en atrapar el orgullo en su sutil esfuerzo para recuperarnos. El proceso sigue en forma interminable. Al orgullo no le importa dar terreno mientras el mantenga la fuerza.

¿Cómo entonces podemos escapar de ésta auto estimación arrogante que hace imposible conocer a Dios o amar al prójimo? No al concentrarnos en ello. El hombre no es humilde porque piensa tan poco de sí mismo, sino porque él no piensa de sí mismo del todo. El orgullo muere únicamente cuando el ego es olvidado; y nos olvidamos de nosotros mismos en vista de una lealtad y devoción más grande. La antigua arrogancia, la auto vanidad habrá muerto cuando Cristo nos llene de modo que ya no hay ningún espacio para nadie más (Gal.2:20; Col.3:3:3) – cuando podamos decir, casi sin pensarlo, “Cristo me es todo” (Col.3:11b). Que dichoso pensamiento!.

El Sonido de las Trompetas

En el Sermón del Monte, Jesús no establece algunas instituciones específicas sobre la adoración. Al tratar simplemente con principios, Él les ilustra con expresiones de piedad religiosa ya previamente familiarizadas con Su audiencia (observe Mat.5:23). Las limosnas, como la oración y el ayuno, no era algo nuevo para Sus oyentes. La ley de Moisés no dejaba dudas sobre la preocupación de Dios por el pobre. Provisiones especiales eran hechas para las necesidades de ellos (Ex.23:11; Lev.19:9-10). Una bendición era pronunciada sobre los que recordaban a los pobres (Sal.41:1) y una maldición sobre el que no lo hacía (Prov.21:13). Sin embargo, dar al pobre, tal como las otras expresiones de devoción a Dios podría volverse desagradable cuando era hecha con un perverso motivo. La ausencia de un corazón consagrado a Dios en lo que hacemos por otros contamina todo. Por supuesto, si el amor al dinero es el problema del hombre, dar todo lo que le pertenece al pobre podría bien ser la solución (Mat.19:21), pero dar caridades no necesariamente es una respuesta para el hombre orgulloso (1 Cor.13:3). Esto puede únicamente servir para inflar el ya presente enorme ego. Es a ese asunto que Jesús se dirige así mismo en la primera de Sus ilustraciones sobre la hipocresía religiosa (Mat.6:2-4).

“Cuando, pues, des limosnas, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas” (Mat.6:2). Dos poderosos medios de evitar a los hombres de la vanagloria son declarados aquí por el Salvador. El primero es, no soples en el cuerno (trompeta) cada vez que haces el bien. Es decir, no lo promociones ante los demás. Es poco probable que los hipócritas a los que Jesús se refiere, fueran tan ostensibles en ciertamente sonar una trompeta cada vez que entregaban una moneda al pobre. El Señor simplemente está usando una figura de lenguaje. Hay una más sutil y efectiva forma de lograr la publicidad para su generosidad sin parecer un necio.

Cuando Jesús habla de “las sinagogas” y “calles” como el sitio popular para la generosidad de los hipócritas, Él no está diciendo que esos lugares fueran inapropiados para mostrar compasión. Después de todo, era a menudo en semejantes lugares frecuentados que los mendigos buscaban ayuda (Jn.9:1, 8; Hech.3:2). Él está, más bien, dando un golpe a la disposición vanagloriosa de algunos para llevar a cabo estos actos exclusivamente en público.

Pero hay una más sutil y más peligrosa forma de esta enfermedad del ego —la disposición de dar caridades en las esquinas solitarias para más tarde anunciarlas es justamente una de esas formas. Resulta siempre muy fácil hablar “compasivamente” sobre las necesidades de los demás para señalar muy casualmente lo que hemos hecho por ellos. Jesús nos advierte en términos claros a mantener nuestras bocas cerradas sobre el asunto, satisfechos que nuestro Padre lo sabe.

Los ciudadanos del reino son personas en busca del carácter piadoso, no meramente la reputación por la piedad. Sin embargo, si la justicia del cielo está en el corazón, está no es monástica o solitaria. Existen obvias y abiertas manifestaciones de la verdadera religión y el discípulo del Señor no realiza ningún esfuerzo para esconder su vida de los demás, pero no lo hace para recibir honor de ellos. Su interés por el pobre y el desafortunado es simplemente una extensión de su amor compasivo de su Padre.

“Más tú cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha” (Mat.6:3). No anunciando nuestras buenas obras hacia los demás ataca el problema, pero no completamente. Como el escritor y predicador del siglo Cuarto, Crisóstomo lo observó: “Tú podrías realizar buenas obras ante los hombres, y todavía no buscar la alabanza humana; Tú podrías hacerlas en secreto, y todavía en tu corazón desear que tus obras se vuelvan conocidas para obtener esa alabanza” Es por esta razón que Jesús dio un segundo encargo –No lo anuncies *a ti mismo!* Esta es la idea central de la metáfora que el Señor tiene en manos. Nuestro dar debe ser totalmente inconsciente de uno mismo –sin algún pensamiento de algún crédito que se acumule a nuestra cuenta hacia los demás. No estamos para mantener las cuentas (cf. Mat.25:37). Dios realizará ese trabajo.

No hay nada más que envenene el flujo de la verdadera piedad por los demás que buscar nuestros propios propósitos en cada acto de bondad. Esto cuesta al practicante todo sentido de integridad, sanidad y paz mental, sin hablar de toda recompensa de Dios. Pero recuérdese, que semejante hipocresía es sutil, capaz de capturar nuestro corazón cuando menos lo planeemos o esperemos.

El más grande ejemplo de esta mentalidad inconsciente e incalculada es Jesús. Su pasión nunca estuvo concentrada en Sí mismo. Él vino a la historia completamente por causa de otros. Él encarnó no para cumplir con Su propia agenda, sino para realizar las obras de Su Padre (Jn.5:19), para hablar las palabras de su Padre (Jn.7:16-18; 12:49-50) y para hacer la voluntad de Su Padre (Jn.5:30; 6:38; 14:31). Es semejante espíritu vacío de sí mismo que cada discípulo del Señor debe añorar. Es, cuando es practicado, que ocurre la muerte absoluta de toda hipocresía y simulación. En el corazón donde Cristo y Su amor por el hombre se sientan entronados, ahí no hay lugar para el ego.

Piense. Cada vez que usted está actuando para ayudar en las necesidades de los necesitados y desafortunados y algún cierto sentido de auto satisfacción y suficiencia comienza a arrastrarse sobre usted, o un deseo por saber de los demás que tan noble es usted –escuche, y usted oirá el sonido de las trompetas resonar.

Purificando Nuestras Oraciones

“Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar de pies en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres” (Mat.6:5). Jesús ahora retoma Su segunda ilustración de esa piedad libre de egoísmo que está totalmente centrada en Dios y sin engaño. Como lo había hecho en el caso de dar limosnas, Él denuncia la práctica conocida de los hipócritas religiosos.

La oración no es una opción espiritual. Esta descansa en el centro esencial de la relación del hombre con Dios. La verdadera justicia y la oración son inseparables. Esa es la razón por la que no hay nada más profano que jugar a las galerías cuando se supone que uno debe estar dirigiéndose a Dios. Es una clase de desprecio atrevido lanzado directamente sobre la presencia de la Majestad más alta. Es bastante malo jugar al juego hipócrita con el pobre. Es desastroso disimular en la presencia de Dios.

La oración por su misma naturaleza requiere la apertura del corazón en la más absoluta sencillez ante el Todopoderoso. Este espíritu nunca es mejor expresado que en la apelación de David: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; Pruébame y conoce mis pensamientos; Y ve si hay en mí camino de perversidad, Y guíame en el camino eterno” (Sal.139:23-24). Cuando ponemos nuestras conversaciones con el Gobernante del universo al servicio de una vanagloria arrogante, hemos hecho un considerable avance en el arte de la corrupción espiritual.

Los ciudadanos del reino, dice Jesús, no deben orar como los hipócritas de la sinagoga. Los Fariseos y sus seguidores oraban, pero no amaban a Dios. Una vez Jesús adaptó las palabras de Isaías para describirlos: “Este pueblo de labios me honra; Mas su corazón está lejos de mí” (Mat.15:8). Su falta no era meramente indiferencia a Dios. Ellos podrían haber logrado esto al no orar en absoluto. Estos farsantes estaban usando la oración como un instrumento de auto elevación, un medio para establecer una reputación barata para la piedad.

El Señor en esta instancia no está dirigiendo un ataque contra la oración pública. Como anteriormente fue observado, el pecado de los Escribas y Fariseos no consistía en el ser vistos, sino en su *deseo* para ser vistos. Ellos amaban el orar, no por el amor a la oración o el amor a Dios a quien se estaban dirigiendo, sino por el amor así mismos y la ocasión que ésta les daba para colocar su piedad en exhibición. El estilo de las oraciones de los Fariseos era como es descrito en los encabezados de un periódico de servicio religioso, el cual, con referencia a la oración, decía, “La más fina oración jamás ofrecida en la congregación de Boston!”

El pecado de los hipócritas no consistía en estar de pie al orar (una práctica común entre los Judíos, Lucas 18:13) o el realizarla en las esquinas de las calles o en las sinagogas. La oración jugaba un papel importante en la vida religiosa Judía. En el

servicio del Templo, en la sinagoga y en otros lugares públicos, y en las devociones personales privadas. Algunas de estas oraciones eran establecidas por la tradición para ciertos períodos del día (Hech.3:1; 10:30) y pudo ser observada o pública o privadamente dependiendo de las circunstancias de uno. Los Escribas y los Fariseos, debido a sus amor por las celebridades (Mat.23:6; Mar.12:39), podrían probablemente asegurarse que la hora de la oración los encontrase en una calle principal. La oración privada podría no haber sostenido ningún atractivo para ellos.

“Más tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que está en secreto te recompensará en público” (Mat.6:6). Con el fin de hacer el empuje más intenso, Jesús se mueve del pronombre personal plural al singular. Él está aquí luchando con una actitud interior personal privada y no con las formas colectivas de adoración. Nuestra verdadera actitud hacia Dios se revela mucho más a través de las devociones solitarias que por las públicas. Sin embargo, tan seguramente como Jesús lo hace, no por estas palabras Jesús está prohibiendo la oración pública. Él está simplemente exhortando a sus oyentes a no ser diligentes en repeticiones privadas. Él no está ciertamente apelándoles a encontrar un lugar para hablar con Dios donde hubiese el mínimo de distracciones y sonidos. “el aposento” en este pasaje es completamente figurativo. La más grande distracción a la verdadera conversación con Dios no es el ruido u otras personas, sino el ego humano. Es de una mente egoísta que debemos escondernos nosotros mismos para orar a nuestro Padre en forma aceptable. No hay ningún refugio físico que nos pueda asegurarnos contra el orgullo. Este nos ataca dondequiera, aun en nuestros propios “aposentos” donde podemos ser encontrados deseando aun en nuestra soledad que alguien allá aprecie nuestras oraciones. Y más tarde, podremos satisfacer nuestro deseo al decirles a otros cuán largo y cuán a menudo hemos orado a solas.

Nuestras oraciones a Dios nunca pueden ser puras en cualquier lugar hasta que ellas se conviertan en las expresiones sencillas de una mente despreocupada y atrapada en el deseo de honrar y agradar al Único de quien fluyen todas las bendiciones. Debemos orar siempre (1 Tes.5:17) y en cualquier lugar (1 Tim.2:8). Orar en la asamblea de los santos y orar en nuestra cama. Orar en medio del bullicio de la multitud o en refugio tranquilo. Únicamente asegúrese que su corazón sea genuino y que su mente sea verdadera, que usted hable con Dios y no con los hombres. De otra manera, usted recibirá “su recompensa” por su vanidad (Mat.6:5b) — y está será una muy pobre recompensa ciertamente!.

Dercirlo de Memoria no lo Vuelve Correcto

“Y cuando ores, no uses vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis” (Mat.6:7-8). Que había una tendencia por las largas y pretenciosas oraciones entre los Escribas Judíos no puede ser dudado. El autor del libro apócrifo de Eclesiástico (escrito en el período Intertestamentario) exhorta a sus lectores a que ellos “no realicen muchos balbuceos” cuando oren. Jesús denunció a los Escribas de Su tiempo cuyas oraciones públicas se volvían cada vez más pretenciosas mientras que sus vidas se volvían cada vez más reprensibles (Mat.12:40; Luc.20:47). Aun del lado de los paganos, Séneca habló de los aquellos de sus contemporáneos que eran culpables de “fatigar a los dioses” con sus peticiones interminables.

Pudiéramos ser tentados a creer (dado el énfasis de los versículos anteriores, cf. Mat.6:2-6) que es a esta clase de postura hipócrita en la oración a la que Jesús se refiere, salvo por las claras palabras de nuestro texto. Hay un evidente cambio en el versículo siete. En lugar de seguir refiriéndose a la hipocresía de los Fariseos, Jesús vuelve a reprender la ignorancia de los Gentiles. A diferencia de los hipócritas Judíos interesados en la aclamación de la multitud, estos peticionarios Gentiles ciertamente *querían* que ser oídos por los poderes de los cielos (Mat.6:7b) pero fueron estorbados por sus esfuerzos a través de su ignorancia fatal de la verdadera naturaleza de Dios (Observe Hechos 17:22-23).

Las oraciones paganas nacían de la naturaleza pagana de las deidades. Los dioses de Grecia y Roma no llevaban ninguna semejanza a Jehová de los Ejércitos. Estos dioses eran moralmente indiferentes, caprichosos e impredecibles, y grandemente desinteresados en los asuntos de los hombres (Vea 1 Rey.18:27). En muchos aspectos, los Gentiles vivieron en terror frente a sus dioses y buscaban aplacar su ira o lograr su atención a través de interminables fórmulas rituales repetitivas. Estas deidades paganas se pensaba tenían un poder totalmente separado de la actitud o carácter del peticionario. El adorador pagano no podía descansar bajo ninguna esperanza de oír o de la justicia del dios o de su preocupación compasiva debido a que carecían de ambas cosas. Todo dependía de la correctividad de las fórmulas. El Historiador Will Durant describió la religión Griega como “Un sistema de magia más bien que de ética” (*The Story of Civilization*, Vol. II, Pág. 201). Sobre la religión Romana, él escribió: “¿Esta religión ayudó a la moralidad Romana? En algunas formas ésta fue inmoral; su énfasis sobre lo ritual sugirió que los dioses no recompensaban la bondad sino los dones y las fórmulas” (*The Story of Civilization*, Vol. III, Pág. 67).

La clave a la oración para los Gentiles no estaba en el fervor de sus espíritus o en la santidad de sus vidas, sino en sus “muchas palabras”. Las “*vanas repeticiones*” que

Jesús rechaza no se refieren principalmente a mera verbosidad, y no ciertamente a la ferviente insistencia en la oración que Jesús ejemplificó (Mat.26:36-46) y ordenó (Luc.18:1-8), sino a la creencia que el secreto de una oración efectiva está en las palabras más bien que en la vida y actitud del adorador. Las repeticiones sin sentido no comprometen el corazón, y el corazón es absolutamente crítico para la comunicación con Dios (Jn.4:24). Debemos acercarnos a Él con una devoción resuelta.

El principio que Jesús establece aquí es quebrantado hoy cuando comenzamos a pensar que el número absoluto de nuestras oraciones es más importante que el espíritu que traemos, o que el secreto de su poder está en su formulación correcta. Dios no es una máquina. Me parece que hay un poco de esto presente en nuestra insistencia mecánica que la oración no es aceptable a menos que sea incluida con las palabras “en el nombre de Jesús” o su equivalente. Esto sin decir que necesitamos continuamente reconocer y estar conscientes de la imposibilidad de tener acceso a Dios excepto por la intersección de Su Hijo. Es también edificante recordarnos a nosotros mismos aun en nuestras oraciones que Jesús es nuestro mediador para con el Padre, pero “en el nombre de Jesús” no es una fórmula mágica calculada que garantice la aceptación de Dios a nuestra oración. Como en el caso del bautismo “en el nombre de Jesucristo” (Hech.2:38) o hacer “todo en el nombre del Señor Jesús” (Col.3:17), es algo que usted *hace*, no sólo algo que usted *dice*. Orar “en el nombre de Jesús” (Jn.14:13) tiene algunas importantes implicaciones para nuestra actitud y conducta. Es orar con la profunda conciencia de la medición redentiva del Señor (Jn.14:6). Es también orar con el espíritu de sumisión a Su voluntad, un espíritu indispuesto a pedir algo que sea contrario a Su naturaleza y propósito eterno (1 Jn.3:22; 5:14). Nuestras pronunciaciones terrenales no serán santificadas por la dirección de Dios porque nuestras oraciones finalizan con el esperado “en el nombre de Jesús” (Stg.4:3) tanto como cuando un “bautismo” realizado contrario a las instrucciones del Señor, el cual de alguna manera se cree será aprobado porque alguien pronunció que fue efectuado en “el nombre de Jesucristo”. Nuestro recital de oración lleno de “palabras”, aunque, rico en contenido o belleza de expresión, no nos abrirá las puertas del cielo simplemente porque ellas poseen la “forma” correcta. La oración en el reino de los cielos es simplemente la conversación sincera, abierta, y reverente de un hijo con Su Padre –Un Padre que lo conoce y que ésta ansioso y contento en escucharlo.

“Vuestro Padre Sabe...”

Los Gentiles pasaban mucho de sus esfuerzos en la oración, intentando lograr la atención de sus deidades desatentas. También sintieron la necesidad de informar a sus dioses ocupados de asuntos que de otra manera podrían pasar desapercibidos o desconocidos. Tales preocupaciones nunca debieron ser una carga para las oraciones de los Cristianos porque, como Jesús lo dice, **“vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis”** (Mat.6:8). El Dios verdadero no es ni ignorante de las necesidades de Sus hijos (de manera que debamos informárselas) ni está poco dispuesto a proveérselas (de manera que tengamos que persuadirlo). Él no únicamente sabe nuestras necesidades en forma absoluta e íntima, sino está profundamente preocupado en suplirlas (2 Cor.9:8; 1 Ped.5:6-7; Efe.3:20). A través de esta amonestación, el Señor buscar remover de los corazones de Sus discípulos ese espíritu de pavor, temor e incertidumbre que tanto gobernó las oraciones de los paganos. Los ciudadanos del reino tiene un *Padre* a quien ellos pueden siempre acercarse con denuedo y plana confianza (Heb.4:16; 10:19-22).

Al dar confianza a Sus discípulos de la cercanía y accesibilidad del Padre, Jesús no tiene la intención de plantear preguntas sobre la necesidad de orar. Por el contrario, Él quiere hacer nuestras vidas más piadosas. La oración es vista como una parte vital en la vida en el reino. La vida de nuestro propio Salvador estuvo llena oraciones fervientes con Su Padre, y en este sermón, Él no únicamente asume que Sus discípulos orarán, sino deja claro las cosas por las que no debieran buscarse y pedirse en el Reino de Dios, porque no serán encontradas (Mat.7:7-8).

Sin embargo, las mentes consientes se hacen algunas veces preguntas. Si Dios conoce lo que necesitamos y quiere concederlas, ¿Por qué simplemente no nos las provee sin pedírselas? ¿No vuelve a esto el mandamiento de orar más bien como algo arbitrario y correr el riesgo de dejar la impresión que Dios sólo disfruta humillarnos por nuestras necesidades? Una de las verdades sobre la naturaleza de Dios que ilumina a través de todas las Escrituras es que Él nunca es arbitrario o caprichoso en lo que Él ordena a los hombres hacer (1 Jn.5:3). Cada mandamiento tiene un propósito; “para que te vaya bien” y “tengas prosperidad” (Deut.6:24; 10:12-13). Puede haber mucho sobre el propósito y operación de la oración que no entendemos completamente, y tiene que recibirse por la fe. (Lo confieso libremente por mi parte) pero hay suficiente luz que brilla en la Palabra de Dios para ayudarnos a ver que hay algunas cosas que nuestro Padre no puede darnos a menos que las pidamos a Él.

La oración es vista en las Escrituras como una función de fe y expresión del corazón (Mat.21:23; Rom.10:1). En nuestras peticiones como también en nuestra alabanza doblamos felizmente nuestras voluntades a Su Ser y le declaramos que lo que Él quiere para nosotros, es lo que queremos para nosotros mismos. Dios puede ciertamente

conocer lo que necesitamos y estar dispuesto a dárnoslo pero no es capaz de hacerlo debido a nuestra falta de una fe resuelta (Stg.1:5-8). Esto es ciertamente verdadero de muchos de los preciosos tesoros del reino, las cosas que verdadera y finalmente necesitamos –como el amor, el gozo, la piedad, la santidad, la bondad –todas estas marcas de la naturaleza divina muestran que somos seres siendo confrontados a la imagen de Su Hijo (Rom.8:29). Es verdad que existen necesidades físicas tales como la comida y el abrigo que Dios pudiera proveernos sin necesidad de nuestras peticiones o gratitudes (Mat.5:45; Hech.14:16-17), pero Él parece planear aun aquí aumentar nuestra confianza dispuesta en Él (Compare Mat.6:11 con Deut.8:2-3). Quizás Él ha tratado así con nosotros en asuntos menores debido Él sabe que nuestras necesidades duraderas no nos pueden ser concedidas sin la entrega resuelta de nuestras propias mentes. La oración es en su esencia la apertura del corazón de uno hacia Dios, invitándole a Él a actuar redentivamente en nuestras vidas. En el esquema divino de las cosas, Él no puede obligar, sino únicamente mover dentro de nuestras personalidades para que le concedamos la libertad para hacerlo de esta manera. Dios en Su poder puede conocer los pensamientos más íntimos de cada persona, buenos a malos, ya sea que ellos sean cometidos o no (Heb.4:13; 1 Cor.4:5), pero la limpieza y reorientación de esos pensamientos no es posible hasta que su propietario desee ardientemente que su corazón sea escudriñado para remover todo camino malo (Sal.139:23-24).

Para los impíos es una fuente horrorosa darse cuenta que Dios conoce los secretos de su corazón, pero para el alma sincera, confiada y rendida a semejante fuente de verdad es una fuente de inexpresable consuelo. La idea que Dios toma en cuenta lo suficiente de lo que hacemos o pensamos es a la vez humillante y consolador. Y Uno como Él quien ha cuidadosa y amorosamente marcado nuestro camino (Sal.139:1) y tan perfectamente conoce nuestras necesidades cuando abrimos nuestros corazones en una fe completa: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; Pruébame y conoce mis pensamientos; Y ve si hay en mí camino de perversidad, Y guíame en el camino eterno” (Sal.139:23-24). Es esta clase de actitud en la oración que mueve la mano de Dios al permitirle a Él la libertad para realizar en nuestras vidas lo que Él siempre ha querido hacer y concedernos lo que Él siempre quiso darnos.

Pero si el espíritu de fe en nuestras oraciones permite a Dios el concedernos lo que Él quiere dar, Él no está limitado por el contenido de nuestras oraciones. A menudo ignoramos como debiéramos orar (Rom.8:26-28) y en nuestra ignorancia pedimos por circunstancias que no obrarían para nuestro bien. Nuestro amoroso Padre nos concederá el pan aun cuando en nuestra inocencia le pidamos una piedra (Mat.7:9-11), y esto es verdad porque Él “es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos” (Efe.3:20). Que bendición es orar a un Dios como este.

“La Oración que nos Enseña Como Orar”

Jesús ha trazado tres contrastes (Mat.6:2-3, 5-6, 7-8) cuando hemos llegado a Mateo 6:9-15. Estos versos representan el consejo positivo que nuestro Señor establece contra las oraciones mecánicas de los paganos. Los Fariseos, Él nos dice, oran hipócritamente, y los Gentiles oran sin sentido, pero el verdadero pueblo de Dios ora con una devoción sincera y de entregado corazón a Él y para Su propósito en el mundo.

Esta breve oración ha venido a ser tradicionalmente como “La Oración del Señor”. Pero no es la oración del Señor si queremos decir que esa designación sugiere que Él ofreció estas peticiones. Es obvio que el Cristo sin pecado no podría haberse unido a un llamado de “perdona nuestras deudas”. No es también la oración del Señor en el sentido que sea la única oración cuyas palabras tiene Su aprobación y por lo tanto, tiene una aceptabilidad especial. No hay evidencia en todo el Nuevo Testamento que ésta breve petición haya sido jamás usada como litúrgica. El apóstol Pablo llenó sus epístolas con oraciones, pero sus fervientes oraciones nunca fueron formadas de acuerdo al modelo del Señor, aunque fueron ciertamente muy influenciadas por su espíritu.

La oración que Jesús propone para los ciudadanos del reino está planeada para ser un ejemplo, un modelo de enseñanza. Oren “en esta *forma*” Él dijo. Los que convierten esta oración en un ritual, una liturgia, y juzgan su poder para declarar la correctividad de la formulación de las oraciones la han pervertido en la misma clase de un conjuro sin sentido, lo cual el Maestro tan vehemente aborreció. No existe ningún a magia en repetirla, sino hay poder en entenderla. Dentro de sus frases sencillas aprendemos sobre las cosas que debieran ser la carga de nuestras vidas como también nuestras oraciones.

Una obsesión con las cosas ocupó el pensamiento y oraciones de los Gentiles (Mat.6:25, 32) pero los hijos del reino deben buscar a Dios y a Su justicia. Este hecho es revelado en la sección individual del modelo de Jesús.

La oración es de esta manera dirigida a **“Padre nuestro que estás en los cielos”** (Mat.6:9), una expresión que se encuentra veinte veces en Mateo como un título para Dios. Jesús enfatiza grandemente a lo largo del sermón del monte ésta estrecha relación personal de Sus discípulos a un Dios personal (Mat.5:16, 45, 48; 6:1, 4, 6, 8, 9, 14, 15, 26, 32:711, 21). Los ciudadanos del reino son los hijos de Dios (Mat.5:45) y pueden dirigirse a Él en una forma que reclama la relación más estrecha y más personal de todas (Rom.8:15; Gal.4:6). La paternidad divina de la que Jesús habla no es una relación universal de la que todos los hombres tienen con él en la creación (Hech.17:28-29). Esta es una relación *elegida* por fe, una relación que se revela en sí misma en la forma marcada para aquellos que eligen imitar a su Padre (Mat.5:8, 44-45, 48) y cumplen su voluntad (Mat.7:21). Esto es como la oración inicia para el Cristiano —como un hijo que se dirige a su padre, con todos los derechos y privilegios que esa relación sugiere

(Mat.7:11). Solamente aquellos que han recibido el “evangelio del reino” son los privilegiados a decir “Padre nuestro que estás en los cielos”. Pero no hay nada exclusivo sobre esta familia. Todo el mundo está siendo invitado a ella (Mat.5:13-16) La elección es suya.

Las peticiones de la oración abren con Dios estando en el centro de la atención. “santificado sea tu nombre”. El “nombre” de Dios en este llamado se refiere, como en otros lugares en las Escrituras, no a una palabra en particular, sino a la naturaleza, al carácter y a la personalidad de Dios (observe el uso recíproco de persona y nombre en el Salmo 91:14 y Juan 1:12). Santificar el nombre de Dios significa simplemente mantenerlo a Él en reverencia –colocarle en ese alto y santo lugar donde Él pertenece como el Dios de toda la creación y el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por supuesto, Él es ya es Santo, y por ningún medio a nuestra pronunciación le hacemos más santo. La idea de esta petición es que los hombres en cualquier lugar debieran reconocer en sus propios corazones y vidas lo que es manifiestamente verdadero. Cada hijo de este Padre desea que todo corazón le llegue a conocer y a glorificar. De manera que nuestras oraciones deben comenzar, no con la preocupación sobre nosotros mismos, sino con la preocupación por el honor de nuestro Padre. La oración debiera comenzar con esta alabanza.

Este tema es continuado en la petición **“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”** (Mat.6:10) Creemos que esta doble petición es un caso de paralelismo –la misma cosa repetida pero con diferentes palabras. La palabra Griega para reino (*basileia*) lleva la idea en su raíz de soberanía y gobierno, y no únicamente sugiere por extensión los conceptos de territorio y súbditos. Este “reino” es el gobierno del cielo en la persona de Jesucristo y no viene a las naciones o territorios, sino a los individuos que reciben la voluntad de Dios en sus corazones. El reino de Dios estaba destinado a venir en el poder del Señor crucificado y resucitado (Mat.9:1; Rom.1:4), pero la idea de esta petición, como en la anterior, no es que ese poder sea dado a Cristo (lo cual es inevitable) sino que los hombres pudieran reconocer y someterse a ese poder voluntariamente. De manera, que la oración es extendida, pero el énfasis permanece igual –que el nombre de Dios sea exaltado, que los propósitos de Dios sean realizados, que la voluntad de Dios sea hecha entre los hombres. Nuestras oraciones necesitan estar llenas en una forma prominente con esta misma preocupación central y vital. Esto debiera ser de suma importancia en la mente de cada hijo de Dios. De otra manera, nuestras oraciones por otras necesidades estarán siempre fuera de propósito y fuera de lugar. Esta es una de la lecciones de la oración modelo.

Dios está Interesado en “las Cosas Pequeñas” También

El orden de la oración modelo de Jesús deja claro que la gloria de Dios y la realización de Su voluntad en el mundo debe ser siempre el corazón de la vida y pensamiento del Cristiano. Sus oraciones, como su vida, debieran comenzar y terminar ahí. Es sobre este principio que la sección del sermón del Monte, el cual contiene esta oración instructiva concluye (Mat.6:33). Sin embargo, esto no impide el traer nuestras propias necesidades y cargas ante el trono de Dios. Esto es evidente por las tres (algunos dicen cuatro) peticiones finales de la oración (Mat.6:11-13). Todas estas se concentran en las necesidades básicas humanas.

“El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy” (Mat.6:11). Con estas palabras, el Señor hace un cambio repentino de lo exaltado a lo habitual. La aparente discontinuidad de ello causó que muchos de los antiguos Comentaristas espiritualicen “el pan”, pero, no hay nada en el contexto que lo justifique. Parece que las consideraciones físicas debieran dejarse hasta el final, después del perdón y la fuerza para soportar la tentación. Pero no hay donde Jesús las coloque (ya sea aquí o en Lucas 11:2-4). Él ciertamente no planeó que las necesidades físicas se conviertan en la preocupación prioritaria de la vida (Mat.6:19,32) pero tampoco les resta su importancia. El “Verbo” que se convirtió en carne entendió por experiencia propia sobre las necesidades físicas de los hombres (Heb.2:28; 4:15) y demostró cuán seriamente Él les tomó en Su compasión por el enfermo y el hambriento (Mar.1:40-41; Mat.15:32; 25:41-43). La inclusión de esta breve petición demuestra que no hay un asunto pequeño que no podamos con confianza traerlo a nuestro Padre. Pablo exhorta a esto: “Por *nada* estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en *toda* oración y ruego, con acción de gracias” (Fil.4:6). Pedro dice lo mismo: “echando *toda* vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Ped.5:7). Una vez que hemos determinado a hacer Su voluntad a toda costa, podemos hablar libremente a Él de nuestras necesidades de las menores hasta las mayores.

Esta simple petición habla no únicamente de la amplia preocupación de Dios, sino de nuestra propia completa dependencia sobre Él. “El Pan” como es usado aquí probablemente comprende todas las necesidades corporales de la vida —la comida, el vestuario, la salud, la familia, *etc.* En cualquier caso, no podemos por nuestra propia fortaleza suplir ninguna de ellas. Como Clovis Chappell una vez observó, no podemos crear más una barra de pan como no podemos crear el universo. “De Jehová es la tierra y su plenitud” (Sal.24:1). Por lo tanto, no tenemos ninguna elección sino confiar en Dios aun en el nivel más elemental.

La traducción Inglesa para “pan nuestro de cada día” es de algún modo una clase de conjetura educada ya que la palabra Griega para “cada día” no ocurre en ninguna parte y con certeza tampoco en la literatura Griega. Esta puede sugerir el pan para todo el día o el pan suficiente para sustentarnos. En cualquier caso, Jesús nos enseña a pedir por no más que el suplemento diario. Esta es una asignación difícil para personas como nosotros que estamos inclinados sino no tenemos una provisión para toda la vida en la mano y plenamente asegurada. Si seguimos el consejo del Señor dejaremos de confiar en el pan (Jn.6:25) y aprenderemos a confiar absolutamente en Dios y en Sus promesas. Aprender a vivir con plena confianza con lo que ahora tenemos para cada día nos recuerda del maná enviado por Dios para Israel mientras ellos estaban en el desierto “Y te afligió” dice Moisés, “y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná, comida que no conocías tú, ni tus padres la habían conocido, para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, más de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre” (Deut.8:3). Jesús había usado este pasaje una vez con gran ventaja (Mat.4:4). Podemos hacer lo mismo nosotros.

Sin embargo, por mucho pudiera haber parecido al principio que esta oración por el pan era una oración desde un plano muy bajo de consideración, pero esta se vuelve teniendo un beneficio espiritual muy poderoso para nuestras vidas. Esta oración nos enseña sobre la fe. Y esta es una oración para el pobre y para el rico por igual; porque no importa cuán poco o cuán mucho tengamos o cuán duro luchemos por obtener y almacenar, Dios únicamente puede asegurar nuestras fuentes. Si aprendemos a confiar en Él, los hijos de Dios pueden vivir serenamente con la confianza una vez expresada por el anciano David quien dijo: “Joven fui, y he envejecido, Y no he visto justo desamparado, Ni su descendencia que mendigue pan” (Sal.37:25). Y si aprendemos esta clase de confianza sobre el pan diario, esto nos va a ayudar a liberarnos por las cosas que son aún más importantes.

Las Cosas Sin las que no Podemos Vivir

“Y perdónanos nuestras deudas...” (Mat.6:12). Habiendo comenzado con la petición que trata con el cuidado de Dios por nosotros en el más elemental nivel, como las necesidades físicas, Jesús incluye dos peticiones finales que están relacionadas con algunos absolutos imperativos de la vida espiritual. El primero es una apelación por el perdón. Si hay algo desconcertante sobre la forma que esta apelación se presenta es el uso de la palabra “deudas”. El significado planeado por nuestro Señor es dejado claro por el registro de Lucas sobre la oración modelo la cual tiene “pecados” en lugar de “deudas” (cf. Lucas 11:4). Jesús está simplemente usando una metáfora para describir nuestro fracaso delante de Dios. Le debemos algo a Él como Sus criaturas y Sus hijos que no podemos pagar, y ahora no somos capaces de pagar. La solicitud por el perdón está en el sentido presente y habla de la misericordia presente más bien que para referirse del tiempo futuro del juicio.

Esta simple apelación por el perdón por los pecados de uno como una necesidad de los ciudadanos del reino lleva testimonio al hecho que convertirse en un Cristiano no significa el fin de nuestra batalla con el pecado o nuestra necesidad por la gracia. Debe existir una sensibilidad continua y creciente al pecado y a todas las cosas vergonzosas y deshonorables. Algunos discípulos me dejan con la sensación inquietante de aprensión por su obstinado rechazo a confesar y pedir perdón aun por las equivocaciones más obvias. Uno se pregunta si ellos realmente han experimentado el arrepentimiento o, habiéndolo experimentado, la han abandonado como un hecho de una sola vez en sus vidas. Si nunca hemos conocido el verdadero cambio del corazón hacia Dios, entonces todavía estamos en nuestros pecados y todo el resto no vale la pena. El pecado no es un fenómeno de únicamente una vez en la vida para el Cristiano (1 Jn.1:7-9). Tampoco lo es el arrepentimiento. Esa es la razón que hay alegría al pensar que la misericordia de Dios no es tampoco una oportunidad de una sola vez en la vida, y que Su gracia es “más grande que todos nuestros pecados”.

Dios está ciertamente interesado en nuestras necesidades físicas, pero podemos sobrevivir a la pérdida por el “pan diario”. Ciertamente, hay indicios que podríamos ser llamados a hacerlo así. Pablo habla del hambre, la sed, el frío y la desnudez que él sufrió en el servicio de Cristo (2 Cor.11:27). Aun las vidas del pueblo de Dios no están más allá de las penas (Luc.21:16; Apoc.6:9). Pero la pérdida que no podremos sostener es aquella por la misericordia y la fortaleza divina. Podemos sufrir la pérdida de todas las cosas pero no podemos soportar la pérdida de *Dios*.

“... como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mat.6:13). Jesús añade este codicilio a la apelación por el perdón. El sentido del verbo aquí habla de lo que ha estado sucediendo desde el pasado hasta el presente. Es interesante observar que las personas que son implacables y difíciles son las personas que encuentran casi

imposible confesar y renunciar a sus propias equivocaciones. Los que rechazan la misericordia a los demás evidentemente demuestran a Dios una total falta de ese espíritu de penitencia humilde requerido para obtener el perdón divino (Mat.6:14-15; 5:7). Esto es poderosamente expresado en la parábola del siervo que le fue perdonado la cantidad increíble de 10 millones de dólares y vino y agarro por el cuello a su compañero que le debía únicamente 17 dólares (Mat.18:21-25).

“Y no nos metas en tentación...” (Mat.6:13). Esta petición refleja el deseo del hombre perdonado por vivir una nueva vida al conquistar las debilidades que antiguamente lo derribaron. Dios desea que Su pueblo no únicamente sea perdonado sino también transformado. “Tentar” y “tentación” en el Nuevo Testamento son traducciones en cada caso de virtualmente la misma palabra Griega (*periazō; periasmos*) Y significa tentar o poner a prueba. Estas pruebas pueden venir de Dios mismo y estar diseñadas para el bien de Sus hijos (Stg.2:1). Nuestra fe puede ser probada por un difícil mandamiento (Heb.11:17). La tentación o la prueba puede venir por medio de la persecución (1 Ped.4:12) lo cual obviamente tiene su origen con Satanás, pero puede ser usada por Dios para purificar nuestra fe (1 Ped.1:6-7). El sufrimiento físico, el dolor y la calamidad pueden ser la fuente de la prueba como fue verdadero en el caso de Job. Satanás fue la fuente de las adversidades de Job pero Dios las usó para beneficiar a Su siervo. Semejante fue el caso de Pablo y su aguijón en la carne (2 Cor.12:7). Pero el entendimiento clásico de la tentación, Y creo, que la única ahora bajo consideración, es la tentación al mal. Estas son las tentaciones que se refieren en Santiago 1:12.14 donde el autor se esfuerza en explicar que tales tentaciones no vienen de Dios. Las tentaciones de las que la oración modelo busca liberar tienen que ver con “el mal” o “las males” (Mat.6:13b).

¿Por qué deberíamos buscar la ayuda de Dios en el asunto de las tentaciones que surgen de nuestros propios deseos y las de las maquinaciones del Diablo? Porque nuestro Padre tiene absoluto control sobre el Tentador quien no puede operar sin Su permiso (Job 1:10-12; 2:3-6), y porque Él ha prometido proveer fortaleza por la cual podamos “soportar” la tentación (1 Cor.10:13).

¿Es esta una petición para escapar de la tentación totalmente? Esto es inconcebible en vista de tales pasajes como 1 Corintios 10:13; Hebreos 4:15; *et al.* Lo que es mucho más probable como se muestra por la apelación paralela es ser liberado de la tentación del mal, es esta una súplica para ser salvado del poder de la tentación, de modo que no seamos abrumados por ella provocados a caer debido a ella. De manera, que en tiempo de nuestra severa tentación, corramos precipitadamente a nuestro Padre “para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Heb.4:16).

El Cristiano y el Ayuno

“Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas...” (Mat.6:16).

Con estas palabras, Jesús comienza el último de Sus tres temas sobre la verdadera piedad contrastada con la vacía postura de los Escribas y Fariseos. Si hemos dominado las lecciones enseñadas en los primeros dos casos, no habrá grandes sorpresas en este tercer estudio. Sus oyentes son aquí nuevamente llamados a dirigir sus corazones hacia Dios y a apartarlos de sí mismos. Esta vez el vehículo de Su mensaje es el ayuno.

El ayuno fue una parte establecida en la adoración del Antiguo Testamento. Había únicamente un ayuno público ordenado —El Día de la Expiación (Lev.16:29-31) — pero en tiempo de crisis especial ambos la nación como un todo (2 Cron.20:3; Esd.8:21; neh.9:1) y los individuos ayunaban (2 Sam.12:16; Neh.1:4; Sal.35:13; 69:10). En los años del cautiverio, algunos nuevos ayunos fueron evidentemente añadidos para conmemorar las calamidades que cayeron sobre la nación en manos de los Babilónicos (Zac.8:19). Por el tiempo de Jesús, los Fariseos habían vuelto el ayuno público en una difícil y doble rutina semanal (Lucas 18:12).

La práctica del ayuno en Israel tenía un propósito espiritual. Esta abstinencia de la comida por breves períodos (generalmente un día) nunca fue diseñada volverse ascético o para usos terapéuticos. Fue siempre usado como un medio de humillar el espíritu ante Dios en tiempos de gran desesperación (Sal.69:10) y tuvo un lazo inseparable con la oración (Jer.14:12). El ayuno fue una expresión de tristeza y fue referida como una “aflicción” del alma (Isa.58:5). Fue por lo tanto, frecuentemente realizado en el Antiguo Testamento con las señales acostumbradas de lamento —y cubriéndose uno mismo de polvo y ceniza (Neh.9:1; Esther 4:1; Dan.9:3).

Desafortunadamente, aun el ayuno del día de la Expiación, el cual estuvo diseñado para ser una expresión nacional de contrición humilde por los pecados de Israel a menudo se convirtió en más que un ritual vacío. “He aquí para contiendas y debates, y para herir con el puño inicuaamente; no ayunéis como hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto” (Isa.58:4). La historia del Antiguo Testamento virtualmente cierra con la pregunta del Señor a Su pueblo: Cuándo ayunasteis y llorasteis en el quinto y en el séptimo mes estos setenta años, ¿habéis ayunado para mí? (Zac.7:5).

Fue en el espíritu de los profetas Hebreos que Jesús marcó el ayuno sin sentido de los Fariseos. Su histrionismo infantil, su rostro triste, su higiene descuidada, todo estaba para provocar el efecto —“para mostrar a los hombres que ayunan” (Mat.6:16, 18). El pecado de “los hipócritas” no estaba en la tristeza de sus rostros o en su apariencia descuidada. Tal conducta podría naturalmente caracterizar al penitente genuino quien estaba cautivo a causa de la aflicción de su alma. Su pecado no estaba en el hecho que otros supieran que estaba ayunando. Jesús había ya dejado claro que Dios podría ser

glorificado cuando otros podría ver nuestras buenas obras (Mat.5:16). El desastre ocurre cuando realizamos nuestras obras para buscar gloria para nosotros mismos. No es la adoración pública lo que Él reprueba, sino la adoración para la publicidad.

El punto que Jesús hace en Su tercera ilustración de la verdadera piedad que agrada a Dios es eminentemente clara pero el tema del ayuno mismo ha sido la fuente de preguntas. ¿Planeó el Señor ordenar el ayuno para los ciudadanos del reino o estaba simplemente hablando a Sus seguidores Judíos en términos que ellos podían entender (*es decir* “ofrendas para el altar”, Mateo 5:23-24)? Él fue una vez criticado por las formas de Su ayuno y el fracaso de Sus discípulos de ayunar como lo hicieron los Fariseos y los discípulos de Juan (Mar.2:18-22). Su repuesta fue ayunar para sus discípulos mientras Él estaba con ellos sería tan inapropiado como lamentarse durante una fiesta de bodas. Más tarde, él dijo, cuando Él sería tomado de ellos, su tristeza se volvería en ayuno. Todo esto nos dice que los discípulos de Jesús no practicaron el ayuno como un asunto de devoción regular. Esto también nos dice que Jesús vio el ayuno como la expresión natural de tristeza y profundo interés y lo encontró inapropiado para el tiempo del gozo. Su anuncio que Sus discípulos ayunarían cuando Él sería tomado de ellos, debería ser entendido, no como un mandamiento, sino como un reconocimiento del dolor que vendría. Aun este no puede ser realizado para describir todo el período Mesianico. En ese tiempo, Dios prometió que sus ayunos se volverían en fiestas de júbilo (Zac.8:19).

Lo que es evidente cuando tratamos de entender la relación del Cristiano con el ayuno es que Jesús no instituyó ningún día de ayuno para la Iglesia, ni pública o privadamente. No hay indicios que Él ordenó el ayuno como un asunto de devoción regular. Lo que Él enseñó fue que habría tiempos de profunda preocupación cuando el ayuno sería el compañero natural de nuestras oraciones. Esto parece ser exactamente lo que fue practicado en la Iglesia en Antioquía y por Pablo y Bernabé (Hech.13:3; 14:23) y debiera ser esto nuestra guía hoy.

El activismo natural de la mente occidental nos ha provocado pasar muy poco tiempo en oración y en la simple meditación de Dios y Su palabra. Nuestros esfuerzos seguramente serían mucho más fructíferos si pasáramos más tiempo en la meditación y en la oración reflexiva antes de llevar a cabo nuestra obra. Y si la naturaleza crucial de nuestras peticiones, nos movieran a humillarnos ante Dios y establecer completamente nuestros corazones sobre Él a través del ayuno, nada adverso tendría que suceder. La única preocupación de nuestro Señor es que adoremos a Dios para causa de Él solamente y no para causar la ostentación vanagloriosa.

El Corazon Comprometido

Con Mateo 6:19-24 Jesús delinea Su tema del amor absoluto del Cristiano hacia Dios desde una nueva dirección. La primera y fundamental amenaza que ese amor levanta es desde uno mismo — el orgullo y la arrogancia que corrompen todos nuestros intentos en la piedad (Mat.6:1-18). Siguiendo cercanamente sobre el problema del ego está el desafío de “el mundo” — no el universo, o las personas en el, sino el “mundo” como una mentalidad, un sistema de valores, una forma de ver la vida que atesora lo presente y lo tangible por encima de todo (Lucas 12:15).

Esta sección del sermón es un llamado a un compromiso sin reservas en la elección entre la tierra y el cielo. Jesús comienza demostrando porque ese compromiso debiera ser ante Dios y continúa con dos ilustraciones deliberadas para mostrar la desgracia y posibilidad de intentar “subirse a la valla”.

“No os hagáis tesoros en la tierra...” La advertencia de Jesús sobre los tesoros terrenales no deben ser trivializados como si se tratara de una prohibición para tener una cuenta en el banco o las meras posesiones de algo material. Esta amonestación no se está dirigiendo a la cuestión de cuán mucho de los bienes de este mundo los ciudadanos del reino debieran poseer, sino está dirigida a la *actitud* hacia estas cosas. Los “tesoros” en este texto deben ser entendidos como todo aquello sobre lo que el hombre dedica todo su corazón. Estas posesiones no son únicamente cosas de valor sino cosas que valoramos por encima de todo lo demás. Nuestros tesoros y nuestras personas se vuelven una a la vez.

Las observaciones de Jesús sobre las temporalidades y la incertidumbre de tales cosas como la ropa, la comida y el dinero, no constituyen ninguna noticia a Sus oyentes. El mundo del tiempo de nuestro Señor fue visiblemente más frágil que el propio nuestro. En sus condiciones sencillas de vida la descomposición y muho, insectos y gusanos que atacaban sus almacenes con una venganza y sus casas de paredes de adobe no ofrecían una buena disuasión contra los ladrones que podían borrar con toda una vida de la noche a la mañana. Nuestra refrigeración moderna de los alimentos, nuestros bancos celosamente guardados y asegurados a menudo nos causan sentirnos con una seguridad libre de accidentes de la transitoriedad del mundo antiguo — sin embargo, lo debiéramos saber mejor. Todas “las cosas” están finalmente destinadas a decaer, a pesar del genio del hombre no obstante. Es imposible asegurar la riqueza material contra los estragos del tiempo y las circunstancias. Estas son removidas de nosotros o nosotros separados de ellas (Eccl.6:13-15; Luc.12:20), y si las pudiéramos tener para siempre, estas riquezas no nos traerán satisfacción duradera (Eccl.5:9-10; 6:7). Jesús quiere protegernos del horror de ver que todas nuestras vidas se esfuman (2 Ped.3:10)

No se quiere mucho intelecto para ver que depositar el alma de uno sobre semejante vapor sin fundamento es un acto de completa locura, pero nunca debemos desestimar el poder de la codicia para convertir nuestro sentido común en algo parecido a una gelatina temblorosa. Estamos viviendo en una era que valora a los hombres por la riqueza que ellos coleccionan. Es una locura, por supuesto, pero este espíritu puede alentar en sí mismo en nosotros antes de darnos cuenta y repentinamente, encontrarnos neciamente trabajando duro por “las cosas” materiales como el resto de los hombres. El materialismo está destruyendo a muchos discípulos, aun a aquellos que se sienten llenos de fe para “ir a la Iglesia”. El espectáculo continúa pero su corazón ya no está en ellos. La prosperidad se ha convertido en la prueba para aquellos de nosotros que vivimos en lo que quizás sea la sociedad más rica en la historia de la humanidad, y es una prueba dura. Thomas Carlyle una vez observó que para cada diez hombres que pueden soportar la adversidad, hay uno que puede soportar la prosperidad!.

“... sino haceos tesoros en el cielo” (Mat.6:20). Esta no es una exhortación para encontrar una forma para transferir las cosas que atesoramos sobre la tierra a un banco Celestial. Si así lo fuera, no habría información proporcionada sobre cómo realizarlo. Una vez escuché a un varón cuyo amor por su casa y su tierra, junto con sus especulaciones premilenealistas, le llevaron a buscar un medio para garantizar el retorno de sus propiedades cuando el Señor venga a establecer Su reino sobre la tierra. Los tesoros del Cielo son completamente diferentes de lo que pudiéramos almacenar aquí sobre la tierra.

El mensaje de Jesús es uno muy simple: “Aprende a valorar las cosas del Cielo, las cosas tienen que ver tu Padre. Porque únicamente estas durarán para siempre”. Su llamado no es simplemente a tener mejores y más duraderos tesoros, sino a una total alianza, un compromiso absoluto. Tener los tesoros de uno en el Cielo significa simplemente someterse completamente uno mismo a aquello que está *en el Cielo* — el gobierno Soberano de Dios (“Hágase tu voluntad”). Este es el tema que sigue en los versículos siguientes (Mat.6:22-24). La clave para entender toda esta sección es encontrada en Mateo 6:21: **“Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”**. El Señor está mucho más interesado con lo que un hombre hace en su *corazón* que con lo que él hace con sus *bienes*!. Las cosas no son nuestro principal problema. Dios las creó. Una valoración por las cosas no es nuestro problema. Las cosas tienen un propósito dado por Dios. El amor a las cosas es nuestro problema (1 Tim.6:9-10) — La disposición de permitir que alguna antigua basura apolillada tome el lugar del incorruptible Dios en nuestros corazones.

La Mente Individual

Para cada uno de nosotros hay únicamente una breve y frágil vida en la cual elegir el tesoro que formará nuestra eternidad. Es una elección que requiere toda la sobriedad y urgencia posible. Jesús nos ruega a poner nuestra confianza en el Eterno Dios cuya gracia y poder trasciende el tiempo más bien que las cosas “corruptibles” que el tiempo destruye (Vea 1 Tim.6:17). Esta fue exactamente la confianza en la observación de Moisés en su discurso de despedida a Israel: “Y te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná, comida que no conocías tú, ni tus padres la habían conocido, para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, más de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre” (Deut.8:3). La riqueza muerta de este mundo es sino polvo en la boca, pero tener una correcta relación con Dios, es la cosa que hace a un hombre verdaderamente rico.

Es un defecto fatal del carácter “*desear ser rico*” — cualquiera que sea la razón (1 Tim.6:9). Este es uno de los síntomas de la loca insensatez que muchos buscan en sus vidas. No es alentador oír a un Cristiano decir que él desearía tener riquezas para apoyar a predicadores del evangelio o proveer para los pobres o hacer alguna otra buena obra. Las posibilidades son muy buenas antes para aquellos que necesitan ver que cualquier dinero anhelado habrá hecho su propia alma cautiva de la codicia. Tal Cristiano debería tener un contentamiento agradecido con lo que Dios ya le ha dado y usarlo en una forma libre de egoísmos. Si un hijo de Dios se vuelve rico, esto nunca podría ser porque este lo planeó en esa forma.

Si queremos ser exitosos en tener nuestro tesoro en el cielo, será porque hemos puesto todo nuestro corazón en el asunto. No hay lugar para la vacilación, la indecisión o la tibieza en nuestra actitud hacia Dios y Su reino. Debemos elegir el Cielo y elegirlo sin reservas. Como un escritor lo observó, no hay nada más peligroso que intentar saltar un abismo en dos pasos.

“La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas” (Mat.6:22-23). Jesús continúa Sus instrucciones sobre la batalla del Cristiano para mantener al mundo fuera de su corazón con esta simple ilustración. Él compara la función del ojo para el cuerpo con la perspectiva de la influencia controladora de uno sobre el corazón. El ojo actúa como la fuente de luz para el cuerpo. Un ojo “bueno” (sano, saludable) llena el cuerpo de luz. Un ojo “maligno” (no sano, defectuoso) llena el cuerpo de tinieblas. La aplicación viene en su siguiente observación (Mat.6:23b): **“...así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿Cuántas no serán las mismas tinieblas?”** Tal como el ojo es la ventana a través del cual todo el cuerpo es iluminado u oscurecido, dependiendo de su condición, así los “ojos de vuestro entendimiento” (Efe.1:18) determinan si el espíritu del hombre es inundado con la

iluminación o sumergido en una oscuridad sin Dios. Es bastante trágico estar físicamente ciego, pero cuando el espíritu se niega a la verdadera visión ¡Cuán mucha más profunda es esa oscuridad del alma! Un corazón individual trae claridad y sanidad. Un corazón dividido trae confusión y desorden. Hay tristeza en la persona quien, camina sin comprometerse, a través de la vida en la agonía incurable de su indecisión. Él nunca sabe completamente quién es él o que debería hacer — sin ningún principio que le guíe, sin ningún compromiso que lo gobierne — cada persona en el camino es un trauma renovado. Cuán grande es esa oscuridad!.

El ojo “bueno” es el corazón que oye el evangelio con una simplicidad absolutamente sincera. Es una mente que recibe el evangelio con una resolución favorable. La visión espiritual es nublada por una preocupación no sana por las cosas. El Materialismo se convierte en la catarata de la mente. Una razón por la que muchísimas personas simplemente no pueden “ver” el evangelio o entender la Biblia es porque este no encaja con sus presuposiciones sobre la importancia de las riquezas. Los Cristianos que repentinamente se vuelven confundidos e inciertos sobre las demandas de la vida en el reino no están a menudo tanto experimentando una batalla intelectual sino una batalla espiritual. La luz del evangelio no viene sobre quienes sus lealtades están divididas. Como Jesús una vez lo observó, “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia mente” (Jn.7:17). Santiago habla mucho de la misma cosa en las exportaciones prácticas de su epístola muy punzante: “Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor. El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos” (Stg.1:6-8).

Las bendiciones del reino de Dios no son repartidas sobre la base de porcentajes — muchas bendiciones para muchas buenas obras. Con Jesús es o todo o nada. O damos todo y recibimos todo, o titubeamos y vacilamos y obtenemos nada. Aquellos que exitosamente enfocan el reino de los cielos deben aprender el poder y disciplina de elegir “la buena parte” (Luc.10:42), la “cosa correcta” (Fil.3:13), andando en el camino “estrecho” (Mat.7:13). Esta lección es bien expresada en las palabras de un cántico familiar: “Porque nunca probaremos los deleites de Su amor hasta que pongamos todo sobre el altar; porque la gracia que Él muestra y el gozo que Él derrama es para aquellos que confiarán y obedecerán”.

La Imposibilidad de Lealtades Divididas

Uno de los hechos menos observados sobre los Fariseos es que ellos eran “avaros” (Lucas 16:14) “amadores del dinero” –NASV). Jesús relaciona la parábola del mayordomo infiel para su beneficio, pero ellos se burlaron al final de su lección. No puede ser de ninguna sorpresa entonces, que un sermón que estuvo en gran medida dirigido a las formas torcidas y corruptas de la mente Farisea debiera contener una advertencia dura sobre los peligros de un excesivo afecto por las cosas. La codicia es sutil. Es una clase de cáncer espiritual que parece acomodarse muy fácilmente con grandes muestras de piedad. No tiene la fealdad abierta de una inmoralidad flagrante, sin embargo, esta “mundanidad respetable” por su sutileza, se hace más peligrosa.

“Ninguno puede servir a dos señores...” (Mat.6:24). Para mostrar la imposibilidad de intentar dividir la diferencia entre Dios y el mundo, Jesús emplea la ilustración de un hombre intentando servir a dos amos. La fortaleza de su lenguaje será mejor sentida si reconocemos que la palabra que traduce “siervo” viene de la palabra Griega *douleuein*, la cual significa “ser esclavo de”. La palabra que traduce “amo” es *kurios* (a menudo traducida como “Señor”) la cual sugiere total propiedad y control. Un hombre simplemente no podía ser esclavo de dos amos, ambos demandando de él un total servicio. El esfuerzo resultaría en satisfacer a ninguno de los dos y hacer la vida de un esclavo que miserable. Él finalmente sería forzado por una situación imposible e intolerable para resolver su miseria al elegir entre los dos.

“*Mammon*” viene de una palabra Aramea común que significa riqueza. Es a menudo usada aquí y en Lucas 16:9, 11, 13. Aunque es en una medida personificada por Jesús, no hay pruebas para su existencia de una deidad Siria por ese nombre en los tiempos del Nuevo Testamento. El contexto indica que el Señor ésta simplemente dirigiéndose al amor del dinero como un rival del verdadero compromiso con Dios. En Lucas, la expresión “riquezas injustas” (Luc.16:9, 11) es usada, probablemente significando no tanto que hay algo intrínsecamente malo sobre las riquezas sino que el dinero y las posesiones materiales habían sido atendidas muy frecuentemente a menudo con afectos y conductas impías.

No hay tal cosa como una pequeña codicia. El amor por las cosas no tolera rivales y Dios finalmente será forzado a salir de nuestras vidas (1 Jn.2:15-17). Por esta razón, el dinero se convierte muy peligroso para entretener en nuestro corazón por cualquier fascinación con la riqueza de este mundo. El Materialismo tiene un apetito voraz y muy pronto consumirá la personalidad que le abre sus puertas. Sin embargo, cuando este finalmente gobierna sin límites, no traerá paz ni satisfacción – Ninguna felicidad duradera. Dios también desea tenernos exclusivamente para Sí mismo, pero para nuestro beneficio, no el Suyo. El dinero nos consumirá. El dinero nos llenará. Los hombres quienes han sido hechos para Dios no conocerán la paz separados de Él.

El mundo Greco Romano en el que el evangelio primeramente vino era un mundo donde los hombres no fueron llamados a elegir entre dioses, sino a buscar servir a tantos como sea posible. Hubo siempre un lugar en el Partenón Romano para otro dios u otro culto misterioso, y los hombres estaban más interesados en servir a pocos dioses que servir a muchos (Hech.17:22-23). Ninguna de las deidades realizaba algún reclamo exclusivo sobre las vidas y los reclamos consistían en más ritos que en asuntos morales.

La única religión excesivamente diferente de las religiones del mundo antiguo fue la religión de los Judíos. El Dios de Abraham, Isaac y Jacob estuvo implacablemente en guerra contra todas las demás deidades, no tolerando ningún rival, y demandando la absoluta lealtad (Exo.20:3-4; Deut.6:4-5). Y fue a este espíritu y a este desafío para realizar una elección radical e inequívoca que Jesús enfatizó en toda Su enseñanza y especialmente aquí en el Sermón del Monte.

No debiera sorprendernos que el Dios “que hizo el mundo y todo lo que en el hay” debiera demandar el primer lugar en nuestras vidas. ¿Qué otro lugar pudiera Aquel por quien respiramos concebiblemente requerir? Está más allá de toda creencia que el verdadero y santo Dios toleraría El mismo el ser colocado en nuestros corazones meramente por debajo de las riquezas inertes del mundo. Aun nuestras propias familias no deber volverse rivales frente a Él (Mat.10:37) y más significativo que todo, aun nuestras propias vidas (Luc.14:26).

Mammon dejarán de atraernos tan perniciosamente hasta que finalmente reconozcamos que las riquezas no tienen un poder o realidad independiente — Y aun las riquezas mismas, como todo en la creación, son finalmente trazables al grande y santo Dios. Él es el Único quien nos “da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos” (1 Tim.6:17) y nos da “tiempos fructíferos, llenando de sustento y alegría nuestros corazones” (Hech.14:17). Él es mucho más que eso. Él es quien otorga “Toda buena dádiva y todo don perfecto” (Stg.1:17). En Cristo, “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col2:9-10). Nuestra fascinación con el dinero es sólo otro caso donde necesitamos evitar la necedad de los antiguos Gentiles quienes “cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos” (Rom.1:25).

La Mundanidad de la Preocupación

La ansiedad sobre las cosas y circunstancias es una debilidad que nos sonreímos a menudo de ella. Su naturaleza es tal que – practicarla parece un ejercicio sumamente humano. Pero Jesús no trató con la ansiedad con ligereza. La preocupación es vista desde la perspectiva divina como una sutil pero verdadera forma de mundanidad y el Señor la trata bajo un encabezado del Materialismo. Algunas personas aspiran a tener riquezas, mientras otras viven bajo el terror de la pobreza. Ambos grupos están igualmente ocupados con las cosas. En Mateo 6:25-34, Jesús advierte a Sus Discípulos que la ansiedad por las cosas representa una grande amenaza a la devoción nacida del corazón hacia Dios como la codicia (observe Luc.12:13-31 donde el Señor nuevamente asocia a las dos). Este es un hecho con el que muchos de nosotros hemos sido muy lentos para tratar. Nos hemos acostumbrado todos a estar tan confortables con períodos regulares de histeria sobre algunas futuras sospechadas privaciones. Nuestros temores, como así mismo también nuestras pasiones, hemos permitido que nos consuman nuestras energías, nos dominen nuestras vidas y nos roben nuestros corazones. A Satanás le importa poco si somos consumidos con la avaricia u obsesionados por la preocupación mientras nuestras mentes sean establecidas sobre las cosas en lugar que sobre Dios. Las consecuencias de tal ansiedad mundana no es únicamente espiritualmente lamentable sino puede ser también fatal.

“Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber” (Mat.6:25). Tres veces en esta sección del Sermón, Jesús ordena a Sus oyentes a no estar afanados y preocupados sobre las cosas requeridas para sustentar esta vida presente – comida, bebida y vestuario (Mat.6:25, 31, 34). Su advertencia, hecha tanto más urgente por medio de la repetición, está diseñada para alertarnos del verdadero peligro que una excesiva preocupación por las cosas “necesarias de la vida” nos depara. La expresión “*Por tanto*” en el versículo 15 deja claro que Él continúa tratando con el tema de *Dios Versus Las Cosas*, y que las siguientes instrucciones descansan sobre la verdad que los hombres no pueden servir a Dios aceptablemente con un corazón dividido (Mat.6:24). Por esta razón, se vuelve más interesante observar que la palabra Griega (*merimnate*) que traduce “No os afanéis” (“no se preocupen” KJV) viene de la raíz (*meridzo*) que sugiere ser atraído en dos diferentes direcciones; distraído; y por lo tanto, ansioso, tribulado. Lucas usa la misma palabra para decir que describir la declaración del Señor sobre el estado mental de Marta cuando ella estaba muy afanada con sus deberes en la cocina (Luc.10:41), Y Mateo la usa cuando registra la explicación del Señor de la semilla que fue sembrada entre espinos en la parábola del Sembrador para describir aquellos cuyas vidas han sido ahogados “por el afán [*merimna*] de este siglo” (Mat.13:22). Dios y su voluntad son inevitablemente expulsados del corazón de aquellos que viven en constante temor pensando que pueden en cualquier momento ser privados de las necesidades de la vida.

Sin embargo, debemos entender que, al igual que Sus advertencias sobre el almacenar los bienes de este mundo, Jesús desea por medio de Su prohibición de la ansiedad levantar la pregunta sobre dónde está finalmente va a ser colocada la confianza de uno y no prohibir los esfuerzos para ganarse la vida. Trabajar como un medio para obtener las cosas necesarias de la vida no sólo es aceptable por las Escrituras, es un mandamiento (Efe.4:28), y la holgazanería es tratada con complacencia (Prov.6:6-11; 24:30-43; Eccl.4:5). No hay nada espiritual en la indolencia. “Si alguien no quiere trabajar,” escribió Pablo, “que tampoco coma” (2 Tes.3:10). Esta advertencia, entonces, no está dirigida a la inquietud reflexiva de un marido o padre que busca proveer para las necesidades futuras de su familia (1 Tim.5:8; 2 Cor.12:14). No está dirigida para rechazar la carga del cuidado que un Cristiano siente hacia sus hermanos (1 Cor.12:25; 2 Cor.11:28; Fil.2:20) o por las “cosas del Señor” (1 Cor.7:32). Lo que el Señor golpea aquí es la inversión de la preocupación humana en cómo mantenerse respirando y los miedos y temores sin sentido, asociados con ella.

Que Jesús está principalmente interesado con la elección entre el mundo y el reino es evidente por el completo contexto de Su advertencia sobre la preocupación. El pensamiento que comienza con “No os afanéis por vuestra vida” (v.25) no es completado hasta el versículo 33: “Mas buscad primeramente el reino de Dios”. Esta es una clásica construcción de “no... pero” que el Señor usa en Juan 6:27 cuando realiza la misma apelación: “Trabajad, *no* por la comida que perece, *sino* por la comida que a vida eterna permanece” Aquí, como en Mateo, la intención del Gran Maestro no es demandar la absoluta abstinencia de una y la búsqueda exclusiva de la otra. Él simplemente nos está desafiando a decidir que mantendrá el fundamento más alto en nuestros corazones —la comida, la bebida y el vestuario o la justicia del gobierno del cielo —aquello que perece, o aquello que permanece. Dios debe siempre ser el primer amor de los que eligen esto último.

Hasta ahora en Su Sermón, Jesús ha dejado claro que podemos perder la eternidad a causa de la avaricia, o podemos renunciar al temor ansioso. Dadas las consecuencias de ambas, un camino parece difícilmente menos reprehensible que el otro.

Lecciones De los Pájaros y las Flores

En Mateo 6:25 Jesús dirige Sus advertencias sobre la ansiedad sin sentido sobre las necesidades de la vida— el temor inquietante que Dios no pueda suplir lo que nuestra propia fragilidad no puede proveer para nosotros mismos. Él continúa Sus advertencias con una serie de argumentos que dejan claro que nuestra incesante preocupación sobre las necesidades y circunstancias del futuro corren contrarias a la misma naturaleza de Dios y Su evangelio, y es consecuentemente innecesario, inútil e insidiosamente destructivo para nuestra fe (Mat.6:25-30)

Que los hombres son frágiles y criaturas dependientes no es algo que se tenga que argumentar. Si determinamos enfrentar la vida por nosotros mismos producirá la causa más grande de ansiedad — tanto para el rico como para el pobre. El siglo veinte no ha cambiado esto. Tampoco la riqueza o los programas gubernamentales son una defensa contra la escasez. Las fortunas fallan, los gobiernos fallan, y las circunstancias cambian con inquietante regularidad. Los favoritos de hoy son los olvidados de mañana. No es por lo tanto, ninguna sorpresa que el mundo de los hombres no regenerados sea una mezcla de raza temblorosa de miedo y temblor.

Pero ¿Qué sobre aquellos que son ciudadanos del reino de Dios? ¿Es concebible que ellos, también, deben ser atormentados por el mismo miedo implacable por la futura calamidad? Y si es así, ¿Qué esto dice sobre la certidumbre de las promesas de Dios o la constancia de Su amor? Los Cristianos debieran ser las personas más positivas y más optimistas sobre la tierra. Y esto no es una mera forma de psicologizar — sin fundamento, la pelusa infundada de los secularistas que intentan silbar su camino hacia la tumba. El Optimismo de los Cristianos descansa sólidamente sobre el amor de Dios — un amor ya maravillosamente manifestado en el mundo. Jesús habla de algunas de estas evidencias en sus argumentos contra la ansiedad.

“¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?” (Mat.6:25b). La palabra que traduce “vida” (“*psuche*” a menudo traducida como “alma”) se refiere aquí a la vida natural del hombre más bien que a la naturaleza espiritual más elevada. Esto es hecho más evidente por el uso paralelo del “cuerpo”. El Señor comienza en el nivel del fundamento con un argumento desde la creación — un argumento de lo mayor a lo menor. El mismo hecho que estamos vivos del todo, Él dice, refleja la voluntad divina. ¿Por qué debiera el Creador darnos vida, únicamente para matarnos de hambre? Si Él nos ha dado el don más grande de la vida, ¿Por qué Él nos privaría de los dones menores para mantenerla? ¿No podemos confiar en Aquel que nos dio la vida también nos dará la comida? Nuestras vidas no son una casualidad, y su continuación no depende de una posibilidad ciega. Hemos sido creados a la imagen de Dios para los propósitos que Él seguramente hará funcionar por Su fiel providencia. ¿Cuál es el

problema? Hemos olvidado las maravillas de nuestros orígenes, y por lo tanto, hemos caído en el escepticismo sobre nuestro futuro.

“Mirad las aves del campo...” (Mat.6:26). **“Considerad los lirios del campo...”** (Mat.6:28-30). En estas dos apelaciones, Jesús extrae otra vez sobre la naturaleza de las cosas, pero ahora argumenta de lo menor a lo mayor. Miren reflexivamente (*emblemsate*), Él exhorta, en la clase de provisión abundante que Dios hace por algunas de Sus criaturas más humildes, los pájaros, y preguntarse cuán más abundante y pleno ciertamente será Su cuidado por los que no únicamente han sido hecho a Su imagen, sino se han convertido por Su gracia en algo más notable – Sus hijos. Aprendan la lección (*katamathete*) de los “lirios”, Él continúa. Observen como estas flores silvestres desatendidas del campo florecen por la pura provisión de Dios – y sin embargo, lucen más magníficamente que los vestuarios de Salomón en el mejor de sus tiempos. Si Dios cubre con semejante belleza a la hierba del campo de corta duración, ¿Cómo usted supone que Él vestirá a aquellos cuyo destino es la eternidad? ¿Por qué, entonces, Jesús pregunta convertimos nuestros esfuerzos para ganar las provisiones de la vida en semejante batalla agonizante – una batalla que termina consumiendo toda nuestra personalidad? Y su respuesta es: porque nuestra fe es demasiado pequeña; porque tenemos muy poca confianza en Dios (Mat.6:30).

“¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?” (Mat.6:27) En medio del esfuerzo para ayudarnos a ver porque nuestra relación especial con Dios debiera darnos grande confianza para el futuro, el Señor hace una pregunta calculada para mostrar la absoluta absurdidad e inutilidad del estar inquieto sobre las cosas de las que no tenemos ningún poder para cambiarlas. Necesitamos hacer lo que podemos. Los pájaros son incapaces de trabajar en los campos y los lirios ni trabajan ni hilan, pero nosotros somos capaces de hacer algunas provisiones para nuestras necesidades. Sin embargo, hay límites, y no tiene sentido que forcemos nuestras máquinas y despojemos nuestros engranajes emocionales cuando hemos ido más lejos de lo que podemos ir. Muchas veces, nuestros temores son de catástrofes imaginadas, pero aun cuando la fuente de temor sea real, no sirve de nada contra las cosas que no podemos cambiar y únicamente sirven para incapacitarnos de lo bueno que pudiéramos hacer si actuáramos de otra manera. Como en el caso de los pájaros y los lirios, Dios tendrá cuidado de lo que nosotros no podemos cuidar.

La pregunta que necesita surgir en medio de nuestra ansiedad por el futuro es sugerida en la afirmación triunfante de Pablo en Romanos: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿Cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Rom.8:31-32). ¿Las personas que son gobernadas por el temor ansioso sobre lo que van a comer, beber y vestir, realmente creen que Jesús murió por sus pecados? **“hombres de poca fe”**.

Una Fe Demasiado Pequeña

Jesús habiendo realizado Su apelación razonada contra los temores mundanos, repite con urgencia la advertencia con la que él inició, “**No os afanéis...**” (Mat.6:31). Luego, Él añade una última observación.

“Porque los gentiles buscan todas estas cosas” (Mat.6:32). Las referencias a los “Gentiles” o a “las naciones” en el Sermón del Monte no es tanto para hablar de su raza sino de su ignorancia espiritual – aquellos que no conocen a Dios. Moviéndose a esta dirección, los apóstoles, Pablo, Pedro y Juan, cuando escribieron a los discípulos que no eran Judíos, se referían a los incrédulos generalmente como “los Gentiles” (1 Cor.5:1; 1 Tes.4:5; 1 Ped.2:12; 4:3; 2 Jn.7; Apoc.11:2).

Como Él lo había hecho antes (Mat.5:47; 6:7), Jesús reprende a Sus oyentes con el no ser mejores en su conducta que los paganos. Él no describe a los Gentiles como “preocupados” sobre la comida y el vestuario, pero dice que ellos buscan estas cosas. Que las dos expresiones significan lo mismo es evidenciado por el uso intercambiable en una enseñanza similar del Señor en Lucas 12:22, 29. Por ambos términos, Jesús no únicamente quiere decir “preocupados” sino preocupados *en extremo*. Los Gentiles en su oscuridad, consideraban su alimento y vestuario como su interés supremo. Estas necesidades dominaban y controlaban sus vidas. No conociendo nada del bondadoso, y benevolente Dios, consideraron la vida como un asunto de casualidad ciega o como un destino inalterable. Su ansiedad por las cosas fue completamente compatible con su visión del mundo. ¿Qué más estaba ahí? Pero que los Cristianos no encontrarán más paz mental que los que estaban “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efe.2:12) era inconcebible y vergonzoso.

Hay un sentido en el que todos los hombres, hasta el más ateo, son más importantes para el Todopoderoso que los pájaros y las flores, pero Jesús no se está dirigiendo sobre esto ahora. Él está hablando únicamente a los que son hijos de Dios, no meramente en la creación, sino en la redención. Y de esta manera, Él está diciendo, “Ustedes son el mismo pueblo de Dios, ¿Cómo pueden estar tan ansiosos y preocupados en extremo?”

“La fe” en el reino de Dios es mucho más que un principio vago. Es una fuerza activa, y práctica que afecta a toda la vida. “Poca fe” es una fe que no ha sido cuidadosamente resuelta y aplicada. Los Doce en su relación con Jesús es una historia del crecimiento desde una fe muy pequeña. Más tempranamente, cuando ellos primeramente le siguieron, ellos libre y entusiastamente le confesaron como el Cristo, el Hijo de Dios (Jn.1:41, 45, 49), pero es evidente de los eventos posteriores que la implicación de ese hecho que confesaron no lo habían plenamente comprendido. Esto es dramáticamente ilustrado por el terror que se apoderó de ellos cuando repentinamente una tormenta sobre el Mar de Galilea amenazó con volcarles su barco. Ellos habían estado con Jesús

por más de un año. Habían observado la conversión del agua en vino en Caná; Habían visto resucitado el hijo de la madre viuda en sus brazos en Naín; Habían experimentado la pesca milagrosa de peces en las aguas de Capernaum — Si ellos tan sólo hubiesen pensado en tales poderes ejercidos por el Señor en medio de la tormenta que golpeaba violentamente su barco, esto hubiera servido para tranquilizarlos de su creciente pánico. Piense en ello. Él que hizo el cielo y la tierra está durmiendo a sus pies y ellos sienten miedo de ahogarse!

Poco después, cuando el Señor simplemente calmó la tormenta al simplemente pronunciar la palabra, los Doce se asombraron “¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?” (Mat.8:23-27). Él había sido confesado poco antes como —El Hijo de Dios — pero ellos estaban todavía aprendiendo lo que esto significó. Y así ocurre con nosotros a menudo. Hemos confesado que Él es el Señor de gloria, y lo creemos en alguna medida, pero esto no ha venido todavía a influenciar nuestro pensamiento sobre la totalidad de la vida. Y tal como lo es para nosotros, lo fue para ellos. Él debe decir reprobándonos, “hombres de poca fe”.

Pero ¿Por qué es nuestra fe tan pequeña? Esa es una buena pregunta. ¿Tan pequeña para consolarnos en tiempos de sufrimiento? ¿Tan pequeña para infundirnos valor cuando enfrentamos las pruebas? O aún más inquietante ¿Tan pequeña para salvarnos en el Cielo? ¿Qué tan pequeña es esa fe que vive en medio de la ansiedad temerosa de las cosas físicas? Debe ser ciertamente muy pequeña, porque Jesús una vez dijo a sus austeros discípulos, “si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí, y se pasará; y nada os será imposible” (Mat.17:20). El interés de nuestro Señor sobre nuestros caminos llenos de preocupaciones es definitivo. Él no está meramente ofreciendo un consejo prudente; Él está dirigiendo un mandamiento sobre el cual nuestra relación con el reino de Dios depende. Enfrentar este hecho con toda honestidad puede ayudarnos en ocasiones para llenarnos de desesperación. Estamos tan inclinados a un temor crónico, y por mucho que lleguemos a odiarlo, nuestra lucha con nuestros temores parece ser una guerra más larga y persistente de desgaste que un compromiso rápido y decisivo.

Compartimos la angustia del padre sufriente quien con dudas trajo a su atormentado hijo a Jesús para sanarlo, “Creo; ayuda mi incredulidad” (Mar.9:24). Nos ayudará si reconocemos que la libertad del temor a la que Jesús nos llama es una lección que debemos dominar con el tiempo, a través de la práctica perseverante — al recordarnos a nosotros mismos una y otra vez de lo que la cruz dice sobre la fidelidad invariable del amor de nuestro Padre y al orar llevando nuestros pensamientos cargados ante Él (Fil.4:6). Finalmente, tal como nuestro hermano Pablo, debemos “aprender el secreto” (Fil.4:11-12) y mantenernos en la fortaleza indestructible de la paz (Fil.4:7) “No estén ansiosos” Él nos dice. En respuesta digamos, “No estaremos ansiosos”. Sea fuerte y perseverante. Recuerde que la Fe puede crecer!.

Dios Por Encima de Todo

“Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia,” (Mat.6:33a). Esta encomienda es la contra parte positiva de las anteriores advertencias de Jesús contra el afán desmedido y desmesurado por las cosas (Mat.6:25, 28, 31). Ahora por última vez y en la forma más clara el Hijo de Dios declara lo que debe ser la pasión que controla a cada Cristiano. No hay ninguna sorpresa los que han estado escuchando. El sentimiento de ésta pronunciación representa el tema dominante del Sermón, un tema que ha surgido repetidamente (Mat.5:6, 16, 48; 6:20). El verdadero siervo de Dios busca Su reino y Su justicia por encima de todo lo demás. Es Dios únicamente quien merece y ordena nuestra ambición e interés sin reservas. Es en el reino que debíamos invertir nuestros corazones incondicionalmente. Es en Su reino que debíamos expandir nuestras energías sin escatimación. Aquí descansa la clave que abre todas las puertas —el tesoro que responde a todas las necesidades.

“El reino de Dios” en este texto no se refiere a la soberanía de Dios en la creación y la historia, sino a Su gobierno específico sobre Su pueblo redimido. Además, este no se refiere tanto a las personas que se someten a este gobierno (la Iglesia) sino al reino mismo. Para entender esta pesada apelación como un llamado a la absoluta lealtad a la Iglesia como una institución sería una trágica equivocación. Este es simplemente un llamado para que los hombres tomen la voluntad de Dios como el bien supremo.

Aquellos cuyas especulaciones Milenaristas les provocan ver en las palabras de Jesús una referencia a algún reino apocalíptico futuro han fallado en observar que el énfasis no está sobre lo que Dios traerá en el futuro, sino sobre lo que los hombres deben hacer en respuesta a lo que Dios ya ha hecho y está haciendo. El Señor está haciendo un llamado al deber presente, no para una mera anticipación pasiva. No cuestionamos que el “reino” pueda incluir el reinado de Dios en Su Hijo desde Su ascensión hasta el día del juicio, pero los eventos futuros no parecen ser el principal interés del Señor en Mateo 6:33.

Debido a que el reino en este pasaje tiene referencia al gobierno soberano de Dios sobre Su pueblo, lo que debemos “buscar” es la sujeción de nuestras voluntades a la de Él. Todo pensamiento debe ser traído “a la obediencia a Cristo” (2 Cor.10:5). El énfasis, me parece, no es tanto temporal (“busquen el establecimiento del reino”) sino moral (“preparen su corazón para recibir el gobierno del Ungido de Dios”).

Y ¿Por qué Jesús añade “y Su justicia”? ¿Esto avanza su pensamiento o simplemente lo repite? Podría parecer una pequeña diferencia entre el reino de Dios y la justicia a la que el reino llama a todos los hombres. Pero alguna distinción pudiera existir. La “justicia” del Sermón del Monte no es la justificación por la fe, a través de la salvación por gracia, lo cual está implícito en toda la estructura del Sermón. Tal como el contexto lo demuestra, esta “justicia” es la justicia de una vida transformada. Es la justicia

práctica de un verdadero amor por los demás (Mat.5:20-48) y una mente individual hacia Dios (Mat.6:1-18). El reino del cielo está diseñado para producir no únicamente una nueva relación con Dios, sino una nueva y transformada vida también. La búsqueda por ese reino no será superficial o estrecho. Esta búsqueda afectará profundamente cada faceta de nuestras vidas – el matrimonio, el hogar, la familia, el empleo, las finanzas, el estilo de vida y *muchísimas cosas más*. El Señor ha dado esta instrucción hasta los tuétanos de los huesos. Como John R. W. Stott lo sintetiza: “Así como Jesús nos ha llamado en el Sermón a una más justicia mayor, un amor más amplio y a una piedad más profunda, Él ahora nos llama a una ambición más grande” (*Christian Counter-Culture*, P. 169).

“... y todas estas cosas os serán añadidas” (Mat.6:33b). Aunque llama a Sus discípulos a una aspiración más elevada, Jesús no descarta el interés por la comida y el abrigo como algo sin mérito. Él simplemente nos está diciendo que si queremos tener la confianza de “estas cosas” debemos dejar de buscarlas completamente y buscar a Dios. Si nos afánamos en buscar lo presente, lo perderemos junto con la eternidad. Si buscamos el Cielo, la tierra tendrá que ser desechada. No podemos orar por nuestro pan diario hasta que primero busquemos la gloria de Dios Y Su voluntad aún más intensamente.

Hay un importante principio involucrado en esta relación del pan y el reino. Si nos entregamos absolutamente a las cosas, esto servirá para corromper todas las demás aspiraciones. Sin embargo, Si buscamos primeramente el reino de Dios, todas las otras aspiraciones son mejoradas y ennoblecidas porque son siempre hechas para servir a un más alto propósito. La vida pudiera parecernos al presente con casi una interminable variedad de opciones, pero al final hay únicamente *una!*. O servimos al Cielo o nos servimos a nosotros mismos. Esto agota las alternativas. El Sermón del Monte es muy claro sobre esto.

Juicio Sin Misericordia

Muchos comentaristas han encontrado Mateo 7:1-12 un pasaje desafiante, difícil para encajar en la estructura del resto del Sermón del Monte. Parece a la primera examinación consistir de tres párrafos auto independientes sin un tema común. Esto ha causado que algunos asuman que estos fueron dichos en otras ocasiones y arbitrariamente incluidos aquí. Esta es una solución innecesariamente radical que únicamente sirve para poner en duda la exactitud de la narración de Mateo.

Lo que estas aparentemente enseñanzas no relacionadas pueden tener en común es que proveen algunas advertencias para balancear las primeras instrucciones de Jesús. Si es así, el tenor de las palabras precautorias finales de Jesús sería algo como esto:

Nuestro propio exacto entendimiento del reino de justicia no debiera producir en nosotros un espíritu de un juicio severo y censura hacia los que están teniendo alguna batalla con el. Los hombres necesitan que se les ayude ver la naturaleza de la verdadera justicia, pero no por un hipócrita descuidado y auto suficiente que está más interesado en los pecados de los demás que los suyos propios. Si el sermón es rigurosamente aplicado primeramente a nosotros mismos, encontraremos fácilmente la compasión y la humildad para tratar con los pecados de los demás (Mat.7:1-5)

El compartir el evangelio del reino es una obra absolutamente vital, pero necesitamos ser advertidos de no malgastar nuestro tiempo sobre aquellos que no tienen interés en el. El reino de Dios no debe ser esparcido por un fanatismo insensible que es más que un enjuiciamiento duro. El hijo del reino debe estar buscando a aquellos cuya actitud les hace maduros recibir las buenas nuevas de redención, no para que los hombres y mujeres cuyo orgullo les hace imposible que oigan y entiendan (Mat.7:6).

Y, finalmente, el reino nos es obtenido a través de esfuerzos heroicos u logros meritorios, sino simplemente al desearlo ardientemente. El reino es un don del amor de Dios (Mat.7:7-12).

“No juzguéis, para que no seáis juzgados” (Mat.7:1-2). La palabra Griega *krinete*, aquí traducida “juzgar” puede llevar en Griego e Inglés, una amplia variedad de significados desde *discernimiento* hasta *condenación*. El contexto claramente apunta a esto último. Pero ni el ejercicio de un discernimiento juicioso (claramente requerido por Mat.7:6, 15-20) ni la existencia de una corte de ley está siendo prohibida. Es un espíritu condenatorio inmisericorde lo que Jesús está rechazando. Esto es confirmado por el material paralelo en Lucas donde la advertencia contra el juzgar a los demás es precedida por el mandato positivo de “Sed, pues misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Luc. 6:36). En esta amonestación, Jesús regresa al tema del amor fraternal el cual alcanzó un punto culminante en Mateo 5:43-48. En el registro de Lucas del Sermón del Monte, las dos secciones están inmediatamente juntas (Luc.6:27-38). El

punto de nuestro Señor es que las personas están muy necesitadas de misericordia que no tienen motivos para estar faltos de misericordia hacia los demás. Esta advertencia es la cara opuesta de Su promesa anterior para los que muestran misericordia, recibirán misericordia (Mat.5:7) y a aquellos que perdonan serán perdonados (Mat.6:12). Los que condenan a los demás sin compasión o interés redentivo pueden esperar el mismo trato en manos de Dios —una perspectiva escalofriante.

“¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, pero no hechas de ver la viga que está en tu propio ojo?” (Mat.7:3-5). Debido a la clase de juicio bajo consideración que es sin amor y egoísmo, este a menudo va acompañado por la hipocresía. Por esta razón, Jesús pinta el cuadro patéticamente humorístico de un hombre intentando extraer una paja del ojo de otra persona mientras una viga sobresale en su propio ojo. Espiritualmente hablando, hay demasiados cirujanos ciegos quienes ejercen grandemente esfuerzos sobre las faltas de los demás mientras se vuelven inconscientes de la enormidad de las suyas propias. Afortunadamente, una cuidadosa atención a nuestras propias faltas tiene el resultado de prepararnos con la suficiente humildad para tratar paciente y hábilmente con los pecados de los demás (Gal.6:1-3; Tito 3:2-3).

La mayor dificultad que se otorga a este juego muy familiar de versículos es la idea popular que estos prácticamente prohíben toda represión, sin importar los motivos. El contexto más amplio del Nuevo Testamento hace este entendimiento imposible. La enseñanza de Jesús contiene mucha represión (*por ejemplo*, Mat. 23 y el presente texto), sin embargo, esta enseñanza nunca fue áspera o censoria. Tal como el Señor observó, “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por el” (Jn.3:17). Y esa es la clave. No es la amorosa y redentiva represión el que el Señor rechaza aquí, sino los ataques faltos de amor que sirven únicamente para alimentar el ego del “juez”.

El evangelio de la gracia no puede ser predicado sin hombres que convenzan del pecado (Jn.16:8) y realicen un llamado a un cambio del corazón (Luc.24:47; Hech.2:38; 3:19; 17:30). Aun las almas del pueblo redimido de Dios no pueden ser seguras sin amonestar al desordenado (1 Tes.5:14) y buscar convertir “al pecador del error de su camino” (Stg.5:19-20). Pero tal corrección es ofrecida en un amor redentivo, no como el vehículo del orgullo y el enojo. La justicia del reino advierte, pero no ataca. Los ciudadanos del reino de Dios, luchando con sus pecados y acosados por la debilidad, necesitan un hermano — no un “juez”. En todos nuestros tratos con los demás, necesitamos recordar que no somos agentes del juicio del Señor, sino de Su salvación. La venganza pertenece al Señor. Nuestra tarea es buscar y salvar al perdido.

Sobre Perlas y Cerdos

“No deís lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos,” (Mat.7:6). Dado el énfasis en los versos anteriores sobre la compasión hacia las faltas de los demás, el lenguaje del Señor aquí puede parecer un poco alarmante. No es como se piensa que Jesús nunca usó metáforas fuertes para describir la actitud espiritual de ciertas personas. Él se refirió a Herodes Antipas como “Id, y decid a aquella zorra” (Luc.13:32) y a los Fariseos como “¡Serpientes, generación de víboras!” (Mat.23:33). Pero este pasaje difiere. A ningún grupo específico de hombres se está dirigiendo como “perros” y “cerdos” o se usa el término para referirse a los Gentiles o a cierta clase de pecadores extraordinariamente reprensibles. Estas expresiones son simplemente figuras en declaraciones proverbiales de acuerdo la forma de 2 Pedro 2:22. Ambos proverbios ilustran la inutilidad de intentar ofrecer algo de gran valor a alguien incapaz de apreciarlo. ¿Qué es lo santo?” Esta expresión se refiere a los sacrificios del Antiguo Testamento de los cuales únicamente los sacerdotes podían comer (Exo.29:33; Lev.2:3). El significado especial de esta comida sagrada es que sería completamente perdida si era lanzada a un perro callejero (pero no de los perrillos que comen migajas de la mesa de sus amos referidos en Mateo 15:26-27), cuyo animal simplemente se la tragaría sin saborearla como una simple pieza de desperdicio podrido. En una forma similar, es inútil tratar de enseñar a los cerdos el valor especial de las perlas a las cuales cualquier cerdo egoísta felizmente pisaría bajo su pie para volver su pisada una más repulsiva a su paso. Ninguna gratitud para tal generosidad debiera ser esperada de estas fuentes. Su repuesta pudiera ser más que indiferente; podría aun ser violenta.

¿Cómo encajan estos proverbios en el contexto de las primeras palabras de Jesús sobre los juicios duros? Ellos proveen de un balance importante. Aun los hombres falibles y pecadores están mal preparados para sentarse al emitir juicios severos sobre sus semejantes, por lo tanto, no se espera que ellos consideren a los hombres con una credulidad ingenua. Al enviar a los Doce a enseñar, Jesús advirtió, “... sed, pues, prudentes como las *serpientes*, y sencillos como palomas” (Mat.10:16). La advertencia del Señor no fue cínica, únicamente prudente. Él quiere que Sus discípulos no sean dañados en su relación con los demás, pero al mismo tiempo, reconozcan que todos los hombres “no tienen fe” y algunos serían agitados a la animosidad por el evangelio.

¿Qué aplicación el Señor planea hacer para nosotros de estos proverbios que parecen casi salirse fuera del contexto? Guelich cree que estas palabras son de advertencia a los discípulos contra la apostasía y la consecuente pérdida de lo que es santo y precioso (*The Sermon on the Mount*, Págs. 355-356). Esto parece poco probable, ya que a los mismos discípulos se les está llamando a no ofrecer cosas santas a los indiferentes. Es mucho más probable que Jesús está advirtiendo a Sus seguidores a no presionar el evangelio sobre los oyentes indiferentes. Sus palabras no tienen la intención

de ser desdeñosas y menospreciativas y no deben aplicarse a los incrédulos como una clase, sino aquellos cuyo espíritu los hace incapaces de comprender el evangelio (Rom.8:7; 1 Cor.2:14). Más tarde, Él da tanto el mismo consejo a los Doce, exhortándolos a predicar a “los dignos”, pero no gastar su tiempo con los que no escucharán (Mat.10:11-14). Tan desagradable como pueda ser, hay algunas personas para quienes no importa cuán pacientemente se les enseñe, simplemente no tendrán “oídos para oír” (Mat.11:15; 13:13-14).

Hay una importante lección para ser aprendida por nosotros en todo esto. Podemos tener una añoranza especial para enseñar y convertir a Cristo a cierta persona o grupo de personas. Puede ser un ser amado o un amigo especial, o aun una clase especial o nación de personas. No hay nada de malo con semejante deseo profundo por la salvación de los demás, pero no debemos cegarnos a su falta de interés e indiferencia y gastar nuestros esfuerzos que serían mejor invertidos en corazones más receptivos. La paciencia es buena, pero no debemos estar siempre bombardeando en un hoyo aparentemente seco. Otros corazones están *deseando* oír. Estos necesitan ser buscados. Es una cosa desgarradora el ser testigo a diario del estado perdido de nuestros propios hijos, padres, esposa, marido, o amigos. ¿Qué vamos a ser cuando a aquellos que amamos son tan indiferentes? El Señor está diciéndonos, “Ve y enseña a alguien más que tus hijos, a alguien más que tu madre o padre”. Pablo tuvo esta amarga experiencia. Él amó a su nación con una pasión absoluta (Rom.9:1-3), pero ellos no tuvieron “oídos para oír” ¿Qué podía hacer él? Aunque todavía oraba por sus hermanos en la carne (Rom.10; 1), él volvió sus energías hacia aquellos cuyos corazones fueron más receptivos, los Gentiles (Hech.13:46-48; 19:6). Los gentiles no eran “su clase de personas”. Los Gentiles eran de una clase de personas moralmente corruptas, degradadas, idólatras; pero estuvieron dispuestos a escuchar y a aprender.

Cuando las personas en nuestra propia comunidad, los cercanos a nosotros, no responden positivamente al evangelio, necesitamos buscar en otras comunidades, a otras personas, y predicarles. El evangelio, y el tiempo, son tan preciosos como para gastarlos en aquellos que no les importa oír. Lo mismo puede ser dicho de predicadores que trabajan año tras año con Iglesias que no muestran ningún interés en crecer en Cristo o cumplir con la gran obra ordenada por Cristo. Estos predicadores necesitan abandonar estos surcos del campo sin esperanza y unirse a trabajar con discípulos, que están abiertos y dispuestos a aprender y crecer.

Un Reino por el cual Pedir

“Pedid, y se os dará...” (Mat.7:7). Hay algo poderosamente reconfortante en esta sección final (Mat.7:7-21) sobre el cuerpo central del gran Sermón de nuestro Señor, pero que es susceptible a un serio mal entendimiento. Esta invitación de Jesús es tan memorable en sí misma, tan fácilmente transportada en el corazón como un mágico aseguramiento y a menudo vista como la lámpara de Aladino de todo deseo humano —la garantía que si pedimos por ello, Dios lo concederá. Esto no es el caso, y únicamente al colocar esta promesa por encima del contexto pudiera tal concepto ser sostenido.

¿Por qué Jesús cierra Su discusión del Reino de la justicia con estas palabras con un fuerte ánimo? Si Mateo 7:1-5 está dirigido a aquellos inclinados a convertirse al reino entre los fariseos, esta sección está dirigida a un número mucho mayor que podrían desesperarse ante las demandas del amor. En su debilidad e indignidad, ellos ven las altas normas del reino como inalcanzables. El Señor deja ahora claro que es únicamente a corazones que añoran por largo tiempo por una necesidad desesperada que el reino de los cielos llegue a ellos. No es un reino para los que lo merecen, sino para los que lo desean — un reino por el cual pedir.

“Porque todo aquel que pide, recibe...” (Mat.7:8). Cualquier persona puede ser ordenada pedirlo, y cualquiera puede tener la bendición si lo busca, no hay duda de las palabras de Jesús que Dios lo concederá. Hay absoluta confianza sobre esto. Seis veces en dos versículos, Jesús lo dice así. Pero ¿Esta promesa aplica a cualquiera sin condiciones? y ¿No hay límites sobre lo que uno pudiera pedir?

Desde un contexto más amplio del Sermón, es evidente que “cualquiera” en la expresión de Jesús no puede ser universal. Él ya había advertido que ni el hipócrita que se auto justifica ni el ritualista obstinado recibirá alguna recompensa del Padre (Mat.6:1, 7). Tal como ciertamente queda excluido el hombre de doble ánimo cuya oración y búsqueda es esporádica, insegura y no completamente comprometida (Mat.6:22-24; Stg.1:5-8) El “cualquiera” de esta promesa claramente tiene referencia al hombre de espíritu humilde y de corazón puro de las bienaventuranzas (Mat.5:3-12). Hay un pasaje similar en Jeremías: “Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de *todo vuestro corazón*” (Jer.29:12-13).

El objeto por el cual pedir, buscar y llamar es dejado sin ser declarado en nuestro texto. ¿Significa esto que cualquier solicitud que es verdadera y sinceramente hecha por los ciudadanos del reino será concedida? ¿Hay algunos límites aquí? Nos ayudará a entender que el verdadero impulso de este pasaje si recordamos el tema central de este sermón. Como un tema permanente e invariable, la exposición de Jesús sobre la naturaleza y último dignidad del reino de Dios ha ligado a lo largo de todos los versículos

de Mateo 5 y 6, y aquí en este pasaje, alcanza un grado final. El reino descrito y ensalzado se ofrece a todo corazón humilde y contrito. Así que esta petición no es sólo cualquier solicitud que el Señor invita a Sus oyentes a realizar con confianza, sino una petición por las bendiciones del reino de los cielos. Aunque la oración es tratada en el sermón, no es tratada por su propio motivo únicamente, sino para ilustrar la vida totalmente consiente de Dios y la importancia de santificar a Dios y Su voluntad por encima de todo lo demás (Mat.6:5-15). Apoyo para este entendimiento es encontrado en el registro paralelo de Lucas sobre la misma enseñanza donde la expresión “el Espíritu Santo” remplace a las palabras “buenas dádivas” que el Padre dará a “los que le pidan” (Mat.7:11). Dios conoce que tenemos necesidades físicas en la vida (Mat.6:32) y nos motiva a orar por ellas (Mat.6:11), pero estas cosas no son los verdaderos tesoros sobre los cuales ha sido cargado este sermón. Las “buenas dádivas” de este versículo son espirituales.

“¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ... ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?” (Mat.7: 9, 11). La base de nuestra confianza en buscar el reino de los cielos descansa sobre el deseo y la habilidad de Dios para dar “buenas cosas” a Sus hijos. Algunas de nuestras oraciones no pueden recibir una respuesta positiva debido a que nuestro Padre en Su gracia y sabiduría conoce que estas “cosas” no serán “buenas” Pero nuestro deseo por el “pan del cielo” reunirá nuestras necesidades. El “reino de Dios... es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom.14:17). Son buenas sin “calificativo”, y es la voluntad de Dios concederlas a cualquiera que las busca con todo su corazón. Y tan lejos como nuestras otras añoranzas puedan ir, hay una gran seguridad, en saber que, si en nuestra inocencia y genuinidad de espíritu (“pues no hemos de pedir como conviene”; Rom.8:26), pedimos una piedra en lugar de pan, nuestro Padre no nos la otorgará. El pensamiento de ser capaz de pedir a Dios algo con la absoluta confianza de recibirlo es un pensamiento verdaderamente estremecedor. Alec Motyer lo expresó bien: “Si fuere el caso que cualquier cosa que pedimos, Dios estaría comprometido a dar, entonces yo nunca me atrevería a pedirle nuevamente, porque no tendría la suficiente confianza en mi propia sabiduría para pedirle a Dios por algo” (Citado por John R. W. Stott en *Christian Counter-Culture*, Pág. 187). Hay pocos de nosotros que no hayan vivido lo suficiente para agradecer a nuestro Padre celestial por las oraciones que quedaron sin respuesta.

La Regla de Oro

“Así que, todas las cosas que queréis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas” Es apropiado que pongamos alguna atención especial a Mateo 7:12, por ninguna otra razón que porque es uno de los mejores versículos en la Biblia, y, tristemente, muy poco practicado por los que lo conocen.

La “regla de oro” ha venido a ser identificada como una forma única con las palabras de Jesús, pero el Señor aquí la describe como estando en el mismo corazón de “la Ley y los Profetas” (observe Romanos 13:9-10). Tan memorable como es, este pasaje no forja ningún nuevo fundamento ético, sino simplemente es una reafirmación de Levítico 19:18: “No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Pero si el mandamiento de hacer con los demás lo que quisiera que ellos hagan con usted no es único con Jesús, hay ciertamente una intensidad especial que Él coloca sobre la expresión a través del ejemplo convincente de su propio amor: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado” (Juan 13:34).

Quizás la primera cosa que necesita ser observada sobre la “regla de oro” es que esta nos obliga a tratar con los demás al comenzar con nosotros mismos. No debemos determinar nuestro trato hacia los demás al mirarlos y preguntarnos lo que ellos merecen, sino al comenzar con nosotros mismos y preguntarnos lo que ellos quieren y necesitan *de nosotros*. Los hijos de Dios deben inspirarse en un interés innato de interés propio, para tratar a los demás gentil y redentivamente. ¿Cómo, debiéramos preguntarnos, quisiéramos ser tratados, si estuviéramos en las mismas circunstancias en las que ahora se encuentran nuestro prójimo? Cuán bien esta simple regla de conducta corta nuestras inclinaciones a auto justificarnos! Repentinamente, para el corazón humilde, el camino se vuelve notablemente más claro.

Pero si esto es así, ¿Por qué es que más personas no practican este principio que tan obviamente revolucionaría todo el mundo? Básicamente, porque muchas personas son egoístas y están centradas en sí mismas! Todo esfuerzo por alterar a los hombres al educarlos en la “regla de oro” falla porque los recipientes de este esfuerzo restringido continúan siendo esencialmente egoístas. Únicamente cuando esa antigua forma de egoísmo se rompe, los hombres quedan libres para tratar a sus semejantes en la forma que ellos mismos desean ser tratados.

¿Cómo entonces los hombres son libertados de sus egoísmos básicos y libres para ver a los demás como se ven a sí mismos? Al ver primeramente a Dios. Nuestra fascinación con el ego puede únicamente finalizar cuando nos convertimos fascinados con Dios. ¿No es este el más grande mandamiento de todos: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu

corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente” (Mat.22:36-39)?. Cuando un absoluto amor por Dios ha lanzado de nosotros un amor absoluto por nosotros mismos, estaremos en libertad para amar a los demás, como nos amamos a nosotros mismos. Mientras esto no ocurra, la clase de amor arrogante por sí mismo, que impulsa a la mayoría de los hombres evitará el ser capaces de ver los intereses de los demás en la misma forma que vemos los nuestros. Lo que esto nos dice, es que únicamente Dios puede liberarnos de nosotros mismos y capacitarnos para amar a los demás en forma no egoísta. “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Jn.4:19). Esta es la precisa razón por la que ningún hombre quien no ha mirado el rostro del santo y amante Dios y doblado sus rodillas en humilde gratitud puede practicar jamás la regla que es de oro.

Este mismo hecho muy probablemente explica porque Jesús levanta nuevamente el asunto de amar al prójimo en el contexto de Mateo 7. Esto puede ayudarnos a entender la expresión “Así que” de nuestro texto. Martyn Lloyd-Jones cree que Mateo 7:12 es un retorno al tema de juzgar a otros, y esto puede ciertamente ser así, pero es difícil tratar a Mateo 7:6-11 como simplemente un paréntesis. Parece más probable que el Señor está fundamentando Sus instrucciones sobre el trato hacia el prójimo basado sobre el trato generoso de Dios hacia Sus hijos (Mat.7:9-11). La misericordia y generosidad de nuestro Padre hacia nosotros no ha sido lo que merecíamos, sino lo que desesperadamente necesitábamos. Seguramente, entonces, aquellos que han recibido semejante gracia son llamados a tratar a los demás, no sobre la base de lo que merecen, sino sobre lo que ellos necesitan. De igual manera, Jesús cierra el corazón de Su sermón como él lo había empezado — con una apelación para una verdadera justicia que se revela así misma en un amor desinteresado en los hombres, un amor que se apoya sólidamente el amor misericordioso de Dios por nosotros.

El Desafío de Elegir

El cuerpo del gran discurso de nuestro Señor en la montaña es inequívocamente concluido con Mateo 7:12. La naturaleza radical y no convencional del Reino, sus ciudadanos y su justicia ha sido clara y poderosamente trazado (Mat.5:3-7:12). Los versículos restantes del sermón (Mat.7:13-27) contienen la apelación del Señor para el compromiso de Sus oyentes.

Este extraordinario discurso espiritual, que define a toda verdadera predicación del evangelio, no estaba meramente destinado a informar, sino a persuadir. El sermón del Monte habla a la voluntad como también al entendimiento. Es un llamado a la elección radical. Y el buen Predicador no tiene la intención de que escapemos o de Jesús o de Su Mensaje. Jesús está diciendo en efecto: “Mi Sermón termina aquí. Ahora, ustedes deben decidir que harán con él. Considérenlo cuidadosamente. Elijan Sabiamente. La Vida y la muerte están en la dirección que tomen”.

Lo que es obvio en todo esto, es el hecho que, No obstante, a pesar de todo el poder de Dios, los hombres pueden rechazar Su voluntad. Su larga y ardua obra redentiva finalmente termina no en un irresistible edicto (Hech.7:51; Heb.10:29) sino en una sincera invitación (Mat.11:28-30). El hombre no es un robot. Su voluntad, por el diseño de Dios, es un sacrosanto. Jesús puede cortejar, pero él no puede obligar. De manera que, él nos enseña pacientemente, y luego, nos suplica con urgencia.

Al realizar su apelación al cierre, el Señor habla de únicamente dos alternativas: dos puertas, dos clases de fruto, dos fundamentos. La elección puede ser difícil, pero no compleja. Debemos decidir entre el camino de la sumisión y la confianza y el camino del rechazo y la rebelión. Él exhorta a Sus oyentes a elegir entre estas alternativas, considerando no únicamente sus demandas sino sus consecuencias. ¿A dónde este camino me llevará? ¿Qué clase de fruto este árbol producirá? ¿Soportará esta casa hasta la última tormenta?

Las exhortaciones de esta última sección del Sermón pueden ser divididas en tres unidades (Mat.7:13-14; 15-23; 24-27). Entre las dos amonestaciones para elegir sabiamente, hay una advertencia en medio de ellas sobre el peligro para la sabia elección presentada por los falsos maestros.

El Camino Estrecho

“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mat.7:13-14). Aquí Jesús abiertamente exhorta a Sus oyentes a elegir el camino que es difícil y restringido y rechazar el curso que es más fácil y

cómodo. Él aun deja claro que el camino por delante es tan implacablemente demandante como la puerta por la que se ingresa. Y más que eso, puede resultar en ocasiones un camino solitario debido a que la mayoría de los hombres no lo encontrarán de su agrado. La notablemente honesta invitación del Señor al reino, vuelve las apelaciones carnales y las promesas endulzadas de algunos predicadores modernos completamente repugnantes.

No hay nada sorprendente sobre la invitación. Es una invitación a entrar al reino cuya característica más sobresaliente ha sido la estrechez de su enfoque y la determinación de su compromiso (Mat.5:48; 6:19-24, 33). La puerta angosta es la autoridad soberana del Señor y el camino angosto la sumisión obediente a Su voluntad. Los que entran se encontrarán así mismos que ya no más hacen las cosas más esperadas, las más tradicionales y las más obvias. Al seguir al Hijo de Dios, sus vidas serán tan diferentes como sus destinos.

Obviamente hay muchas cosas que deben abandonar aquellos que eligen el camino estrecho del reino. Abandonaremos a la multitud despreocupada que nunca se preguntan si lo que están haciendo es del agrado de Dios. Pero más importante todavía, estaremos descartando a nuestro antiguo ego con su forma arrogante, voluntariosa y egoísta y rindiendo la mente y el pensamiento a un Gobernante más sabio y más lleno de gracia (Mat.16:24-25; 2 Cor.10:4-5). Únicamente en esta forma nos convertiremos en manos y misericordiosos, pobres en espíritu y puro en el corazón, capaces para amar a nuestros enemigos y orar por los que nos persiguen.

Pero si el camino angosto del reino restringe el espíritu voluntarioso y la mente egoísta, esta no restringe al *amor* (Fil.1:9; Efe.3:17-19); no restringe la *paz* (Fil.4:7); no seca el *gozo* (1 Ped.1:8); no congela la *misericordia* (Efe.2:4); no aplasta la *bondad* (2 Cor.9:8). Todas estas virtudes abundan en el camino angosto. La única cosa que la puerta angosta arranca de nosotros es la impiedad que nos envenena y nos destruye. Únicamente el hombre que todavía ama esa impiedad se sentirá presionado y asfixiado en el camino del Rey. El pecado es el ladrón que ha venido para "... hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan *vida*, y para que la tengan en *abundancia*" (Juan 10:10).

Arrugas sobre el Camino Angosto

“Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces” (Mat.7:15). Por únicamente segunda vez en el sermón, Jesús comienza Sus palabras con una seria advertencia de “guardaos” (del Griego *proskete*). La primera dirigiéndose en relación a un peligro desde adentro — la hipocresía (Mat.6:1). Él habla ahora del peligro desde afuera — los falsos maestros. Hay algunas suposiciones naturales que descansan detrás de la urgente advertencia del Señor (Vea a John R. W. Stott, *Christian Counter-Culture*, pág. 197).

La primera es que los falsos profetas no sólo eran una posibilidad teórica, sino una realidad palpable y amenazante. El Hijo de Dios nos está diciendo que el reino de los cielos debe ser buscado en un mundo donde las mentiras y los engaños alrededor de él abundan. No hay nada nuevo en esto. El Antiguo Testamento está repleto con advertencias sobre los falsos profetas (Deut.13:1-3; 18:20-22; Jer.23:13-32; 27:9.10; 29:8-9; Ezeq.13:1-23; 22:28; Miq.3:11; Sof.3:4). Jesús, en la última semana antes de Su muerte, hizo sonar una alarma final sobre la futura aparición de pseudo-profetas y pseudo-Cristos (Mat.24:5, 11, 24) y las epístolas del Nuevo Testamento revelan que el mundo de los apóstoles estaba lleno de ellos (Hech.20:28-29; 2 Cor.11:1-4, 13-15; Gál.1:6-9; Col.2:8, 16-19; 2 Tes.2:8-12; 1 Tim.1:19-20; 4:1-2; 2 Tim.2:16-17; 4:3-4; Tito 1:10-11; 2 Ped.2:1-2; 1 Jn.2:18-23; 4:1-3; 2 Jn.9-11; Jud.3-4; Apoc.2:15, 20-24).

Es evidente del Nuevo Testamento que nunca existió un tiempo cuando los Cristianos no hayan sido confrontados en controversia con alguna forma de un falso evangelio. Aquellos que quieren servir al Señor, pero estar libres de cualquier preocupación agobiante de los falsos maestros están sencillamente esperando lo imposible. Nadie va a encaminarse con seguridad por el camino estrecho sin tener algunos combates desgarradores con los pseudo-discípulos que intentan derribar su fe. Hay un número de Cristianos quienes todavía sostienen el mito que existió un tiempo idílico en la historia del pueblo de Dios cuando la falsa enseñanza era desconocida y la paz y la unidad reinaban supremamente. Para la seguridad de nuestra propia fe, necesitamos abandonar esa ilusión y reconocer que “... a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hech.14:22). Y algunas de esas tribulaciones, surgirían de nuestros propios hermanos quienes hablarían “cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos” (Hech.20:30). Nuestro Salvador ha dado esta advertencia desde el principio. La más grande amenaza para los que sinceramente están buscando entrar por la puerta angosta es aquella manada de engañadores que siempre parecen estar rondando alrededor donde los asuntos de vida y muerte están siendo debatidos. Estos falsos discípulos son maestros en volver confuso lo que es eminentemente obvio — la diferencia entre la voluntad de Dios y la del hombre, la distinción entre el camino ancho y el estrecho.

Pero ¿Quiénes son estos falsos profetas de los que habla Jesús? Ellos parecen no ser del futuro, sino del presente — maestros que están de pie incluso para evitar que las almas sinceras entren al reino de Dios. Pensamos casi inmediatamente en los Escribas y Fariseos cuyas perversiones e hipocresía han sido un tema dominante en este gran sermón. Es verdad que ellos no eran discípulos de Jesús, aunque ciertamente reclamaban ser las verdaderas “ovejas” del rebaño de Dios. En Su última excoriante reprensión sobre estos hipócritas, el Señor les acusó de estar cerrando “el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando” (Mat.23:13). Él les llamó líderes ciegos de “guías de ciegos” (Mat.15:14) y advirtió a sus discípulos a apartarse de su enseñanza (Mat.16:6-12). La advertencia de Jesús ciertamente no está limitada a la aplicación de los Fariseos y su clase, pero comienza allá y llega a abarcar a todos los que quieren pervertir el evangelio y oscurecer la puerta angosta.

La segunda clara premisa de la amonestación de nuestro Señor sobre estos “falsos profetas” es que hay una objetiva norma por la cual aquellos que vienen reclamando hablar la voluntad de Dios pueden ser juzgados como verdaderos o falsos. La misma presuposición guió la enseñanza de Moisés quien advirtió sobre aquellos profetas que se manifestaron con las aparentes señales y maravillas fueron señaladas como engañosas cuando llamaba a Israel a desobedecer la ya revelada voluntad de Dios (Deut.13:1-4). Los falsos profetas eran aquellos que “... hablan visión de su propio corazón, no de la boca de Jehová” (Jer.23:16). Jesús, como Moisés, no es un sincretista, trazando radicalmente creencias conflictivas y finalmente llamándolas a todas por igual como verdaderas. Él ya ha identificado al falso maestro en este sermón como alguien que quebranta el mandamiento de Su Padre y lo enseña a los demás de la misma manera (Mat.5:19). El espíritu existencial de estos tiempos hace a los hombres retroceder a lo absoluto. La “verdad” para ellos, es todo un asunto de gusto personal. Pero el espíritu del Gran Maestro es inflexiblemente exclusivo. Él únicamente dice que es la revelación de la Verdad y nadie puede encontrar a Dios separado de Él (Jn.1:18; 14:6). La voluntad de Su Padre (Mat.7:21), Sus propias palabras (Mat.7:24), son la norma del juicio. Los maestros en nuestro tiempo o en cualquier otro que dicen que “hay muchos caminos que conducen a Dios” no han sido enviados por el Unigénito Hijo. Son falsos. Son engañadores.